



**Ejercicios
espirituales
para
jóvenes**

BAC popular

Karol Wojtyła

**EJERCICIOS
ESPIRITUALES
PARA JOVENES**

BIBLIOTECA DE AUTORES CRISTIANOS

MADRID • MCMLXXXII

Título de la edición original: *REKOLEKCJE — DO
MŁODZIEZY AKADEMICKIEJ.*

La traducción ha sido realizada por JOSÉ LUIS
LEGAZA.

INDICE

	<i>Págs.</i>
PREFACIO	IX

I

DIOS, EL HOMBRE, LA RELIGION

1. Dios es persona	3
2. El cristianismo, religión de la elección	14
3. La persona humana.....	26
3-A. Conversación con las jóvenes	36
4. El pecado	45
4-A. Conversación con los jóvenes.....	55
5. Conversión.....	66
6. Testimonio	79

II

EL CAMINO CRISTIANO

1. La oración	87
2. El hombre en desarrollo	96
3. El amor.....	106
4. El sacramento del perdón.....	118
5. La Eucaristía	131
6. Cristo en nosotros.....	143

P R E F A C I O

EN la iglesia de Santa Ana en Cracovia, secular lugar de encuentro de los jóvenes estudiantes, situada como está casi a la vuelta del "Collegium Maius" y los edificios universitarios, la voz de Karol Wojtyła vibró de forma especial en dos ocasiones: en 1962, joven obispo aún, y en 1972, cuando ya era arzobispo metropolitano y cardenal.

Es conocida su actividad pastoral en favor de una juventud universitaria que, después de la guerra mundial, trataba de modelarse teniendo en cuenta sus nuevas características; nuevas tanto por los orígenes sociales como por las obligaciones que tenían que asumir en una Polonia en evolución.

Por estas razones, la pastoral de la juventud adquirió un profundo significado desde el momento en que el Estado se arrogó el derecho de "educar", suprimiendo la enseñanza religiosa en las escuelas estatales y en la universidad. Surgió así la nueva figura del asistente, a cuya formación contribuyó el propio pastor de Cracovia.

El punto clave de la diversidad y oposición entre cultura cristiana y propaganda estatal, esto es, la relación entre Dios y nosotros en Cristo, representa el motivo inspirador de los Ejercicios espirituales, momento de comunión y encuentro entre la tradición y la necesidad de actualizar los temas de la fe.

Estas meditaciones, expuestas precisamente en los años 1962 y 1972 a los jóvenes universitarios y presen-

tadas aquí en un único volumen, tratan, dentro de una temática estrictamente religiosa, problemas acuciantes de la sociedad polaca, pero comunes también a la sociedad en que vivimos: la persona humana, la idea del trabajo, la condición de la mujer, la alienación, el ateísmo, etc.

Las tandas de "ejercicios espirituales" que aquí presentamos constituyen una especie de "reflexiones en alta voz", dictadas por la mente y el corazón, con un lenguaje dirigido a desvelar la sensibilidad religiosa, intelectual y emotiva de los oyentes, instaurando con ellos un contacto directo, en la conciencia de estar embarcados juntos en una situación idéntica, en la que todos, pastores y fieles, están llamados a dar una respuesta concreta.

* * *

En la primera tanda, con el título Dios, el hombre, la religión, se resalta toda la fuerza que empapa esa preocupación de Dios por ayudar al hombre a encontrarse, en el marco de su libertad humana, la verdad y grandeza originarias. El volverse a Dios y el testimonio ante los demás constituyen los dos momentos de la religión del hombre.

En la segunda tanda, que se titula El camino cristiano, se ilumina toda la sacralidad y la belleza de la oración que une al hombre a Dios, en clara contraposición con el "ritual laico" que trata de sustituir las profundas aspiraciones del hombre. Los sacramentos de la Penitencia y de la Eucaristía representan en la Iglesia los momentos indisolubles del perdón y de la comunión.

La palabra "testimonio" constituye el hilo conductor tanto de la primera como de la segunda tanda, porque testimonio es creer en Cristo en la comunión y testimonio es también desempeñar el propio papel en la sociedad y en la comunidad cristiana.

Este volumen se presenta, pues, como preciosa materia de estudio para todos aquellos que, solos o en equipo, ansían de nuevo meditar las verdades fundamentales que la fe enseña acerca del hombre.

Lo que más llama la atención es la creatividad, originalidad y profundidad del sacerdote que muestra estas "verdades de la fe" en los fenómenos y problemas de la vida diaria, individual y social.

Condición indispensable, sin embargo —como el propio autor nos hace ver—, es dejarse invadir por la "Palabra" hasta que, haciéndose ésta "carne", revela al Verbo, Hijo de Dios.

* * *

Los textos de las homilias de Karol Wojtyla, entre los que se cuentan los presentados en este volumen, han sido posible reunirlos gracias a la sistemática grabación y transcripción hecha por algunos de los jóvenes que, en número cada vez mayor, frecuentaban las reuniones con su obispo. Los textos recogidos han sido revisados para la edición polaca por el P. Andrzej Bardecki y doña Irena Kinaszewska. Por esa circunstancia, los textos mantienen una forma expresiva característica, la homilética, propia de textos no escritos previamente. Las repeticiones que a veces aparecen no pretenden sólo conmover al oyente, sino también y sobre todo profundizar en una determinada idea o señalar una actitud precisa.

CARMELO GIARRATANA

I

DIOS, EL HOMBRE, LA RELIGION

Tanda de ejercicios espirituales dirigidos a la juventud universitaria.

Cracovia, 1962

1. DIOS ES PERSONA

Nos vendrá bien comenzar con una simple constatación: exactamente, la de nuestra presencia aquí. ¿Qué significa esto?

Sacadámonos esas interpretaciones externas que nos brindan respuestas traídas del fideísmo y de la tradición y obedezcamos a esa voz interior que brota de nuestra conciencia y nuestra certeza.

¿Cuál es, pues, el significado de nuestra presencia aquí? Busquémoslo en el hecho de existir en nosotros una "exigencia" específica: esa que nos ha traído aquí, y que es, por cierto, una exigencia interior. ¿Qué clase de exigencia es ésta? Imposible responder a esta pregunta sin estar antes de acuerdo en que en cada uno de nosotros anida una interioridad, anida el hombre interior.

No se da en nosotros solamente el hombre exterior, el hombre de las cosas externas, sino también el hombre interior.

Y esa exigencia que os ha traído aquí arranca de dentro del hombre interior; es la exigencia del alma. El hombre interior busca. Pero para poder buscar de un modo positivo y para hallar, tiene que recogerse, porque su ritmo y método de acción y operación son diferentes respecto del hombre exterior. Los ejercicios son principalmente recogimiento, y no un recogimiento cuantitativo, sino, por encima de todo, un recogimiento interior.

Por eso, nuestra presencia aquí no obedece sólo a la tradición, a un determinado impulso y a una especie

de atavismo. ¿He dicho tradición? Claro que sí. Me refiero a la tradición constituida por "hechos" que nos remiten en herencia el conjunto de las experiencias. Porque hay una infinidad de experiencias vitales, de experiencias de cristianismo, de catolicismo, de Iglesia y muchas más. A ellas nos atenemos y por eso estamos aquí. Mas no olvidemos la experiencia que nos ha traído aquí, que es, además, personalísima y diferenciada. La experiencia del hombre interior.

¡Qué significativo todo esto en una época en que, al parecer, el entero destino del hombre y su existencia diríase que se mueve de la mano de lo externo, siempre a base de medios exteriores!

Sí, usando medios producidos por el hombre y usando sus productos. Y esto en una época como la nuestra, en que las asombrosas obras del hombre no tienen parangón con el pasado, al menos el que alcanzan nuestros conocimientos. En una época como la nuestra, en que lo que se quiere es configurar desde fuera el destino del hombre y su existencia con ayuda de la técnica y los medios que nos proporciona la llamada civilización. Pero he aquí que precisamente en esta época el hombre llega al convencimiento de que lo que produce y crea fuera de él no puede compararse con él y que él mismo no puede salir de sí. Dentro se es uno mismo, y esta conciencia básica, esta continua constatación de la existencia del yo interior, del alma, crea en nosotros esa exigencia que hemos venido a cumplir aquí, en los ejercicios.

Pero ¿para qué venimos? Para contemplar atentamente nuestro yo. Contemplemos atentamente nuestro yo en las diversas situaciones y funciones, ¡pero contéplémosle siempre —diría yo— en la perspectiva de su importancia absoluta!

Hemos venido aquí para examinar nuestro yo. No sólo por la importancia que reviste mi yo, en relación, por ejemplo, a la marcha correcta de un laboratorio,

de un oficio o trabajo, sin excluir la cocina y el cuidado de la casa. En estos casos mi yo tiene tan sólo una importancia relativa, funcional. Sin embargo, el yo tiene también una importancia absoluta. Si venimos a los ejercicios, lo hacemos con un fin: observar nuestro yo a la luz de su importancia absoluta.

Para explicaros la diferencia entre importancia relativa y absoluta, voy a poner un ejemplo; un ejemplo corriente, que ahora para vosotros huele a cosa pasada, pero que fue actual en los años de liceo. Puede darse el caso de uno que, en clase, haya logrado sacar adelante muy bien una tarea muy difícil. Vive así un momento de importancia. Pero, acabada la lección, se empieza a jugar a la pelota en el patio de recreo, y el joven que había resuelto tan brillantemente aquella tarea, ahora resulta que aquí no vale, mientras otro consigue demostrar su categoría.

Son, éstos, sendos ejemplos de la importancia relativa. Los diversos momentos de importancia relativa de mi yo pasan, se mudan continuamente. Y así el uno brilla en un campo, y el otro en otro. De estos casos de importancia relativa estamos insistentemente informados por las grandes realizaciones humanas llevadas a cabo en el terreno deportivo; seguramente más en el terreno deportivo que en el científico. Y para evitar malentendidos diré que yo me ocupo mucho del deporte; del deporte, en no menor medida que de la ciencia. Se nos informa, pues, continuamente de deportes, ciencias y técnica. Y nosotros tomamos parte en esos momentos de importancia relativa del hombre: una medalla de oro o de plata; un cosmonauta. Todo ello a la luz de su importancia relativa. Pero nosotros venimos aquí de otra manera y con otros ojos; venimos a buscar lo que el examen da como importante de un modo absoluto. Esto sí que es interesante. Estamos aquí en masa, pero no somos masa. No hay reunión alguna en la que cada uno de nosotros sea del todo él

mismo y tenga conciencia de su yo y de su importancia absoluta tanto como aquí.

Eso es: queremos observar atentamente nuestro yo a la luz de su importancia absoluta.

Esta conciencia está vinculada en el hombre a su relación con Dios. No os asombréis. Haced el favor de analizaros bien. Sobre todo durante la oración personal, pues cuantas veces entramos en contacto con Dios, descubrimos nuestro yo en su importancia absoluta.

Naturalmente que este “descubrimiento” no es tan sencillo y fácil o, digamos, transparente.

Muchas veces nuestra oración es mecánica y superficial. No llegamos ni siquiera a deshojar, con nuestra experiencia y nuestro conocimiento, la esencia de esa nuestra búsqueda encaminada a dar con nuestro yo personal, a descubrirlo en su importancia absoluta a través de la relación con Dios.

Precisamente por eso estamos aquí haciendo ejercicios.

Si se trata de privar al hombre de su relación con Dios —totalmente íntima y secreta, pero real—, si, repito, le quitamos al hombre su relación con Dios, entonces la vida humana se disipa en infinidad de problemas que tienen importancia relativa. De este modo se disgrega la vida interior de cada individuo y a la par se destruye la vida colectiva de los hombres y de la humanidad. La vida del hombre y de la humanidad, exenta de su relación con Dios, no alcanza la unidad e integridad a la que sólo puede llevarla aquella relación. ¿Os parece todo esto, a lo mejor, extraño y complicado? Por favor, elevad vuestra mente. Que a veces nos manifestamos así. Y la vida del hombre, separada de su relación con Dios, pierde significado. Pero de esto hablaremos mañana.

La humanidad tiende a desentenderse de esta realidad, dando a la vida un sentido ajeno a la relación con Dios. Ambas tendencias se enfrentan entre sí en la vida

humana: lo mismo en la vida de cada individuo —en sentido unitario— que en la de toda la humanidad.

Es sintomático del hombre que da de lado a Dios, que pretende fundamentar su vida y la de los demás lejos de la relación con Dios, el esforzarse al mismo tiempo también en conceder importancia absoluta a diversos objetos que tienen, en cambio, valor e importancia relativos. Digamos que los absolutiza, que los eleva a “rango absoluto”.

Todos nosotros conocemos los diez Mandamientos. El primero es, desde siempre, “No tendrás más Dios que a mí”. Repitamos con frecuencia este mandamiento en la oración, en el examen de conciencia y en otras ocasiones. “No tendrás más Dios que a mí”. Nos preguntamos: ¿en qué consiste el valor histórico o prehistórico de este mandamiento? Cuando, en un momento dado, Israel se encontró en medio de pueblos paganos, de adoradores de divinidades, cuando él mismo fabricó el becerro de oro, rindiéndole honores divinos, entonces este mandamiento cobró su actualidad. ¡Y no es menos actual hoy! ¡Lo único que han cambiado han sido los ídolos!

Es muy significativo el que los propios ateos, que hasta pelean para “liberar” la vida humana de la relación con Dios, introduzcan, puede que inconscientemente, en la vida y en la conciencia del hombre el amplio abanico de los ídolos contemporáneos. No son ídolos de oro, ni se llaman Baal y Astarté, como nos dice el Antiguo Testamento; son más bien ídolos abstractos. Son esos que, teniendo valor e importancia relativos, cobran importancia absoluta como si fueran Dios. ¡La historia del pensamiento y del espíritu humano sabe mucho de estas divinidades!

Progreso... Progreso. El progreso es el hilo conductor. Este es por lo menos positivo y válido; mas cuando lo elevamos a la categoría de divinidad, cuando le atribuimos un significado absoluto y no relativo, en-

tonces deja de ocupar el lugar que le corresponde. Incluso los objetos concretos —y parece que en nuestra época lo sea el átomo— pueden convertirse en ídolos. A veces también esta importancia absoluta puede aplicarse a un pueblo. Hay en esto una especie de némesis, o algo más que una némesis, cuando el hombre sitúa en un plano de importancia absoluta aquello que sólo goza de importancia relativa. Sucede entonces que, pasado un tiempo, empieza como a tomar venganza de sí mismo y súbitamente destrona lo que había elevado a la dignidad de Dios.

Queridos amigos, medita profundamente en el primer mandamiento divino: “No tendrás más Dios que a mí”. Reflexionad en la perspectiva de este mandamiento y, considerando atentamente los hechos, mirad a vuestra alma y a vuestro yo.

Venimos a los ejercicios para encontrar y descifrar nuestro yo, para verlo desde el ángulo de la importancia absoluta: su relación con Dios. Los ejercicios tienen carácter religioso; son algo interior y religioso. Vengamos al carácter religioso. Existe una concepción según la cual la religión es un claro producto humano, en el sentido de que el hombre es el que se ha creado un Dios. ¿Y por qué lo ha hecho? ¡Para someterse a El, su propio producto! ¡Esto se llama alienación!

El hombre, no cabe duda, crea el concepto de Dios. Este concepto, como los demás, el hombre lo ha creado sobre la base de un análisis personal de la realidad, análisis que con frecuencia ha disminuido y desvalorado tendenciosamente la propia realidad. El hombre se creó un concepto de Dios porque no reconoció las fuerzas de la naturaleza y en su lugar colocó a Dios. En este punto se enfrentan claramente dos órdenes de cosas. El orden de la Causa que llamamos Primera, y las causas que llamamos segundas o secundarias. Durante largo tiempo el hombre no reconoció, y sigue sin reconocer, de modo indubitable, las múltiples causas se-

gundas, no obstante acerca de las cuales indaga más y más. Por otro lado, el conocimiento de las causas segundas, las más próximas y directas, no elimina ciertamente el problema de la Causa Primera. Se dice que el conocimiento de Dios no tiene carácter científico y frecuentemente se obra a tenor de ese *slogan*. Perdonadme que hable de estas cosas, pero es que sé que vuestras mentes están en este punto ofuscadas. Quiero, por lo demás, dejar cuanto antes esta temática y ocuparme de una vez de lo que es la vida, la respuesta a la vida. ¡Pero hacen falta determinados exámenes y análisis de las ideas!

Cuando se examina una cuestión, se entiende por científico un solo modo de pensar. Es el método comúnmente aplicado a las ciencias naturales. Sin embargo, este método intelectual no es el único que cabe. Pero se trata de una tarea suficientemente vasta, difícil de abordar aquí exclusivamente.

Sería conveniente leer al respecto algo de un breve escrito de Gilson: *Dios y filosofía*. Texto, por cierto, nada fácil de captar. Pero es breve; valga ello por todo. Ocurre que muchas veces tratamos de leer estos libros y decimos en seguida: “No alcanzo a comprender”. Precisamente no capto por esto, porque estoy habituado a un cierto modo de pensar. Entiendo, pero en seguida, ya desde el principio, mi pensamiento escapa. Pero yo afirmo que esta vía científica e intelectual nuestra hacia Dios avanza por etapas muy sencillas. Toda la vía del pensamiento humano, en cualquier ciencia, procede a través de esas etapas: partiendo de los actos al alcance de nuestra experiencia, buscamos las causas. Así, pues, busquemos las causas.

Estamos ante algo que es ya espontáneo en la mente del niño, quien, al tener esta o aquella experiencia, pregunta: “¿Por qué?” “¿Papá, y por qué razón?” “¿Por qué?” Así también, por este mismo camino discurre nuestro método, nuestro conocimiento científico

y metodológico de Dios “como Causa Primera...” Nosotros no creamos de la nada esa idea, la idea de Dios, el concepto de Dios. Lo creamos, correctamente, basándonos en la realidad exterior, en la realidad del mundo visible y basándonos a la vez también en la realidad interior. Indudablemente, una y otra le establecen al hombre el punto de partida para ir a Dios. Cuando pienso en Dios, hago referencia a El, porque veo el mundo y lo veo con mis propios ojos. Experiencia ésta la más sencilla y elemental. Pero cuando pienso: “Dios”, lo pienso porque tengo este yo interior. ¡Sólo “Yo” pienso a “Dios”! ¡Sólo “Yo” pienso a “Dios”! Sólo el “Yo” puede pensar en “Dios”. Sólo él piensa a “Dios”.

Dios existe. Tenemos esa idea, tenemos esa convicción, aunque a veces bastante nebulosa, de que, pese a todo, El está ahí. Quizás no hemos llevado hasta el fondo este raciocinio. Y alguien también podría objetar que el mismo no es científico. ¿Qué entiendo por “hasta el fondo”? Entiendo, a nivel de nuestra inteligencia corriente, esto: hasta el fondo de mí, físico, historiador o teólogo.

De este modo, cuando pienso a “Dios”, las más de las veces pienso al “Creador”. Y no son lo mismo Causa Primera y Creador. Porque cuando pienso en la Causa Primera, pienso en abstracto, y, en cambio, cuando pienso al “Creador”, pienso en algo mucho más concreto. Detengámonos un poco en esta idea: “Creador”. Recordemos el catecismo: “crear significa hacer algo de la nada”, pero esta definición no es la mejor.

Hacer: nos trae a la mente al hombre que hace algo. En cambio, la idea del Creador, que es en su esencia Causa Primera, es algo distinto. Creador, Dios, El que es.

Coged el libro del escritor inglés Marshall titulado *El que es*. Con estas palabras habló Dios a Moisés:

“Yo soy el que es”. ¡Aquel cuya esencia es “Quien es”! ¿De quién de nosotros la esencia es en cuanto que “es”? ¿De qué criatura puede decirse?

Crear significa indudablemente hacer algo de la nada, pero, más específicamente, dar la existencia. No construir objetos, seres, sino transmitir la existencia, hacer de modo que, fuera de mí, un ser comience a existir —y exista—. ¡Creador!

Dios es Creador. Venimos a los ejercicios, queridos amigos, para esto, para ver el “propio yo” y verlo a la luz de su importancia absoluta. Dije que lo que hay en mí importante absolutamente tiene vinculación con Dios. Por eso digo ahora de Dios que El es Creador, porque esta idea de Dios la tenemos en nosotros.

Venimos a los ejercicios para esto: para ver nuestro yo, para ver atentamente en nosotros la imagen de Dios que hay allí. Los ejercicios constituyen una actividad maravillosa. Seguid viniendo a los ejercicios.

En la relación con ese Dios que es Creador, una cosa, tal vez, constituye un fuerte obstáculo: ¡el que sea invisible! ¡Si fuera, en cambio, objeto de una experiencia directa! Sin embargo, llegamos fácilmente a la conclusión de que, si fuera objeto de una experiencia directa, si fuera visible, entonces no sería Dios. Dios no puede ser visible. Visible es la materia. Visible es el cuerpo, y sabemos que éste no es Dios, sino que se destruye, muere, cambia y se disuelve. Está sometido al tiempo. ¡Dios, en cambio, es la eternidad! Está por encima del tiempo y no conoce comienzo ni fin. En general, estos conceptos, comienzo y fin, caen fuera de Dios, no se refieren a El. Se dan en el mundo, en las cosas creadas. En mí hay comienzo y fin.

Es invisible. Y esto es algo singular. Sin embargo, si me veo a mí mismo, si recapacito un poco acerca de mí, puedo afirmar que yo también soy —en medida significativa— invisible. Lo que hay visible en mí, lo que de mí está en la órbita de los sentidos, es sólo una

parte de mí. Podríamos decir que propiamente es el hombre exterior. El hombre interior es invisible. Por eso el hombre que es interior no puede estar en conflicto con Dios, que es invisible. Sí, recobro el contacto con Dios precisamente en el espacio de mi pensamiento y de mi alma. ¡Mi pensamiento es invisible!

Los ejercicios, queridos amigos, se orientan en este sentido: ver la imagen de Dios que hay en uno. ¡Y qué imagen de Dios llevo en mi pensamiento y en mi alma! Esta palabra tiene muchos significados. Por eso los ejercicios se proponen una cosa: ver el propio yo a la luz de la importancia absoluta y también contemplar atentamente la imagen de Dios en el propio pensamiento, en la propia alma. ¿Cómo es la imagen de Dios en mí? En este punto me viene a la mente una ráfaga de conversación entre dos personas muy jóvenes. El: “¿Qué crees tú que es Dios?” Ella: “¿Será la fuerza? ¿Será la luz?” Metáforas, evidentemente. Pero es muy significativo que dos jóvenes, él y ella, se hayan formulado esas preguntas; que buscaran algo con ellas. Así indaga nuestro entendimiento interior; indaga, busca; busca la imagen de Dios en él.

Los ejercicios son para eso: para recuperar esa imagen en toda su plenitud. Reflexionemos sobre esto: ¿qué imagen de Dios hay en mí, en cada uno de nosotros? Si no, ese detenernos en el propio yo, ese ver el propio yo, carecería de sentido y se desperdigaría en cantidad de cosas que tienen valor relativo y no serían éstos unos ejercicios. Por eso, desde ahora, os invito fervientemente a buscar en vosotros mismos la imagen de Dios. Tal vez esta imagen sea muy pobre; tal vez nebulosa, poco clara; tal vez aparece rota por falta de coherencia en tu búsqueda de Dios. En tu reconocimiento de Dios hay cierta superficialidad y una falta de profundidad y de vida y unión interior.

Por tanto, los ejercicios sirven para esto: para que nos elevemos interiormente. Pero esto, queridos ami-

gos, es a la vez búsqueda del propio yo y de aquello sobre lo que se apoya su valor más esencial, de aquello que en él es importante absolutamente. Sé bien que con este examen de hoy no he respondido a la pregunta principal. No he respondido en nada a esa pregunta, aunque creáis que sí la he respondido. Yo os digo que no, que no he respondido a la pregunta de por qué reconozco mi yo en su importancia absoluta solamente en el encuentro con Dios. A esta pregunta voy a contestar mañana. Hoy decimos lo siguiente: esto acontece en cuanto que Dios no es solamente fuerza, no solamente luz. Dios es Persona. Y solamente el encuentro con esa “Persona” que es Dios proporciona al hombre, a mi yo, el sentido de la importancia absoluta de la vida. Amén.

2. EL CRISTIANISMO, RELIGION DE LA ELECCION

Hoy voy a hablar del Evangelio o, lo que es lo mismo, de la Revelación.

Una primera impresión nos hace aparecer el Evangelio simplemente como un libro. Y como tal lo tomamos en nuestras manos, lo vemos con nuestros ojos y llega a nuestros oídos; lo leemos o lo escuchamos. De modo sistemático, la Iglesia proclama ante vosotros, todos los domingos y todas las fiestas, partes del Evangelio, sean éstas párrafos o perícopas.

¡Libro en verdad singular! Traducido ya a casi todas las lenguas del mundo, y hasta a algunos dialectos, no pierde un ápice de su originalidad primigenia e incluso cierto aire semítico. Sabor regional este (debido a que Cristo enseñaba en lengua aramea y vivió en Palestina) que no disminuye en nada su universalidad. En todas partes impresiona vivamente su contenido.

Sin embargo, el Evangelio constituye un problema, un gran problema. Seguramente no hay otro libro más cuya autenticidad o veracidad haya sido comprobada desde todos los puntos de vista.

Siempre hay nuevas investigaciones que nos confirman en su autenticidad y veracidad.

Hace tiempo, los estudiosos del Evangelio, los biblistas, se servían ante todo del método de la exégesis filológica. Se acercaban al libro desde el aspecto del lenguaje. Hoy existen diversos métodos entre los que reviste gran importancia el arqueológico. Las excavaciones confirman la verdad de la Sagrada Escritura.

Hay un libro, traducido al polaco, que se titula *La Biblia tenía razón*, en el que el autor demuestra, paso a paso, cómo los acontecimientos del Antiguo Testamento y los del Nuevo vienen confirmados por las investigaciones y los resultados a los que ha llegado la moderna ciencia histórica y arqueológica.

Solemos acceder al Evangelio como a un libro, como a una suma de noticias.

Frecuentemente confrontamos las noticias de la Sagrada Escritura con las que nos ofrece la ciencia.

Así, por ejemplo, cuando se trata del debatido problema del evolucionismo antropológico, es decir, de los orígenes del hombre, seguimos confrontando siempre con pasión, aunque la tensión en torno a este tema haya cedido un poco, la hipótesis científica con la postura de la Biblia. En esta confrontación se puntualiza claramente que la Sagrada Escritura es una colección de noticias. Por tanto, los Evangelios, por ser parte de la Sagrada Escritura, y en particular del Nuevo Testamento, son una colección de noticias.

Si la Sagrada Escritura es una suma de noticias que Dios brinda, confrontemos estas últimas con aquellas a las que accede el entendimiento humano.

Confrontando los datos proporcionados por la Sagrada Escritura, históricamente y por medio de las ciencias naturales, llegamos al convencimiento de que seguramente ninguna otra obra literaria constituye tan gran problema como los Evangelios.

Ninguna creación literaria; ni Homero, ni Shakespeare, ni ninguno de los más grandes clásicos de la literatura ha provocado tales conflictos en torno a su obra. Con ninguna otra se ha creado semejante atmósfera de tensión, de lucha, de dudas y de convicciones como con el Evangelio.

Dije al principio: Evangelio o, lo que es lo mismo, Revelación.

Si vemos el Evangelio sólo como un manojo de noti-

cias, incluso religiosas (no digo naturales-históricas-religiosas, sino noticias de Dios), si vemos el Evangelio, si lo leemos sólo bajo este punto de vista, no lo leemos hasta el fondo y no llegaremos siquiera a arañar lo que "es" su característica propia, su esencia.

Evangelio o, lo que es lo mismo, Revelación.

No es sólo un conjunto de noticias, no es sólo un informe científico. En los informes se debaten determinados datos, determinadas verdades, determinadas tesis, pero no se presenta al hombre, no se presenta a la persona. No se habla de sí mismos con la verdad más clara. No se abren de par en par las puertas del corazón.

Eso es: el Evangelio consiste en una confidencia.

Dios se confía al hombre. Y si nosotros no comprendemos, si no interpretamos así el Evangelio, significa que no nos hemos llegado a él en profundidad.

Dios habla al hombre de sí mismo.

Pero no como lo haría un cronista. No se puede hablar de sí mismo con la distante frialdad de un cronista. Dios habla de sí mismo metiéndose él mismo por medio. En el Evangelio lo más importante no es la palabra, sino la realidad. Evidentemente aparece en forma de lenguaje escrito, pero éste sólo es un medio para revelarnos esta realidad: Dios habla de sí mismo.

Ayer también hablábamos de Dios. Pero lo hacíamos desde categorías humanas. Le buscábamos con fuerzas humanas. Recordemos la charla de ayer. Aquella expresión: "Causa Primera", sin perjuicio de que sea correcta, nos dice menos de Dios que la otra: "Creador".

En el Evangelio, Dios habla de sí mismo, dice quién es, nos confía quién es. Quién es en su divinidad, en su realidad profunda. Dice que es amor y dice de qué modo lo es. Sí, es amor porque es Padre, Hijo y Espíritu Santo. De manera que es, en sí, amor.

Más aún, no sólo habla de sí mismo, sino que a tra-

vés del Evangelio quiere y nos dice qué es lo que quiere.

¿Qué quiere de nosotros?

En realidad, lo principal que dice es qué quiere para nosotros. Por eso dice quién es y dice que es amor (en su divinidad). Y dice que quiere atraer y envolver en este amor a cada uno de nosotros, a cada uno sin excepción. ¡Y esto es, a la vez, una gran confidencia y una altísima propuesta!

Dios habla de sí mismo, y se lo habla al hombre; a cada hombre y a todos los hombres. Dice que es perdón. Solamente en el mundo del Evangelio nos encontramos con el perdón. ¡Tal vez sea difícil hallar un texto que pueda hablar mejor de Dios bajo este aspecto!

¡Qué realismo en la parábola del hijo pródigo! Y no se trata de un realismo literario, sino de un realismo de toda la existencia.

El Evangelio no es una descripción de Dios; Dios en el Evangelio "Es".

Si se lee el Evangelio hasta el fondo, o al menos se intenta hacerlo, damos con una doble realidad: Dios, en la figura de Cristo, está presente en él, que no es sólo descripción de su vida, sino el Cristo que vive, habla, actúa, sufre, muere y resucita. Una lectura profunda del Evangelio nos descubrirá también eso que llamamos "Gracia".

Imaginaos que alguien se confía de esa manera a vosotros, abriéndose de par en par a ti.

Si esto ocurriera de hombre a hombre, cabría ya señalarlo como Gracia.

Más aún, ¡habría que llamarlo Don!

Veamos qué dice, qué es lo que quiere darme Dios: quiere atraerme a su amor, quiere envolverme en El, que es el amor mismo.

¡Quiere dárseme a sí mismo!

Decir esto, queridos amigos, nos lleva de maravilla.

Al Evangelio no se le puede leer solamente. Y a lo mejor estás pensando que voy a decir: el Evangelio hay que vivirlo. Sería poco todavía. ¡En el Evangelio hay que encontrarse!

¡Sí, encontrarse!

Cualquier otra forma de llegar a él, cualquier otro tipo de estudio, por exacto, exegético y científico que pueda ser, si no lleva a esto, se agota en su propio fin.

¡En el Evangelio hay que encontrarse! ¿Encontrarse con quién?

Ayer dijimos que Dios es Alguien.

Y este Alguien está en el Evangelio.

En el Evangelio hay que encontrarse con El. ¡Esto constituye una novedad absoluta!

No es solamente un pensamiento acerca de Dios. ¡Es una novedad absoluta!

En el Evangelio, Dios es el segundo “Yo”. El “Yo” divino. Mi “Yo” y el “Yo” divino se encuentran.

El segundo “Yo” —y Dios lo es— es éste: “¡Tú!”

Así hay que hablar con El. ¡Cristo nos ha enseñado a volvernos a El con el “Tú”! “Tú, ¡oh Padre! Siempre en segunda persona: que estás en los cielos. En Tu nombre, Tu reino, Tu voluntad. ¡Tú! ¡Tú! ¡Tú! Este es el segundo “Yo”.

Por esto digo que en el Evangelio hay que encontrarse. Encontrarse con El. Para El, yo soy Tú; para mí, El es Tú.

¡Si no ha acontecido este encuentro, no ha sido leído todavía el Evangelio!

Esta es la palabra de Dios dirigida al hombre. Y no es sólo un discurso, no es retórica, no es una palabra en vano. Tampoco es una predicación. Es una palabra interior. Una palabra que espera respuesta, la respuesta del hombre, de cada hombre.

Hay que responder a esa propuesta así: escogiéndole a El.

Cristo no nos enseñó solamente a dirigirnos a Dios

con el “Tú”. A decirle a Dios “Tú”, término conciso y recio que connota proximidad... No... Cristo en el Evangelio exige de nosotros la elección de Dios.

Y frecuentemente incluso lo cantamos: “Queremos a Dios, queremos a Dios...”

Querer significa escoger, escoger a Dios que está en el Evangelio. Escoger a este Dios significa escoger a Cristo, porque Dios se revela en El.

Escoged a Cristo. Ved, queridos amigos, que el cristianismo no es una religión abstracta, sino la religión de la elección de Cristo.

¿Qué significa estar bautizado? ¿Qué es el bautismo?

El bautismo es haber elegido a Cristo.

Yo elijo a Cristo. El cristianismo es la religión de la elección, de la elección de Dios en Cristo. Confesión externa de esta elección de Dios en Cristo es la profesión de la fe.

Yo escojo a Dios. Escojo a Dios en el acto de reconocerlo. No pienso en El solamente de un modo abstracto, como si fuera una idea. Escojo a Dios por el hecho mismo de reconocerlo. Y sobre este punto Cristo ha hablado sin ambigüedad. Ha subrayado la importancia de esta confesión, cuando dice: “Al que me confiese delante de los hombres —‘delante de los hombre’—, también le confesaré yo delante del Padre. Al que me niegue delante de los hombres, yo le negaré delante del Padre”. No hablaba así en plan de juez severo, hablaba de su posición de Cristo, teniendo presente, cuando habla, la condición necesaria: la respuesta a Dios, nuestra elección de Dios.

No podemos elegir a Dios, elegirlo continuamente y no reconocerlo.

Hoy se dice frecuentemente que la religión es asunto privado, asunto personal. Pero la privacidad, la personalización, la intimidad de este asunto, que es la religión de Cristo, tiene sus límites.

Un límite lo constituye nuestro deber y el derecho de

la profesión “pública” de Dios. Porque profesar significa proclamar ante los demás que se está de su parte. No significa necesariamente redoblar de tambor, clarines de trompeta y repetir obsesivamente: ¡no, no, no! Significa proclamarse de su parte cuando las circunstancias así lo exigen.

La prueba de la fe, por lo demás, se basa siempre en esto.

Jesús quiso que pasara por la prueba de la fe el hombre a quien de un modo particular confió la Iglesia, el apóstol Pedro. ¿En qué consistía esta prueba de fe? En proclamarse estar de parte de Cristo.

Y sabemos que Pedro, en el momento crítico, no manifestó estar de parte de Cristo. “No conozco a ese hombre”. Pero a renglón seguido se arrepintió, manifestó estar de su parte. Y lo confesó precisamente cuando esto le costó la persecución, la prisión y la muerte.

El cristianismo es la religión de nuestra elección de Dios.

Elegir a Dios. Elegir a Cristo significa elegirse de algún modo a sí mismos.

Elegir el propio yo de un modo nuevo.

Estamos convencidos de que ser cristianos es escogerse de alguna manera a sí mismo. Es como escoger una forma de existencia, un fundamento, un estilo de vida, una moralidad.

Esbozo solamente este problema porque, como ya he dicho, se refiere al contenido humano del Evangelio y a él quiero dedicar de modo particular la conferencia de mañana. *Permitidme que la de hoy la dedique al aspecto divino del Evangelio.*

Indudablemente, escogerse a sí mismo significa escoger a Dios y a Cristo. Añadiré además que, si no fuera así, no habríamos escuchado de labios de Cristo palabras que, por lo demás, recordamos: “Tuve hambre y no me disteis de comer. Tuve sed y no me disteis

de beber. Estaba desnudo y no me vestisteis”. A mí. A mí. ¿A quién? A El. A El. Siempre a El.

¿Cuándo no se lo hicimos?

“Lo que no hayáis hecho con alguno de estos pequeñuelos, no lo habéis hecho conmigo”.

Está claro que el Evangelio viene a nosotros como posibilidad. Debemos escoger a Dios en Cristo.

Pero, a la vez, está nuestra posibilidad de negar a Dios... ¡Porque yo puedo negar a Dios!

Suena horriblemente, pero es la verdad.

Yo, hombre, puedo negar a Dios.

La historia de los hombres está llena de estos hechos. En las acciones de la humanidad y en las de cada hombre, el Evangelio no es la única fuerza agente; junto a ella y contra ella existe una segunda fuerza que yo llamaría antievangelio.

El antievangelio tiene seguramente su origen en aquella frase pronunciada al comienzo de la historia del hombre: “Seréis como dioses”.

Ahora bien, en la historia de la humanidad, en la historia de cada persona humana —en mi propia historia—, este antievangelio, este contrario al Evangelio, tiene una como configuración individual o colectiva. Y siempre con diversas expresiones nuevas. Nosotros entretanto vivimos enzarzados en la trama de una expresión o formulación contemporánea de este antievangelio. Lo advertimos en nosotros y en torno a nosotros. Lo oímos, lo leemos, lo advertimos.

El antievangelio está en todas partes.

He aquí dos elementos característicos suyos: en el antievangelio se repite continuamente la tesis del primado de la materia. De lo material, de lo mundano, de lo económico.

El hombre está sometido a ello, debe estarlo, porque ello dirige todo.

Dirige las acciones del hombre, de forma absoluta. Este es el primer elemento.

El segundo elemento de este antievangelio es la tesis de la libertad como fin en sí misma.

El Evangelio afirma que libertad es ir al amor. Eres libre para obrar bien o, lo que es lo mismo, para el amor.

El antievangelio dice: la libertad es un fin en sí misma.

Y con ello anula el amor, la posibilidad del amor en la vida humana, en las relaciones del hombre.

Es éste un problema sobre el que habrá que volver pormenorizadamente para analizar el contenido humano del Evangelio.

Si el hombre está bajo el dominio de los medios, ¿en qué medida será él mismo el fin? ¿Cómo podrá convertirse en fin su libertad?

En el mundo del antievangelio no hay sitio para el perdón, no lo hay para la parábola del hijo pródigo.

¡Y es que el mundo del antievangelio carece del Padre!

El antievangelio, lo mismo que el Evangelio, no es una fuerza abstracta. No; está en nosotros, en cada uno de nosotros. Y continuamente luchamos con él dentro de nosotros.

Y un último problema todavía: sabemos que el Evangelio termina con la Pasión de Cristo, con la Cruz. En realidad, después de la Pasión y la Muerte viene la Resurrección. ¡Pero la Cruz permanece como signo de Cristo y del Evangelio!

¿Por qué Cristo murió en la Cruz? La respuesta nos la dio El mismo.

Respuesta que encontramos en cualquier catecismo.

Recordad la cuarta de las seis verdades de la fe: el Hijo de Dios se hizo hombre, y murió en la Cruz para rescatarnos y salvarnos eternamente.

Estas son las palabras de Cristo: "Tanto amó Dios al mundo que envió a su Hijo unigénito, para que el que crea en El no perezca, sino que alcance la vida eterna".

Por tanto, la respuesta ya fue dada. Cristo murió en la Cruz por amor. Por amor al hombre.

Pero Cristo murió en la Cruz también por una exigencia de justicia.

Antes que esto ocurriera, cuando aún recorría Palestina enseñando y obrando milagros, Cristo hablaba de esa necesidad. "Es necesario que el Hijo del hombre sea entregado en manos de los pecadores". Murió por necesidad de justicia delante de Dios. La necesidad de justicia delante de Dios exigía su muerte, su sacrificio. Su muerte es, por tanto, una exigencia de justicia. ¡Sí! ¡Sí! Porque el hombre es pecador ante Dios. Porque el hombre, de muchos modos, no se justificaba a los ojos de Dios.

¿Está justificado, acaso, permanecer mudos ante la palabra de Dios? ¿No está injustificado delante de Dios el cerrarse, a veces por completo, a las propuestas de la Revelación?

No puede llamarse justo a los ojos de Dios aquel que afirma que no existe, pese a que El es la fuente misma de la existencia.

Sí —me diréis—, pero el hombre no sabe. No puede saber.

De acuerdo, de acuerdo.

Cristo, en efecto, cuando murió en la Cruz, dijo: "Padre, perdónalos porque no saben". "¡No saben!"

¡Pero El sabía!

Y, por eso, para El, la justicia era necesaria. Indispensable.

Hay que rescatar y redimir. Hay que reequilibrar. "Es" necesario situarse entre el primer "Yo" y el segundo "Yo".

¿Acaso carece de culpa delante de Dios el "yo" humano que responde con indiferencia a su amor?

Por esta razón, pues, Cristo es necesario.

Es necesario en la Cruz. Es necesario para el equilibrio de las fuerzas. Para el equilibrio de las relaciones.

¡Hay algo de asombroso y a la vez de conmocionante en estas palabras de Dios en el Evangelio, en este abrirse, manifestarse y darse del “Yo” divino al hombre!

¡Y lo es más todavía si se mira lo balbuciente que es la respuesta del hombre! Cómo muchas veces el hombre prefiere evitar, no responder a Dios, no escuchar.

¡No te dirijas a mí!

Por eso es necesario Cristo puesto en la Cruz. Es “su postura”.

¡Para siempre!

Y nosotros en el cristianismo, religión de la elección, y en la Iglesia hemos oído todo esto “fijando” a Cristo en esa postura.

Pues bien, si ése es el contenido divino del Evangelio, ¿qué se nos pide a nosotros? ¿Basta con mantener a Cristo en esa postura? Queridos amigos, todos nosotros debemos, igualmente, escoger nuestra postura junto a El.

El cristianismo es la religión de la elección.

Elección difícil y responsable, en particular cuando surgen poderosas las fuerzas del antievangelio.

¡Difícil y responsable, pero también significativa!

El catolicismo de nuestros tiempos, de nuestra época, adquiere particular importancia si tenemos en cuenta la dificultad de nuestra elección, de nuestro testimonio de Cristo.

¿Y qué se nos pide a nosotros que vivimos en una época en la que, según parece, la “injusticia” a los ojos de Dios ha llegado a ser casi un programa? El es la existencia, pero se dice que no existe. El es amor, y nos comportamos ante él con indiferencia.

Y se pone cuidado en no despertar el corazón humano de su indiferencia.

Pero Dios tiene sus métodos.

Por medio de la confirmación nos hacemos testigos. El testigo no es una figura convencional. El testigo es aquel que da testimonio de Cristo.

¡Es un cristiano adulto!

Adulto por convicción. Por experiencia. Por su fidelidad a Cristo.

La mayor parte de nosotros estamos confirmados. Seamos testigos de Cristo por convicción, por experiencia. Esta es nuestra postura.

En este punto tendría más propiamente que hablar de la Madre de Cristo.

Además de Evangelio y antievangelio, hay todavía otra expresión: Protoevangelio.

Cuando por vez primera Dios reveló el designio de la Encarnación del divino Hijo, habló a la Madre del Hijo de Dios.

“Pondré enemistad entre ti y la Virgen. Entre tu descendencia y la descendencia de Ella”. De Ella. “Ella pisoteará tu cabeza” (Gén 3,15).

Así es: cristianismo significa estar junto a Cristo, ¡pertener a la descendencia de Ella!

No es éste tan sólo un problema devocional, de una determinada religiosidad genérica por la que solamente honramos a María, Madre de Jesús; ¡aquí se trata de la descendencia de Ella!

Ella estuvo al lado de Cristo en el momento de nacer y al lado de Cristo a la hora de la muerte. Gracias a María estamos al lado de Cristo. ¡Por medio de Ella! Descendencia de Ella. Ella y El. El y Ella. Ellos y nosotros. “Pisoteará tu cabeza y tú tratarás de morderle el calcañar”. Amén.

3. LA PERSONA HUMANA

El Evangelio tiene un contenido humano; es fundamentalmente humano. Y mientras por una parte es manifestación y palabra de Dios, por otra, ésta se presenta íntegramente escrita por el hombre.

El contenido humano del Evangelio está principalmente vinculado a Cristo. A Cristo que vive en el Evangelio una vida humana.

Dejemos, por un momento, aparte su divinidad, su misión divina, los milagros, todo cuanto le hace extraordinario y sobrehumano. Su vida fue verdaderamente humana y ordinaria.

Más admirable aún resulta el que un aspecto no disminuye al otro, que, por lo tanto, siempre está patente. Ambos constituyen un todo homogéneo.

El contenido divino del Evangelio está vinculado a la persona de Cristo, tanto como lo está el contenido humano, si bien este último conectado con la presencia de todos los hombres que se mueven en torno a El en el Evangelio.

La vida humana que lleva Cristo es verdaderamente tal en todos sus aspectos. No en vano constituye el ejemplo de la vida humana —el Modelo— y la solución de los problemas diarios: no sólo los que inciden sobre el sentido más profundo, sino, a la par, los que afectan al desenvolvimiento de lo concreto, cotidiano y ordinario. ¡Cuántas veces brota en nosotros esta sencilla y elemental pregunta!: ¿qué hacer con esta vida de la que disfruto?

Pues la respuesta a esta pregunta la hallamos en el Evangelio mirando a Jesucristo.

Por eso he dicho que Cristo constituye un modelo. Si fuera posible ceñir más la respuesta a la pregunta de “¿qué hacer con mi vida humana?”, la respuesta que hallamos en Cristo probablemente diría así: ¿qué hacer con mi vida humana? Lo que hizo Cristo con su vida humana. El la vivió por entero: por entero para servir y amar; por entero llenó su vida de amor y de servicio.

Y esto podría seguramente hacer más lapidario ese contenido humano del Evangelio que nos puede ayudar a responder a la pregunta de “¿qué hacer con mi vida humana?”

El Evangelio lleva dentro un contenido profundamente humano.

Hoy necesitamos antes que nada determinar, analizando el contenido humano del Evangelio, algunos aspectos “positivos” fundamentales que hallamos en la vida humana de Cristo y que reaparecen en la vida de cada hombre, de cada uno de nosotros.

Si contemplamos la vida humana de nuestro Señor Jesucristo, podemos sin dificultad colocar a cada hombre en su sitio. Es un modelo universal, y lo es porque cada hombre puede ocupar su puesto y desarrollar su vida, tal como El llevó su vida humana, bajo el mismo principio, poniéndola de lleno a favor de servir y amar.

Probemos a definir a ese nivel algunos aspectos positivos fundamentales de cada vida humana.

Con harta frecuencia se oye hablar hoy —especialmente en psicología— del peligro de las frustraciones, esto es, de la pérdida de valor.

Se las conoce como tendencias insatisfechas, como apetencias sin finalizar, razón por la cual se crea en el hombre una situación que quiebra su personalidad. Puede que no del todo, puede que bajo una determinada razón; pero la quiebra.

Es cierto, el peligro de las frustraciones acecha siem-

pre allí donde no hay un sistema de referencia a valores superiores, que las haría imposibles.

Hay que reconocer que sobre todo hombre, sobre el hombre moderno, se cierne ese peligro, en la medida en que aquél permanezca ayuno de un sistema superior de valores, de un sistema ulterior de referencia para sus aspiraciones, para su inteligencia, muy en particular para su voluntad y su corazón. Entonces es cuando se cierne el peligro de caer en la vacuidad y, a la vez, el peligro de una fractura interior, de un desequilibrio de la personalidad.

Este peligro lleva a veces muy lejos, incluso hasta el delito y el crimen, incluso hasta ciertos desequilibrios sociales cuyas manifestaciones ya se han señalado y se han descrito.

Un segundo fenómeno de esta clase, y que muy a menudo aparece a cargo de la generación actual, es el fenómeno de la rebeldía.

Algo muy distinto de la frustración.

Rebeldía, protesta.

En la rebeldía hay incluso algo positivo, con tal que esa rebeldía sea una lucha por valores auténticos; por valores sobre todo, pero que sean auténticos.

¡No a la rebeldía injustificada y egoísta!

Aceptando la lucha que tiene por efecto la búsqueda de valores auténticos, es posible encontrar a Cristo.

Esta rebeldía fermenta en nosotros, algunas veces, a partir de cierta sensación de que la vida carece de esperanza y de fin, de que es algo superficial. De esto oímos hablar frecuentemente, se hacen diagnósticos y se da una receta.

Por medio del trabajo se puede aminorar o aflojar la fuerza de la rebeldía junto con la desesperanza de la vida.

Y estamos ante “la idea del trabajo”.

Pues bien, quiero deciros que esta idea del trabajo ¡no es una receta que satisfaga!

El trabajo, sea como fuere, no puede bastarle al hombre, no puede satisfacer las necesidades más profundas de su humanidad.

Así es. Si no se acepta como realización de servicio y de amor, no le basta al hombre, no le descarga el sentimiento de rebeldía, ni le refuerza frente a la —aunque sea mínima— frustración.

En cambio, el trabajo “puede” valer para la realización del servicio y del amor, puede favorecerles. Por tanto, si pude favorecerles, librémonos bien de verlo como algo puramente utilitario, sólo a la luz del provecho concreto y material que siempre comporta.

Guardémonos de ello, por nuestro bien.

Guardémonos bien de semejante idea del trabajo.

Y guardémonos bien de semejante concepción de la vida.

Así es como se puede uno desviar completamente del fin al que creemos dirigirnos.

Los medios solos no resuelven los problemas del hombre. El hombre es una entidad dirigida a un fin; guardémonos, pues, de una concepción meramente utilitaria del trabajo.

Trabajo y medios como fines en sí mismos. Con estos medios, que tomados materialmente deberían hacerme rico, soy pobre.

Todo está íntimamente ligado con la idea del trabajo. Con el modo de entenderlo.

Si el trabajo no es una forma de realización del servicio y del amor, si el trabajo no tiene un valor derivado de la persona, ¡puede aniquilar al hombre! Sin embargo, el trabajo puede contener también el valor que construye al hombre. Podemos sentirlo en nosotros como algo extraño que proviene del exterior, pero como algo propio, algo en lo que yo estoy y que está en mí. Algo que creo.

El destinatario del trabajo constituye un segundo aspecto. Y aquí es donde en gran medida encontramos la

posibilidad del servicio y del amor. No existe trabajo que no pueda ser punto de partida hacia Dios y el hombre. Claro que no. Hay tipos de trabajo que tienen como objeto directo al hombre, como ocurre con el trabajo del médico, de la enfermera, del enseñante o del sacerdote; mientras otros se ocupan de él sólo indirectamente: pienso en el trabajo de un ingeniero o un constructor. Pero siempre el hombre, siempre él en el ámbito de mi trabajo. Si, por ejemplo, se instala la calefacción central o se monta una escalera de caracol, o se revoca una fachada, cada una de estas operaciones es, en última instancia y de algún modo, útil. ¡He dicho útil! Útil al hombre, que se inserta de esta manera en el orden del servicio y del amor.

Pensar en el destinatario de mi trabajo, concebir mi trabajo en este sentido, *esto* es elemento importante del cristianismo. Y un elemento muy importante de nuestro estar al lado de Cristo. De ello hablamos ya ayer.

¡Y que este elemento no lo recoja ninguna estadística del trabajo! ¡Y menos aún sus reglamentaciones!

¡Ni formularlo!

Y es que se trata de algo que debemos nosotros mismos elaborar interiormente.

Es una obra de nuestra interioridad, de nuestra actitud, de nuestro compromiso.

Una obra que se inició ya en las primerísimas etapas. Cuando sigo doblado sobre los libros, cuando devoro columnas enteras de cifras y cuentas, cifras y cuentas (las cito como ejemplo) me ¹levan a la calefacción central, a la escalera de caracol, al hombre.

Quiero también hablaros del segundo aspecto positivo, preeminente y fundamental en la vida de Cristo, en su vida humana, el mismo que hallamos con frecuencia en la vida del hombre.

Este lado positivo es el sufrimiento. Tal vez os haga estremecer. A mí también me hace siempre estremecer-

me cada vez que acudo a la cabecera de un hombre que sufre, en el límite de su dolor.

Esta tarde he oído esta frase con la que estoy totalmente de acuerdo: "Sólo el que lo experimenta sabe lo que es. Antes tiene de aquello una idea semejante a la que tiene un ciego del color".

Nadie conoce el dolor tan bien como el que sufre.

Pero también es un hecho que, con mucha frecuencia, el sufrimiento de los demás tiene sobre nosotros poder edificante.

Yo mismo no me lo creía. Pero ahora lo vivo con frecuencia y por eso afirmo que el sufrimiento es un lado positivo, si bien muy difícil. Más aún, un lado positivo que procede de la postura de Cristo; de nuestra postura junto a Cristo.

Nos limitamos a contemplar el sufrimiento desde fuera, cuando lo que tenemos que hacer es conocerlo desde dentro.

Además de su aspecto exterior, el sufrimiento tiene también un aspecto interior, siendo un misterio que se realiza en los hombres.

Podría recordar la visita a un compañero vuestro, más mayor, que está clavado en el lecho del dolor, sin esperanza. Y sin embargo lo vemos en su cuarto sonriendo. Y no se trata de un espasmo, sino de una verdadera y radiante sonrisa.

¡Incomprensible!

Sí, si vemos sólo el aspecto externo del caso de este hombre que no puede ni siquiera pasar las páginas de un libro, dado el estado de agotamiento a que ha llegado su organismo. Algo incomprensible, mirado desde este punto de vista.

Misterio. Misterio indescifrable.

Cuando estamos ante el sufrimiento, estamos ante Cristo. Por eso el sufrimiento es un lado "positivo" de la vida.

Pero digamos algo más acerca del primer lado posi-

tivo esencial y fundamental que aparece en la vida humana de Cristo y en la vida humana de cada hombre.

El amor.

Y cuando digo amor, pienso en el amor familiar.

La palabra familia, referida a la institución, es una expresión floja, demasiado formalística. Ni casa, ni sociedad, ni comunidad, ninguna de estas expresiones es exacta, porque la familia es más bien un "ambiente".

Un ambiente en el que el hombre se forma en intercambio recíproco. No sólo en la relación de padres a hijos, sino también en la de hijos a padres. En consecuencia, los padres son buenos educadores si saben hacerse educar.

Este es un gran lado positivo de la familia. ¡Grande, sí! Lado positivo básico de la vida humana.

Hoy somos testigos de que existe una crisis. Crisis, por cierto, difícil ahora de analizar. Entre otras cosas, consiste en esto: en que los jóvenes ven a la familia y a sus propios padres sin admiración. Están buscando otro modelo.

A veces incluso combaten. Sucede con frecuencia.

Puede que haya estallado la guerra. Puede que la disolución de la familia dependa de ese cataclismo de cuanto es humano, de todos los valores humanos. ¿O a lo mejor se trata de una crisis más profunda, una crisis interior? En todo caso, la crisis está ahí, acompañada de cierta angustia que frecuentemente parece ahondar mucho, ya que no sabemos, muchas veces, a dónde lleva esta necesidad de buscar o si verdaderamente es tal y no una negación más que otra cosa.

Por favor, mis jóvenes oyentes, reflexionad bien sobre esto que os digo: si verdaderamente en este punto buscáis o solamente negáis.

Tenéis un libro que recoge acontecimientos y hechos titulado *Mis padres*. Un libro-encuesta impresionante. Un libro-documento.

Queda además el cuarto mandamiento, que dice:

"Honra a tu padre y a tu madre, para que se prolonguen tus días..." (Ex 20,12).

Repitamos muchas veces el cuarto mandamiento. Ignoro si entramos a fondo en su sentido propio, porque ningún mandamiento está formulado de esa manera.

Los Mandamientos del Decálogo aparecen en su mayoría en forma de prohibición: "no matar, no cometer adulterio, no robar"; aquí, en cambio, sencillamente: "¡honra!"

Y, además, la proposición final: "para que se prolonguen tus días..."

Con toda probabilidad, los israelitas interpretaron esta longevidad y prosperidad temporal en un sentido más que nada material. Pero esa misma proposición tiene más bien otro sentido más profundo.

Un sentido más profundo.

Honra; léase, ¡respetar el valor del hombre!

Se aprende del hombre. Así es el ser humano. ¡Se aprende del hombre!

Posiblemente, en estos momentos alguien de vosotros piense, con amargura en su corazón, que ¡cómo va a aprender! Cómo, si el padre ha abandonado a la madre. ¡Si ese hombre que le ha tocado llamar marido de su madre no es su padre! O, al revés, si esa mujer que le ha tocado llamar mujer de su padre no es su madre. ¡Honra! Dios exige mucho. ¡Pero que mucho!

Veamos cómo puede ocurrir la crisis y las tremendas responsabilidades que comporta. Responsabilidades respecto a los valores fundamentales unidas a la palabra hombre.

"...Para que se prolonguen tus días..."

¿Tiene que ser necesariamente en un sentido material? ¿Necesariamente prosperidad temporal, o es que no es más importante que salga de la familia un sentido profundo del valor y de la dignidad humana?

En ese caso, ¿viviendo solo no se vive una larga

vida? No se vive una larga vida si no hemos descubierto el valor más importante de las cosas creadas.

Queridos amigos, hay que profundizar con seriedad en el cuarto mandamiento, a fin de que la crisis de la familia y la relación con los padres ligada a esta crisis no alcancen a veces excesivos grados de crueldad.

Por eso es necesario profundizar en él también para esclarecer si lo que vayamos a construir va a ser mejor, o, al menos, bueno en igual medida.

¿No nos sentiremos acaso ya arrastrados por la dinámica de una crisis de esta naturaleza, no la consideraremos ya algo normal? Por otro lado, también nuestro modelo, el que llevamos en lo más hondo de nuestra conciencia, ¿será en verdad mejor que aquél?

A veces tenemos ocasión de oír cosas increíbles, como, por ejemplo: “Debería haber uniones comunes”. “¿Por qué?” “Pues porque, si no son comunes, son puro egoísmo; se piensa sólo en sí mismos”.

Queridos amigos, ¿cómo controlamos estos procesos mentales que acontecen en nosotros? ¿Cómo los verificamos? ¿Por qué nos llevan por senderos tan distintos que, a veces, ni siquiera nosotros vislumbramos el fin?

Avanzamos a ciegas, y, sin embargo, se trata de problemas de mucha responsabilidad.

Hay que reconocer que los jóvenes toman muy en serio estos problemas. Lo prueban los últimos acontecimientos, las discusiones recientes, las últimas publicaciones.

Queridos amigos, no se nos permite situar y resolver estos problemas diversamente de como ha hecho Cristo. Lo que en estos temas ha dicho, lo ha dicho para bien del hombre.

“Lo que Dios ha unido, no lo separe el hombre” (Mt 19,6).

Esto es para el hombre. Y lo que Cristo ha dicho tiene una dimensión definida porque sirve al hombre.

No para darle un “peso”, sino para garantizarle al hombre la dignidad y el amor.

Dice Cristo: “No cometerás adulterio”. Y dice una cosa que ya está en el Antiguo Testamento. Dice Cristo: “Quien mira a una mujer para desearla, ha cometido ya adulterio en su corazón” (Mt 5,28), y con esto no exige nada que vaya contra el hombre y el género humano.

Debemos admitir que éste es uno de los lados positivos más importantes que resaltan en la postura de Cristo.

La persona humana y esta función de lo “positivo humano” son importantes, son fundamentales.

Hablo de mi persona humana. De cada persona humana.

Mi persona humana es lo que yo tengo de positivo. “¿De qué le sirve al hombre ganar todo el mundo si pierde su alma?” (Mt 16,26). ¡De veras!

Cuando se habla del alma, se habla de la persona, que nuestro Señor Jesucristo antepone a todo.

Este es el lado positivo más grande que yo tengo. Es mío. Coches, televisores, instrumentos todos, todos los medios caen fuera de mí. Yo, en cambio, soy eso otro. Este gran lado positivo que yo tengo he de administrarlo bien.

El problema de la responsabilidad nace precisamente de aquí. Amén.

3-A. CONVERSACION CON LAS JOVENES

Hay muchas cosas de interés común que decir, pero en esta segunda parte quiero dirigirme exclusivamente a vosotras, mujeres.

Leyendo con atención el Evangelio vemos que Cristo le asigna a la mujer un puesto especial junto a El, señalándole posibilidades distintas de las del hombre.

Por esta razón me he permitido dedicaros hoy un momento especial. Análogamente, mañana dedicaré exclusivamente a los hombres la segunda parte de la meditación.

Nuestro interés se centrará en el papel especial confiado a las mujeres, según Cristo.

Os ruego que recordéis atentamente todos los encuentros habidos por Cristo con las mujeres y por las mujeres con El —el Evangelio nos trae múltiples casos—, los cuales encierran la posibilidad de una interpretación única. La conversación con la samaritana, el episodio de María Magdalena, la figura de las hermanas de Lázaro, Marta y María y la propia Madre de Cristo, María, presentan personalidades diferentes que, en circunstancias distintas, aparecen junto a Cristo.

Lo que nos impresiona es sobre todo el que estas mujeres, al haberse acercado a Cristo, alcanzaron a su lado cierta autonomía interior, habiendo entre ellas muchas “caídas”.

Este es obviamente el caso de la samaritana, cuya conversación con Cristo registra San Juan en el capítulo quinto de su Evangelio.

¡Todo un “acontecimiento” el encuentro con la samaritana!

¿Recordáis la conversación desarrollada junto al brocal de un pozo? Cristo pide agua y la mujer se asombra de que El, siendo israelita, le pida de beber a ella, una samaritana. La conversación transcurre del agua como elemento al agua sobrenatural, agua viva que es bebida del alma inmortal. En un momento dado, Cristo le dice: “Ve y tráete a tu marido”. “No tengo marido”, responde. Y Cristo: “Dices muy bien que no tienes marido. Siete has tenido y el que tienes ahora no es tu marido”.

Se aprecia en la reacción de esta mujer una suerte de liberación. Cristo la ha liberado a través de la revelación de la verdad. Ha conquistado su confianza aclarándole el significado de su situación. ¡Algo hay en las palabras de Cristo que, lejos de mortificarla, avergonzarla, rebajarla o pisotearla, la eleva!

Lo mismo que ocurrió con la Magdalena.

Pero volvamos también sobre lo que les dijo a Marta y María en el pueblo de Betania. Cristo se dirige a Marta de un modo que le deja a uno boquiabierto: “... Tú te preocupas y te sofocas por muchas cosas; una sola es necesaria” (Lc 10,41). Es como si hubiese querido reprender a esta Marta hacendosa que, demasiado absorta en sus tareas, se olvida de su vida interior y no es libre.

En todo episodio del Evangelio que relate encuentros donde aparezcan figuras femeninas, la característica de la independencia de la mujer la hallamos “junto” a Cristo.

Esta característica nos produce especial impacto en la Madre de Dios.

Figura muy sencilla, María posee una individualidad de lo más grande.

Su maternidad fue por entero fruto de la elección: “Hágase en mí según tu palabra” (Lc 1,38).

Esta expresión, en aquel preciso momento y después, lo decidió todo.

Pocos detalles han llegado hasta nosotros acerca de la Madre Santísima de Cristo. Pero esos pocos rasgos que nos refiere el Evangelio ¡nos dicen tantas cosas!

Nos permiten ver su individualidad de mujer.

Cristo tuvo en ella no solamente a la Madre, sino también una madura compañía independiente en su vida.

Lo vemos en el Evangelio, lo vemos en Caná de Galilea, lo vemos en el Calvario.

Al lado de Cristo no había esclavas, pese a que el sistema social vigente trataba a la mujer como a una esclava, en Roma lo mismo que entre los judíos.

No hay esclavas “junto a” Cristo. La pecadora pública, convertida, se transforma en novia, en hermana.

Pero, sobre todo, la mujer es Madre.

Llevemos nuestra reflexión a los términos del problema capital del concepto de emancipación. Por viejo que éste sea, hoy somos testigos de su difusión, que ha implantado de diversas formas una nivelación entre hombre y mujer en el trabajo profesional, en lo político y hasta en el modo de vida.

La igualdad entre hombre y mujer es, en sí, fundamentalmente comprensible, ya que se funda exclusivamente en la madurez interior y en la independencia de la mujer, las características precisamente que encontramos en el Evangelio.

Hablo de su individualidad, de la programación de su vida y su futuro; sin esto la emancipación exterior, más que nada, destruye a la mujer, en vez de rehabilitarla. No cabe duda de que con harta frecuencia esta emancipación exterior, la igualdad con el hombre, hace de ella un ser desdoblado, sobre todo si se trata de una mujer formada profesionalmente. Dobla sus tareas, sus deberes y las dificultades de la vida y genera conflictos.

Tengamos también en cuenta algo más: la especial

conformación interior de la mujer, diferente de la del hombre.

Cristo tuvo perfectamente conciencia de todo esto.

La mujer es preferentemente corazón e intuición; se deja llevar por los acontecimientos de un modo más sensible y más completo.

Por eso necesita apoyo (como ese “junto a” Cristo del Evangelio), mucha madurez e independencia interior.

Esta independencia —digo algo que puede parecer paradójico— hace a la mujer, al mismo tiempo, libre del amor y abierta a él.

La libera del amor —de ese amor con “a” minúscula, de ese amor que es necesidad, constricción, circunstancia, erotismo— y la dispone al Amor que es fruto de la elección consciente y en el que es posible hallar la propia vida, la propia vocación.

Por mucho que llame la atención, esta necesidad es imprescindible, porque la mujer participa con toda su sensibilidad.

La mujer está mucho más expuesta que el hombre a todo, mucho más expuesta que el hombre a los condicionamientos psicológicos. Por eso necesita conquistarse esta independencia mediante un esfuerzo interior que no elimina de la propia vida el amor, sino que lo reconoce como motivación última en el Gran Amor.

Además, esta autonomía la necesita también para las exigencias sociales, pues la mujer al lado de Cristo es independiente; no tiene —podríamos decir— necesidad del hombre y, así, cuando se casa, cuando entra en la vida matrimonial, en ese momento esta independencia hace de ella no un objeto, sino una persona.

Aquí a veces puede encontrarse con ilusiones y desilusiones.

Sin la mediación del amor, la mujer permanece como objeto para el hombre.

Resuenan en mis oídos frases como ésta: “Era aún

muy joven, no había terminado los estudios; me casé. Ahora sufro mucho, sufro mucho”.

La conversación prosigue. Y si queremos resumirla, saber por qué sufre, oigamos esto: “Sufro porque soy un objeto. No soy una persona”. “¿Tal vez él no alcanza a sensibilizarse respecto a ti? ¿Te siente cerca de él?” “No, él no quiere más que una cosa”.

Mucho más doloroso todo esto si es la conclusión de lo que se consideraba amor, de aquello a lo que se fue con toda el alma, con todo el sentimiento.

Precisamente por esto ella necesita la emancipación interior, que hace que la mujer pueda en el amor estar al lado del hombre como compañera. ¡Como compañera!

¡Una y otro al mismo tiempo! ¡Constructores!

Vocación esencial de la mujer es esta función.

Esta es la característica del matrimonio.

El matrimonio no es solamente una institución de vida sexual. Si así fuera destruiría el sentimiento de ambos y sobre todo el de la mujer.

Por eso la mujer es principalmente madre.

Madre quiere decir aquella que engendra. Engendrar significa educar con intuición, con el corazón, y no sólo a los niños.

Su deber fundamental es éste: educar al hombre. Y así, compartiendo la responsabilidad, no puede ser para el otro un simple objeto. No carece de significado el que Cristo, Hijo de Dios, Dios-Hombre, se someta a la educación de la mujer, de la madre. No carece esto de significado para nosotros.

La mujer al lado de Cristo aparece en la maternidad.

A veces tenemos la impresión de que la mujer, caracterizada un poco por su belleza y el sentimiento, se adapta completamente a esta situación: ¡ser un objeto!

Objeto de admiración, de discusión, “modelo”; en fin, uso nada más.

Es necesario formarse cierto instinto —llamémosle

así— de conservación, en sentido abiertamente espiritual.

Es una especie de defensa de la propia personalidad. Su camino, la independencia interior.

Es necesario que aprenda a conocer al hombre, a familiarizarlo con su independencia.

Esta independencia no destruye la unión, sino que la forma.

Hay que familiarizarle con la realidad de que la mujer es persona, que puede ser madre, que la maternidad es grande y que la maternidad, además, es una experiencia muy honda. Una experiencia en la que el hombre no puede adoptar la actitud de un espectador. Yo, mujer, con mi maternidad le comunico a él un valor maravilloso: el valor de la paternidad.

El lo recibe sin dar nada a cambio. ¡Y yo, mientras, tengo que pagar por ello!

Pero, por el hecho de pagar, no debo valorar superficialmente esta maternidad.

Es un insulto gravísimo decir eso de “¿qué quiere que haga?” Y se trata en la mayoría de los casos de mujeres creyentes. ¡Perdón, niños que no habéis nacido!

¡Inmensa responsabilidad e importante deber que cumplir!

Bien es verdad que ahora podríais decirme con razón: “¿Por qué nos lo dice a nosotras?”

Los sacerdotes os dirigís en seguida a nosotras.

Les hablaré a ellos, les hablaré.

Les hablaré de hombre a hombre. Desde aquí mismo.

Pero os lo digo también a vosotras, porque es por vuestro bien.

Ellos han de aprender que la maternidad sublima, pero que también supone un drama, sobre todo cuando aquélla es destruida junto con la concepción.

Con el niño que es fruto de la maternidad.

¡Drama tremendo!

No se puede tolerar.

No se puede ignorar. Es un peligro que deshojamos cada día.

Tal vez para muchas de vosotras esto puede representar un peligro en el futuro. Un futuro lejano. No obstante, debéis estar preparadas.

Por lo demás, se trata de algo verdaderamente difícil. De un deber erizado de dificultades.

Educar al hombre, educarle en el amor, y en el amor noble; educarle a fondo en estas verdades: esto significa que la mujer sea persona y no solamente un objeto.

Por eso hay que hablar de estas cosas exhaustivamente y a tiempo, cuando todavía andáis entre los fascículos y los libros de la universidad o entre los textos del liceo.

¡Exhaustivamente y a tiempo!

Sobre este tema oímos cantidad de opiniones diferentes, de soluciones distintas. Soluciones aparentes, porque en ellas falta el hombre.

Falta la persona humana.

Cristo no se preocupa de otra cosa sino de que en este tipo de solución se salve la persona humana.

Son verdaderamente deberes muy difíciles.

No trato de deprimiros ni de atemorizaros. Deseo solamente deciros que nos damos cuenta de que se trata de un deber erizado de dificultades.

Quiero manifestaros, y esto siempre, que no pretendemos quedarnos sólo en el papel de correctores moralizantes, puesto que conocemos los sacrificios y dificultades de que está repleta la vida.

Sabemos bien cuán dolorosamente se producen estos fenómenos.

¡Claro que lo sabemos!

Cristo lo sabía mejor. ¡Y lo sabe mejor!

¿Puedo deciros lo que hay que hacer?

En parte ya lo he hecho. Preguntad también a otros,

a vuestra madre, por ejemplo; pero preguntad a quien os diga la verdad, a quien no minimice estos deberes, dado que las opiniones que circulan en torno a este tema, incluso muchas veces en el seno de familias cristianas, no son precisamente cristianas.

Eso sí, si me preguntáis “¿qué hay que hacer?” —cómo actuar, cómo aconsejarse en este punto—, tal vez yo no logre responderos detalladamente.

Pero ved esto: estoy seguro de que, al lado de Cristo, todas las mujeres que están al lado de Cristo —¡todas!— poseen lo más importante: madurez y autonomía interior.

Esto es esencial en la formación de la personalidad, en la preparación a la maternidad, en el crecimiento en el amor y la responsabilidad.

Por eso cuanto puedo deciros es sólo esto: ¡acercaos a Cristo, acercaos!

No sólo superficialmente, como si se tratara de un estado de ánimo pasajero.

Acercaos a El con todo vuestro corazón, con todo vuestro ser, con toda vuestra vida.

Buscadlo. Acercaos a Cristo.

Sabéis cómo hacerlo. Lo sabéis desde niñas. No tengo que enseñaros cómo acercarse a Cristo. Sólo quiero garantizaros que junto a El, junto a Cristo, todas las mujeres ganan su independencia interior.

¡Todas!

Ayer dijimos que escoger a Dios significa escogerse a sí mismo, al propio yo; escoger a Cristo significa escogerse a sí mismo.

Entonces, ¿cómo podréis nuevamente escogeros mejor a vosotras mismas, escoger vuestra individualidad femenina, de mujer, de muchacha, escoger vuestro yo, sino al lado de Cristo?

Sólo de esto se trata.

Pero ¿cómo hacerlo?, ¿cómo?

En esto seguramente os guiará tanto la luz interior

como la gracia que siempre nos asiste, la "gracia de estado".

Si la buscáis, la hallaréis.

En todo caso, en el camino del amor que lleva la vida consigo, acordaos de esto: por encima de todos los amores hay un Amor. Un Amor.

Amor sin resistencia.

Sin titubeos.

El amor con el que Cristo os ama a cada una de vosotras.

Amén.

4. EL PECADO

Precisamente porque el Evangelio está lleno de contenidos humanos —el Evangelio es la verdad en la vida del hombre—, aparece también en él el aspecto negativo.

El cuadro que nos presenta el Evangelio es real y verdadero.

El rechazo de que hablo es el aspecto negativo. Es algo, obviamente, contrario a la actitud encarnada por el propio Cristo, actitud de servicio y de amor.

En torno a Cristo aparecen en el Evangelio algunos de estos aspectos negativos.

El aspecto negativo es el pecado.

En torno a Cristo aparecen en el Evangelio no pocos pecados, porque el Evangelio no es una utopía, ni un idilio, sino que es rico en contenidos humanos.

Cristo, Hijo de Dios, se hace hombre para redimirnos, y para redimirnos del pecado. Por lo tanto, en el Evangelio, junto a Cristo tenía también que aparecer el pecado.

De este modo el Evangelio se inserta en cada vida humana, y toda vida humana, de una u otra forma, se inserta en el Evangelio.

Por eso es posible hallar en él el fundamento de nuestra vida humana. Hecho este en el que consiste su alcance universal, su universalidad, por cuanto se refiere a cada uno de los hombres.

Por esta razón el Evangelio es siempre moderno, actual y no pasa de moda.

Toda época nueva está llena de aspectos negativos

del pecado. Nuestro mundo contemporáneo está, por tanto, lleno de aspectos negativos, los cuales —digámoslo sin ambages— abundan en nosotros y en torno a nosotros.

Imaginemos cualquier situación humana. Una situación de todos los días; en nuestra profesión, en nuestra casa, en nuestro centro de trabajo.

Tal vez —podríamos decir— en estos casos predomina una atmósfera desagradable.

Una atmósfera de antipatía o, por lo menos, de insensibilidad.

Una atmósfera que contamina todo y a todos y que no deja nada sano.

Peor aún, una atmósfera que deja fuera de juego a las personas.

¡Cuánto se oye hablar de personas detruídas! ¿Pero de dónde sale esta atmósfera? ¡Pues de nosotros! De cualquiera de entre nosotros; de cualquiera de entre nosotros encargado de conformarla.

Tal vez uno, tal vez dos de entre nosotros, tal vez todos. Probablemente somos todos los que la creamos. Unos, activamente. Otros, pasivamente. Unos, con la acción. Otros, con la omisión.

Se trata de algo común. Y de una situación no rara.

Por ejemplo, en casa: se dan portazos, no se habla, se mantiene uno encerrado en sí mismo, separado y ajeno a la familia. Tampoco esta situación es rara.

Estamos, en estos casos —hemos de reconocerlo—, muchas veces ante sufrimientos y disgustos humanos, ante lágrimas ocultas, más bien que ante males conscientes y libremente buscados.

La definición catequística del pecado dice: el mal querido “libre y conscientemente”. Y entretanto, como de una forma inconsciente y no libre, casi contra nosotros mismos, aparece el mal, se obra el mal.

Resulta difícil afirmar que esto ocurre totalmente al

margen del hombre, independientemente de cada uno de nosotros.

El mal se inicia, brota en todas partes. Emanada de la voluntad de cada uno, que no puede o no quiere ponerle coto. ¡Eso es, no quiere!

¿Es el pecado sólo cuestión de voluntad: quiero o no quiero? ¿O es también, a veces, sólo cuestión de ignorancia?

Más aún, ¿esta ignorancia es un puro ignorar, o una falta de interés?

Se podrían superar las dificultades si lo pudiéramos probar. Pero no se prueba, y entonces estas diferentes omisiones o deficiencias se entrecruzan continuamente entre sí en nuestra vida. ¡Mala voluntad!

Surge en nosotros una falta de buena voluntad. ¡Mala voluntad!

Y es que hay situaciones que no tienen vuelta de hoja; por ejemplo: ella ha dado a luz un niño, un niño que lo estaban esperando; luego debería alegrarme. Pues bien, en esto, un par de semanas después, el caballero ha encontrado otra. Y a esta segunda le dice que la ama. Y una nueva situación aprieta. Hay que cambiar las cosas; tanto respecto al niño como respecto a la mujer. Hay que falsear, buscar motivos, echarle la culpa a alguien, porque —¡no faltaba más!— él no es culpable. Y ella, la segunda, hace todo lo posible por poderse quedar con él.

Vemos en este caso con bastante claridad dónde radica el mal. Si él se atribuyese este mal, o viceversa, todo sería muy sencillo. El problema consiste en que ni el uno ni la otra están dispuestos a atribuírselo.

¡A veces parece muy sencilla la cuestión del pecado!

Cuando por primera vez aprendimos en el catecismo qué es el pecado, el mismo sonido del vocablo despertó en nosotros sentimientos de desaprobación.

¡Todo era entonces sencillo!

Pero el hombre, después, complica los hechos y fal-

sifica las cosas sencillas. Por eso el problema del pecado se presenta como se presenta y la verdad acerca del pecado es una verdad tan dura.

Dura de aceptar no en general y en abstracto, no en la anécdota o en el drama, no en los ejemplos o fuera de mí, sino dura de aceptarla en mí.

¡En mí!

Además, la mayoría de las veces creemos que el pecado es cuestión de un momento, un momento entendido como acción.

Pero no es así.

Siempre se trata de un proceso que viene de un "primero".

El pecado no ocurre como algo imprevisto. Se desarrolla paso a paso.

Se desarrolla —puede dar esta impresión— sin que nos demos cuenta. Pero se trata sólo de una impresión.

No es algo imprevisto. No ocurre de repente. Viene —en cierto modo— preparado desde fuera y, hay también que decirlo, desde dentro.

¡Las circunstancias lo forman —ésta es la mentalidad, esto es lo que generalmente se piensa, esto es lo que en general se dice, se lee o se escribe— desde fuera!

¡No y no!

El pecado no procede de fuera. No lo cometemos empujados por una fuerza anónima, porque en ese caso nos anularíamos a nosotros mismos. Se trata de una fuerza concreta y determinada.

Comienza en cada uno, en cada uno de nosotros. ¡En mí! Situemos así la cuestión. Es un proceso establecido.

Ante todo, el pecado es durante largo tiempo algo por su cuenta, antes de convertirse en tal. Luego, "tras el pecado" viene un determinado proceso. Si se trata del proceso anterior —como sabemos—, se llama tentación. He caído en la tentación. Caí en la tentación.

La tentación actúa desde fuera. Pero también desde

dentro. ¡En mí! Y tiene sus aliados. Aliados de la tentación son en primer lugar una cierta superficialidad y ligereza. ¡Exactamente, ligereza!... Ese no tomar en serio los problemas morales; no pensar que el pecado pueda producirse en mí y conmigo. En otras palabras: no ponerse en manos de Dios Nuestro Señor. Y así precisamente es como va madurando el pecado; en este clima favorable a la tentación, que es el no ponerse en manos de Dios Nuestro Señor.

Por eso, de repente, seguramente en el momento menos preciso —menos tenido en cuenta—, se salta el límite.

Se han agotado determinadas reservas: la prudencia, el pudor y otras cosas más; lo sabe cada uno.

Indudablemente, unas reservas que representan en nosotros cierta resistencia al mal se han agotado.

Ahora empieza el proceso del "después". Este proceso del después parece abrir una salida, un como volver al momento anterior.

¡Pero frecuentemente no es así! Frecuentemente ocurre, en cambio, que el pecado salga por sus fueros, presione al hombre y le empuje a seguir pecando.

El pecado engendra pecado. Hay pecados que no van más allá. Otros, en cambio, sí.

El hombre se siente de improviso bajo el dominio de una "fuerza" desencadenada por él mismo. Así es como se establece en nosotros la recaída. Así se forman en nosotros los malos hábitos. Diversas clases de malos hábitos. ¡Así se forman en nosotros!

Los cuales, queridos amigos, con el tiempo se convierten en pecados estúpidos. Así como suena: ¡pecados estúpidos! Por ejemplo: el alcoholismo. Es horrible, sí, pero es un pecado estúpido. Y no lo es porque produzca estúpidos, sino porque su valor carece de peso en comparación con lo que se pierde, hasta tal punto que realmente se le atribuye solamente la función de la estupidez.

¡Y, sin embargo, cómo destruye al hombre este pecado!

Destruye al hombre, en la medida de su capacidad, cuando comienza a traspasar los límites, en el momento más inesperado.

Y después le enreda. Y no es posible dar marcha atrás.

¡No sabemos dar marcha atrás!

¿No es posible? Esto sí que no es verdad.

Obviamente, el pecado es algo personal. Algo "propio". Mío.

Pero existen también los pecados de los demás.

Cuando examinamos nuestra vida, frecuentemente pasamos por alto esto: están los pecados de los demás, los pecados del otro, de otras personas, de los cuales, sin embargo, yo he sido al menos la causa. Causa del mal. Causa del mal moral.

Hay, claro está, pecados de diversa naturaleza: grandes y pequeños. El catecismo habla de veniales y mortales. Exactamente, de leves y graves.

Es evidente que la medida del pecado es siempre individual. Esto lo expone —magistralmente bien— en uno de sus libritos Lewis, quien dice así: "Para un hombre con taras hereditarias y una educación moral que deje que desear, un pecado, en sus condiciones objetivas, será pequeño. Pero para otro, con disposiciones diferentes y otra conciencia, ese mismo pecado será grande".

La medida del pecado es siempre individual. Por esta razón, un hombre no puede valorar los pecados de otro hombre, aunque subsistan ciertas normas. Sólo Dios sabe la dimensión del pecado de cada uno. Por esta razón el problema del bien y del mal no se puede establecer fuera de Dios.

Esto no significa que aquél, bajo el prisma de la propia conciencia, no se forme en nosotros.

Frecuentemente recalamos la vinculación con Dios de la conciencia, llamándola voz de Dios.

La verdad es que se trata de una metáfora. Es una forma traslaticia, pero acertada, en cuanto que la medida del bien y del mal está ligada a la conciencia.

En la conciencia, todas las cosas pueden ser verdaderas o falsas.

Pueden ser falsas. Cabe darse el caso de una conciencia escrupulosa que exagera en su apreciación del mal. Ve el mal por todas partes. Pero se da también la conciencia laxa, a la que, en verdad, le tiene sin cuidado el mal grave. Conciencia escrupulosa y conciencia laxa. Tesoro inmenso es una conciencia sana, puntual, que determina cuidadosamente el valor moral de nuestras acciones.

Hay que estar siempre atentos a la formación de una conciencia así. Pero es necesario que esa conciencia sea sana, delicada y sensible, ya que a veces puede ser sana, pero basta. Esta considera las situaciones diferenciada, puntualizadamente, pero no profundiza. No distingue lo que probablemente compromete al hombre desde un punto de vista moral. Y es que tenemos que moderar con toda precisión nuestra conciencia, ya que es un instrumento tan delicado que, si no se pone a punto continuamente, podemos destemplerarlo o dispartarlo.

Hemos de trabajar mucho respecto a nuestra conciencia.

Me preguntarán: "¿En interés de quién?" Respondo: "En interés propio".

¿En interés de quién? Cada uno de nosotros es responsable de ella.

La humanidad tiene su expresión en lo moral. La humanidad se expresa en la conciencia mediante la conciencia. Por eso debemos forjar nuestra conciencia.

Diréis tal vez: "Sí, efectivamente, me ocuparé a fondo de mi conciencia y formaré una conciencia sana y

de la vida, a mi alrededor será cosa corriente tener conciencia laxa". Y diréis que incluso esto se tiene a gala. Esto implica cierto cálculo, con la particularidad de que no se refiere a lo más esencial: al valor de la propia humanidad. Y aunque con estos cálculos sea para nosotros muy difícil cimentarnos, sin embargo hemos de esforzarnos en superar esta situación, ya que la lucha por la humanidad, la lucha que todo hombre —y el cristiano en particular— lleva adelante por la humanidad, es la lucha más noble. Lucha en vanguardia y por la victoria; ¡merece la pena sucumbir en ella!

Una consideración más: el pecado aparece como conflicto con Dios. Y algo que le impresiona mucho al hombre es saber de dónde procede este conflicto. ¿Surge en cada pecado? ¿Y de dónde procede?

Volvamos mentalmente a la charla del otro día. Decíamos que el hombre escoge a Dios y lo rechaza.

Escoge a Dios, escogiéndose en cierto modo a sí mismo. Continuamente escojo a Dios o lo rechazo.

Escogiéndome a mí mismo en cada acción, escojo o rechazo a Dios. ¡Tan vinculado estoy a Dios! ¡Lo escojo o lo rechazo!

¿Pero por qué el pecado trae siempre un conflicto con Dios Nuestro Señor?

Diréis: "Porque el pecado es contrario a la 'ideología' de Dios".

La ideología de Dios es la ideología de la Creación.

La función de ésta es crear, fomentar el bien. Y de modo particular en el orden moral. Esta es la ideología de Dios. ¡Y el pecado la destruye!

El pecado destruye sobre todo un bien fundamental, el bien inmanente que impulsa a cada uno de nosotros.

El pecado destruye un bien de esta naturaleza. ¡Y un bien así soy yo!

Yo no me he proporcionado la existencia. Yo no soy

propiedad mía. En el fondo no son ni siquiera mis padres quienes me han dado la existencia.

Dios tiene un derecho fundamental sobre nosotros; yo soy criatura suya.

En estas circunstancias, yo, en cierto modo, estoy henchido de la ideología de Dios creador, por quien todo sigue adelante.

Y si yo rompo y destruyo en torno a mí y en mí, esto entra en conflicto ideológico con Dios.

Lo que hago es profesar otra ideología distinta de la suya.

Además se produce también un conflicto de voluntad, en cuanto que la idea actúa a través del entendimiento y el entendimiento se acompasa con la voluntad.

Yo —gracias a que tengo entendimiento, a que soy esencia intelectual— reconozco las normas morales, los principios morales, el "haz esto, evita aquello".

Por otro lado, Dios mismo, revelándose, ha recalcado y ha dictado estos principios y estas normas de moralidad.

—No tendrás más Dios que a mí.—Honra a tu padre y a tu madre.—No matarás.—Etc.

Así las cosas, conozco y sé cuál es su voluntad. Por eso no hay sólo un conflicto de ideas, sino un choque entre su voluntad y la mía: Yo quiero diversamente a como quieres Tú.

Otra cosa más: ¿Por qué el pecado constituye un conflicto con Cristo?

Este es un problema todavía más profundo.

Nietzsche escribió un ensayo filosófico titulado *Más allá del bien y del mal*. Existe en el hombre esta aspiración: situarse más allá del bien y del mal, más allá de la moralidad, y poder en cierto modo librarse de ella. Librarse de algo que es por lo menos humano. Librarse en cierto modo de ella.

Cristo, por el contrario, anuló esta concepción. Cris-

to se puso en medio, entre el bien y el mal, en el mismo centro. Cristo tomó personalmente parte en el conflicto entre el bien y el mal, tal como éste se presenta en cada hombre.

Con ello Cristo impone a cada uno de nosotros las mismas obligaciones. Y el hombre que pretende situarse más allá del bien y del mal, más allá de la moralidad, no sintoniza con Cristo.

Hemos dicho ya que el cristiano es un hombre que ocupa un puesto junto a Cristo. Por eso el hombre asume sobre sí todo el peso de la moralidad.

Porque la moralidad es peso; instrumento de elevación y, a la vez, carga.

El hombre que quiere estar junto a Cristo debe cargar con todo el peso de la moralidad.

Y este peso será un instrumento de elevación. Por lo tanto, si rechazamos este peso, entramos en conflicto con Cristo.

Intentamos arrojar lejos de nosotros la cruz, porque la moralidad es cruz. Y todo cuanto sobre ella se ha escrito en tantos tratados y ensayos, en tantos relatos y dramas, todo ello no tiene parangón con la única verdad de que la moralidad es cruz.

La moralidad cristiana, la moralidad en general, es cruz.

Pero el hombre puede probar a arrojar lejos de sí la cruz. ¡Puede!

Cristo, sin embargo, permaneció en la Cruz. Por eso el pecado es conflicto con Cristo.

Nos vamos acercando lentamente al término de nuestros ejercicios y la jornada de mañana quiero dedicarla a la oración. Durante todo el día estará expuesto en esta iglesia el Santísimo Sacramento. Os invito fervientemente a su adoración.

4-A. CONVERSACION CON LOS JOVENES

Diálogo de Cristo con el joven del Evangelio de San Mateo (19,16-22). Os recuerdo sus momentos más señalados: el joven se acerca a Cristo y le hace una pregunta: “¿Maestro, qué he de hacer para ganar la vida eterna?” Cristo le responde: “Si quieres entrar en la vida eterna, guarda los Mandamientos”.

Nueva pregunta y nueva respuesta clarificadora. El joven inquiriere: “¿Cuáles?” Y Cristo le recuerda los Mandamientos del Decálogo. Reacción: “Todo esto lo vengo observando desde mi juventud. ¿Qué he de hacer aún?” Cristo: “Si quieres ser perfecto, ve, vende tus bienes y dáselo a los pobres; luego, ven y sígueme”. Y vino entonces la última reacción del joven: se alejó, sin decir una palabra.

Tratemos de analizar desde el ángulo —digámoslo así— humano este episodio, desde el momento que es con frecuencia analizado bajo otro aspecto.

Pues bien, visto desde el ángulo humano, el conjunto aparece así: el joven estaba de algún modo fascinado por lo que Cristo proclamaba.

Percibe que anuncia un bien. Un bien que él mismo querría realizar y que se llama Reino de Dios.

¿Qué hacer entonces? ¿Qué de especial? La pregunta del joven suena a positiva. Pero no por ello debemos considerar positiva la respuesta que da al consejo de Cristo.

Hagamos una valoración de conjunto. Cuando Cristo le dice: guarda los Mandamientos y se los enumera, el joven responde: “Yo vengo observando todo esto desde mi juventud”.

En estas palabras está trazado su perfil humano. Podremos decir: es el perfil de un hombre honesto, sensible, recto. Pero también podemos interpretarlo de otra forma.

En ese momento aquel joven se sentía, en cierto modo, por encima de Cristo.

“¿Qué es lo que anuncias?” “¿Qué es lo que quieres?” “Todo esto no es superior a mis fuerzas, ni sobrepasa mi vida”.

Efectivamente, en cierto sentido, tú no eres superior a mí. Yo estoy a tu mismo nivel, o, tal vez, quién sabe si en un nivel superior.

Claro que este razonamiento no lo encontramos en el texto evangélico, pero de una lectura en profundidad se colige ese contenido psicológico.

En cada uno de nosotros hay un poco de “machismo”. Lo había en aquel joven. Su reacción fue coherente consigo mismo.

Si tenemos en cuenta este detalle, resulta que el elemento posterior de la conversación se justifica plenamente, se clarifica y al mismo tiempo nos clarifica todo a nosotros.

Porque Cristo le hace una pregunta, o, mejor dicho, no le hace una pregunta, sino que le hace una proposición: “Si quieres ser perfecto —dice—, ve, vende, distribuye, ven, sígueme”.

Sígueme. ¡Le hace una propuesta!

En esta propuesta El no trata de indicarle algo que pueda hacer con relativamente poco esfuerzo, puesto que “Todo esto lo he hecho desde mi juventud”.

No, Cristo exige. Le exige que dé.

¡Le exige que dé!

Y aquí aparece de nuevo un elemento característico del perfil humano: exactamente, la poca disposición del hombre a dar.

Primer paso: tomar, conquistar. Fruición, beneficio, ventaja. Llegar. Incluso en el orden moral.

Segundo paso: dar. ¡Aquí, marcha atrás!

Poca disposición para dar.

Lo que es tan característico, bajo otros aspectos, en el perfil espiritual de la mujer, en el hombre apenas si se esboza.

Lo que alcanzamos a extraer del análisis de este hecho evangélico nos sirve de punto de partida para nuestra —llamémosla así— consideración especial proyectada sobre vuestro estado. Porque hay algo que fácilmente podemos descubrir en el perfil espiritual de cada uno de nosotros: la soberbia humana, la poca disposición a la donación y el espíritu de conquista.

¡El espíritu de conquista!

Ansia de conquista y de dominio en los diversos órdenes. Una cosa que nos enfrenta de un modo característico con los problemas de la religión.

Corre por ahí la especie de que la religión es cosa de mujeres. Algo más propio de la mujer que del hombre. Algo que desdice un poco del varón.

El hombre se siente más en la piel de Nicodemo. ¿Os acordáis? Nicodemo era aquel miembro del Sanedrín que aceptaba a Jesús, pero, en cierto modo, a escondidas. No voy a decir que creyera ya en El, sino que lo aceptaba, y le visitó de noche, en un momento en que nadie pudiera percatarse de ello.

Pues en nosotros hay una tendencia a la religiosidad propia de Nicodemo. A una religiosidad seguramente caracterizada solamente por una discreción superficial, pero con mucha frecuencia marcada por el “respeto humano”.

Somos reacios al compromiso. Igual que aquel joven que habría de sacar gustosamente de Cristo cuanto le era posible, como un conquistador. Pero que, en cuanto tuvo que comprometerse, se alejó de allí.

Puede también tratarse de un hecho circunstancial, ya que hay que reconocer honradamente que, por ejemplo, nuestro catolicismo, aquí en Polonia, pres-

endiendo de vuestra presencia en esta reunión y, en general, de la presencia de los hombres hoy en las iglesias; vuestro catolicismo, digo, se presenta cada vez más como “de hombres” y menos como “de mujeres”. Menos femenino y más masculino.

Y esto constituiría ya un testimonio del hombre cristiano.

Pienso que los problemas —los problemas de la fe de la religión— en los tiempos que corremos, en esta época de tensiones y conflictos, apelan en cierto sentido al testimonio.

Pero, a la vez, aunque se vean hombres en la iglesia y, a veces, en número cada vez mayor; aunque, partiendo de estas manifestaciones, nuestro catolicismo sea cada vez más “de hombres” y menos de mujeres, sin embargo, mirando al compromiso, no es muy perfecto. No es suficientemente interior. Suficientemente profundo.

Le falta al hombre creyente una vida interior.

Lo que tal vez cree ser un estilo propio de religiosidad, esta especie —digámoslo así— de discreción, de distanciamiento —distanciamiento respecto a las manifestaciones de religiosidad, respecto a la vida sacramental—, todo esto hace efectivamente que no haya en él suficiente vida interior.

Incluso viendo las cosas en otro sentido, la consecuencia es precisamente ésta: que no existe en nosotros, hombres, una vida interior suficientemente profunda.

Este tipo de catolicismo será más “de hombre”, pero no suficientemente profundo.

A la par, queridos amigos, no podemos dejarles a las mujeres la preocupación del Reino de Dios.

¡No podemos!

Y no podemos por la sencilla razón de que Cristo lo ha dispuesto así. El dijo a sus Apóstoles: “Id por todas partes, enseñad a todos los pueblos” (Mt 28,19).

¿Qué significa esta palabra: enseñad?

Enseñad significa esto: ¡responsabilizaos del Evangelio como Verdad!

En términos actuales: responsabilizaos del Evangelio como concepción del mundo, como idea. De acuerdo con la naturaleza “del hombre”.

Hay en él una cierta supremacía del entendimiento sobre el corazón. Por ello Cristo le confía a él la responsabilidad del Evangelio como idea.

¡Del Evangelio como idea!

Del Evangelio como vida —como vida— que responsabiliza a todos.

La mujer juega un papel muy alto en la Iglesia, en el catolicismo. Pero el Evangelio como idea es principalmente campo “del hombre”.

Dice: “Id y enseñad”.

Queridos amigos, esto no es sólo para los obispos y los sacerdotes. Se refiere a todos nosotros. “Id y enseñad”.

Tú, querido amigo, pues veo aquí también a personas mayores, enseña a alguien. ¿Cuándo hablas de cosas del catecismo con un niño? ¿Cuándo entablas una conversación de tema religioso con un compañero?

¡Un tema que desdice!

En este punto conviene distinguir entre discreción y vergüenza.

Porque, a lo mejor, lo que entre nosotros llamamos discreción es, en realidad, vergüenza. O, peor aún, superficialidad.

Tienes razón, no hables de problemas religiosos. No pienses ni que existen. ¡Eres tan superficial!

Cristo, sin embargo, dice: “Id y enseñad”.

Y cuando seas, si no eres ya, padre de familia: “Id y enseñad”.

Cuando os arrodilléis con vuestro hijo para orar: “¡Enseñad!”

Dirás, tal vez, como se decía entonces, que ¡éste no es

mi problema! ¡Es un problema de mujeres! ¡Es problema de la mujer el enseñar a rezar!

Enseñar las oraciones puede que sí. Pero ¿y el instruir en la oración, en la actitud religiosa?

“¡Id y enseñad!”

Recordemos, queridos amigos, que tenemos una inmensa responsabilidad con respecto a la propagación de la “idea”. Porque esto es algo que nos toca sobre todo a nosotros, hombres.

¡Eso de cargar la responsabilidad del Evangelio sobre la mujer está muy visto!

Ahora se trata de hacer tomar conciencia de esto a la juventud que avanza, a los jóvenes.

El padre casi siempre le dice a la madre: “Esto es cosa tuya. En este terreno eres tú la que tiene la palabra”.

Cristo, sin embargo, dice: “Id y enseñad”. ¡Vosotros!

Esta invitación se sobrentiende en un sentido más amplio; el sistema de enseñanza es una cosa, y el deber de enseñar, otra.

Cuando se medita en profundidad en este encuentro de Cristo con el joven, en este diálogo psicológico entre líneas del joven y Cristo, descubrimos eso que ya hemos dicho: la soberbia “del hombre” y su falta de disposición a darse a sí mismo.

Descubrimos también otra cosa: cierta propensión a imponer la propia dimensión humana a lo que es verdad o voluntad de Dios.

Algo evidentemente humano en general, pero “del hombre” en particular.

¿Lo que es verdad de Dios, lo que es voluntad de Dios, he de compaginarlo conmigo mismo?

¿Me conviene o no me conviene? ¡A mí! ¡Siempre a mí!

Si me conviene —hablo así—, está bien. Si no, me voy, me niego. He aquí la tentación de estar “por enci-

ma” de Cristo, particularmente allí donde Cristo quiere algo de mí.

Esta confrontación consigo mismo y la posibilidad de estar “más allá” de Cristo se produce principalmente en el campo de la moral sexual. Porque es en este punto donde Cristo le exige al hombre. Y exige más de lo que pensamos. Y exige diversamente.

Exige diversamente a como nosotros, en general, pensamos.

Por parte del hombre las cosas ocurren así: eso es lo que desea ardientemente; eso lo que le empuja a la acción; eso a lo que se aferra.

Ella, en cambio, es la que paga.

Por eso el hombre con mucha frecuencia no quiere pagar absolutamente nada. ¡Nada! Con frecuencia es así.

Con frecuencia ocurre que cuando ella paga, y paga con su persona, él se apresura a decirle: “Ve al médico, yo te daré el dinero”.

¡Ella paga con su persona, él con dinero!

O a menos que no se le ocurra decir: “Por tu culpa. ¿Por qué nos ha pasado esto? Evidentemente, es culpa tuya y no mía. Mía, desde luego, no”.

Y ése es el que arde en deseos, el que conquista, el que se apodera.

La verdad es ésta: si tomo algo, debo también asumir la consiguiente responsabilidad. ¡Responsabilidad!

Mis queridos amigos, estas duras frases que acabo de pronunciar no penséis que no vienen a cuento.

Seguramente que lo que voy a deciros os parecerán cosas que se refieren al mañana. Bien, pero el mañana no debe cogerse de improviso. El mañana está ahí. Y debemos tenerlo presente. Ya desde ahora, poco a poco, hemos de ir responsabilizándonos de él.

Estamos ante dos problemas. Primero: tú y el Crea-

dor. Segundo: tú y ella. Ambos constituyen un todo. Se compenetran entre sí.

Tú y el Creador. ¡El Creador!

Fíjate en esto, querido hermano: Dios, que es Padre, es ante todo Creador. Y este Dios, Padre y Creador, prende en el hombre un reflejo de su fuerza creadora. ¡De su potencia creadora! A la creación podemos llegar biológicamente; es algo de lo que se puede hablar en términos naturales. Pero su significado profundo está en Dios. La biología, en efecto, viene “de Dios”, la naturaleza procede “de Dios”; por consiguiente, la semilla de vida, los elementos que cada uno de nosotros encierra en su organismo, son el fundamento de nuestra participación en la fuerza creadora de Dios. ¡Dios crea! Y esto quiere decir ¡que llama a la existencia de la nada! El hombre crea en cuanto que da la vida.

Por esta razón, cada uno de nosotros debe tener un profundo respeto hacia la naturaleza de las cosas. ¡Himno de alabanza, himno de alabanza a Dios Creador! Que, por lo mismo, son en nosotros su reflejo. No sólo en nuestro espíritu, sino también en nuestro cuerpo, en nuestro organismo.

Y ahora, tú y ella.

Si bien es verdad que el hombre es creador de la vida, crea esta vida en ella. Tenemos así ya una nueva ley de la naturaleza: ambos crean juntos, en común, esta vida. Se unen. Se unen aún más estrechamente entre sí para poder dar paso a esta vida.

Por eso mismo, éste es un momento especial. Especialmente importante, porque el hombre es creador de la vida en ella. E inmediatamente carga ella con el peso de esta vida. Y aquí comienza el temible peligro moral. Por la sencilla razón de que la mujer, inmediatamente después, carga con toda la responsabilidad, porque el hombre puede caer casi como en el papel de un explotador primitivo. Más aún, cae en este papel. Y

le ocurrirá siempre, si él mismo, con su fuerza interior, con la fuerza de su razón y de su voluntad —y ¿por qué no? con la fuerza de su corazón—, no madura en su papel de padre.

Dios es Creador y Padre.

Precisamente cuando el hombre no ha madurado en su papel de padre es cuando oímos cosas como éstas: “Ve al médico, yo te daré el dinero. ¿Cómo has dado lugar a que haya ocurrido esto? Para eso están los anti-conceptivos”.

Sin embargo, ella tiene derecho a tu paternidad. A la responsabilidad. A la protección. Tiene derecho a tu responsabilidad.

Nos esforzamos poco por comprender la psicología de la mujer. Y así nacen en ella rencores, se le abren heridas en el alma, sufre por el hombre que sentía cerca de ella, se hunde en sentimientos de soledad y destrucción.

La humana soberbia no nos deja advertir estas cosas. ¡Actitudes de conquistador!

Nos gustaría que este difícil problema se resolviera solo. Pero no es así. ¡Vosotros sois los que lo tenéis que resolver! No ella. Tú, sobre todo.

Hay en el hombre cierta inclinación a cargar este problema sobre las espaldas de la mujer: “Tú debías ya saber. Debías ya saber”. ¡Pues si ella debía ya saber, tú también! Hay que asumir la responsabilidad de este hombre que va a nacer.

Subyace aquí un profundo problema moral. No sólo demográfico, no sólo económico. ¡Moral!

Mis queridos hermanos, os suplico que no lo echéis en saco roto; se trata de un problema moral. ¿Por qué será que no queremos convencernos de que se trata de un problema moral? Ya no tenéis dieciséis años. Hemos de resolverlo nosotros. Digo nosotros; también nosotros, a través de la rejilla del confesonario y en tantas pláticas en las que nos quedamos sin palabras frente a

la autoridad absoluta que representa esta nueva existencia.

Precisamente nosotros.

Ciertamente, la situación de la población exige soluciones tanto desde un punto de vista económico como demográfico.

La Iglesia busca una solución. La Iglesia se dirige a los médicos y a los especialistas del mundo entero: ¡investigad!

Se trata frecuentemente de soluciones abstractas, porque la solución concreta debe darla cada uno de nosotros. Y seguramente la solución reside no solamente en el plano de la propia regulación natural. Pese a que la regulación natural de los nacimientos es una gran conquista, donde reside la solución es en el plano de una determinada formación en el amor.

Y es que expresar el amor, dar muestras de amor, no tiene por qué significar siempre concebir. Es éste un problema en el que tenemos que detenernos y que debemos tener en cuenta.

En los ejercicios espirituales nos encontramos frente por frente a Cristo. Entendemos las enseñanzas generales con las que El se dirige a nosotros y a las que continuamente se refieren las meditaciones.

Mis queridos amigos, en el Evangelio van y vienen muchos hombres, situados diversamente con respecto a Cristo.

Es el cuadro panorámico de la humanidad. Cada uno de nosotros. Uno detrás del otro. Es el cuadro de la humanidad contemporánea.

En el Evangelio aparece Pilato, que dialoga con Cristo y hasta cierto punto parece aproximársele. Pero todo se queda en una pregunta genérica: “¿Qué es la verdad?”, y se quita de en medio.

“El hombre” en el Evangelio.

En el Evangelio aparece Herodes, el disoluto Herodes, con el que Cristo no se digna hablar. En el Evan-

gelio aparece —ya recordamos— Nicodemo. ¡Y en qué medida puede ser Nicodemo un tipo de hombre!

Tenemos también a Saulo, primero perseguidor encarnizado, luego convertido en “el apóstol Pablo”.

Y hay además en el Evangelio otros muchos a los que Cristo dijo: “Sígueme”, llamada a la que respondieron muy diversamente de como lo hizo el joven rico.

Muy diversamente. Muy diversamente. Y fueron muchos.

Mis queridos amigos. A cada uno de los hombres dice Cristo: “Sígueme”. Cristo le dice a cada joven: “Sígueme”. A cada uno de nosotros nos dice en este instante: “Sígueme”.

Y seguirlo consiste en ir tras El.

Seguirlo con la mente, seguirlo con la voluntad, seguirlo con todo nuestro ser.

Tal vez penséis que esto quiere decir no seguirse a sí mismo. No seguirse a sí mismo... exactamente. Esto es muy importante para nosotros, porque cada uno desea, por encima de todo, seguirse a sí mismo. Mis queridos amigos, esto es también seguirse a sí mismos.

Cristo no nos arranca de nosotros mismos.

Cristo no anula a ninguno de nosotros. No nos devalúa.

Cristo nos enriquece si lo único que pretendemos de verdad es asumir con El la responsabilidad de aquel que es problema común a todos los hombres: “Id por todo el mundo y haced discípulos a todos los pueblos”.

Problema común a todos los hombres: el Reino de Dios. Por esta razón, cada uno de los hombres que busca el Reino de Dios se halla a sí mismo. Amén.

5. CONVERSION

El hombre no puede estar más allá del bien y del mal, que es donde quiso ponerle Nietzsche.

Solamente Dios es el que está “más allá” o, más bien, “por encima” del bien y del mal, mientras que cada uno de los hombres se halla incesantemente entre el bien y el mal. Estar entre el bien y el mal es condición natural del hombre, pero también se ha convertido en una situación junto a Cristo, porque El mismo, como hemos visto durante estos días, estuvo en cierto sentido entre el bien y el mal.

Analizando los contenidos del Evangelio, revelación divina referente a las cosas humanas, vimos que pueden ser distintos en situaciones positivas y negativas.

Vimos, en particular, que en torno a Cristo en el Evangelio aparecen muchos pecados. Razón por la cual nuestra actitud interior, nuestra postura junto a Cristo, debe constituir el punto de partida.

Constituye una imagen ficticia el encontrarnos cada uno de nosotros “más allá” del bien y del mal, “más allá” de la moralidad. Ni existe tal situación, ni nosotros podemos razonablemente crearla.

Es éste un modo realista de ver las cosas, y la religión es siempre una visión realista, profundamente realista, aunque traten de convencernos de que religioso, en un inexacto significado del término, quiere decir idealístico.

Pues bien, el realismo del hombre que se apoya en el Evangelio, el realismo de la postura “junto” a Cristo, consiste exactamente en esto, en que el hombre, encon-

trándose entre el bien y el mal, siempre entre uno y otro, trata de abrirse paso. Se abre paso.

Vimos que hay en nosotros poderosas —aunque no sea éste el término exacto— e intensas energías de pecado.

Vimos también que el pecado no es cosa momentánea o solamente “este acto”. El pecado no puede ser eso; es transgresión de la ley divina, que el entendimiento nos dicta y que Dios mismo ha establecido para nosotros; el pecado es el “momento” de la transgresión. Cuando confesamos nuestros pecados, confesamos por lo regular esos momentos de transgresión cometidos por nosotros.

Pero ya dijimos que al pecado hay que buscarlo “más allá” de este momento. Antes de él y después de él, cuando el hombre viola la voluntad de Dios y en un momento dado comete pecado, lo hace porque actúan en él determinadas fuerzas del pecado, actúan dentro de él y sobre él; sobre él desde fuera. En esto consiste lo que llamamos tentación, en esto consiste lo que Cristo llama espíritu del mundo o, también, espíritu de las tinieblas; en estas fuerzas, en el influjo de los poderes del mal, del pecado, que vienen de fuera y actúan sobre él.

Estas fuerzas actúan en cada uno de nosotros, siendo fácil comprobar que cada uno de nosotros lleva en sí ciertas inclinaciones al mal. Seríamos unos ingenuos y nos dejaríamos llevar por la ilusión, con total desconocimiento de nosotros mismos, si afirmásemos que en nosotros no se dan tales tendencias al mal, esas inclinaciones pecaminosas.

Están dentro de nosotros.

Sí, están dentro de nosotros; ligadas y mezcladas de tal manera con nuestra naturaleza, que con harta frecuencia volcamos en ella la responsabilidad de nuestros pecados.

Decimos: la naturaleza me empuja al pecado. Bue-

no, esto es verdad solamente en parte. No nos engañemos; las fuerzas del pecado enlazan, en nosotros, con las fuerzas de la naturaleza, pero de ninguna manera se identifican con ellas. De otro modo, el hombre no sería sino pecado. Y no es así.

Las fuerzas de la naturaleza luchan, en nosotros, también contra el pecado.

Y he aquí que la potencia principal —llamémosla así— de la naturaleza en lucha contra el pecado, en nosotros, no es otra cosa que nuestra propia conciencia humana. Sí, señor, la conciencia.

Ya he hablado de la conciencia, aunque haya sido transitoriamente. Hoy voy a dar un paso más, al afirmar que aquélla constituye una verdadera energía. Eso es, energía.

Energía de la naturaleza, de nuestro ser humano; energía en el sentido de saber rechazar lo que hay que rechazar. Y por cierto que lo consigue.

La conciencia logra edificar al hombre desde dentro como ninguna palabra humana puede hacerlo desde fuera, como ningún predicador, ni siquiera el más altisonante, puede lograrlo.

¡La conciencia tiene que ser enérgica; tiene que actuar con resolución! No puede ser indulgente. Tiene que coger las situaciones al vuelo. Tiene que obrar con resolución.

Y tiene que ser también insistente.

Sabemos muy bien que las obras más grandes de la literatura universal tienen como tema los problemas de la conciencia. Las tragedias griegas, los dramas de Shakespeare, están preñados de argumentos problemáticos de la conciencia, porque este poder de la naturaleza es característica esencial del hombre.

La conciencia trata de vencer, en el hombre, las energías del mal. Razón por la cual no podemos afirmar que nuestra naturaleza nos incline sólo al mal. Ello sería una exageración pesimista, ya que, aun en el

caso de que nuestra naturaleza, a causa de una determinada inclinación, nos incite al mal, en cambio, a través de la conciencia, nos aleja de él. La conciencia se manifiesta en ese alejarnos del mal.

La conciencia no se cansa de decirnos: ¡No hagas eso! ¡No lo hagas! Pero nos dice también. ¡Haz eso otro! Manda y prohíbe. Por eso decimos que la conciencia nos aleja del mal, y cuando el pecado es ya un hecho, la conciencia, si lo es de verdad y si actúa energicamente, valora inmediatamente la situación.

La conciencia nos juzga.

Por ello, más que por todos los tribunales humanos, podemos realizar ese juicio. El hombre se juzga a sí mismo. La conciencia lo juzga.

La conciencia nos juzga, y esta su función juzgadora es una gran aliada del bien. Porque esta fuerza fundamental de nuestra personalidad tiende no sólo a arrancarnos del mal, sino a empujarnos al bien.

Queridos amigos, no hay técnica psicoanalítica capaz de sustituir al trabajo de la conciencia. Es importantísimo hacer que surjan del subconsciente humano, descubrir y elevar al plano consciente, los contenidos allí acumulados. Importantísimo, porque todo esto pone orden en el caos de todas las vivencias que llevamos dentro.

La conciencia obra en ese mismo sentido. Actúa para sacarnos fuera del caos y poner orden en todo lo que hay en nosotros, reequilibrando el conjunto interior de las experiencias y de las acciones. Ahora bien, su obra no se agota en la sola ciencia o en el saber hacer patente o reconstruir.

Las funciones de la conciencia no acaban aquí. La virtud y la moralidad no son solamente ciencia y conocimiento.

¡Ay si la conciencia dejara al hombre, a despecho de su ciencia, indeciso! Pero no es así, sino que lo empuja hacia adelante, en dirección al bien.

El hombre interior, marcado por el pecado, es empujado por la conciencia en dirección al bien, cosa que no puede lograr ningún psicoanálisis.

La conciencia es energía, no sólo "ciencia", y, por lo tanto, empuja al hombre al bien. Sería verdaderamente terrible para el hombre no hallar la senda que le saque del mal y le lleve al bien.

Sin embargo, hemos de recordar que el mal permanece en el hombre interior. Y por desgracia toma cuerpo un concepto de la moralidad tan trivial que se desentiende del hombre interior.

Las grandes infracciones y delitos son perseguidos con auxilio de los instrumentos penales, de las cárceles y campos de concentración. Con ello se busca reprimir los robos, los homicidios, la prostitución.

Todo ello, todo este angustioso y asfixiante concepto de la moralidad, es insuficiente; no es todavía moralidad. La moralidad en su integridad está vinculada al hombre interior, está vinculada a las fuerzas de la conciencia.

La conciencia empuja al hombre hacia el bien, y el hombre sería verdaderamente desgraciado, su situación sería terrible —me atrevería a decir, infernal, y no retiro la palabra—, si, a impulsos de la conciencia, no lograra escapar del mal y encontrar el bien.

No hay otra moralidad capaz de satisfacer eficazmente el ansia de bien sino la religiosa y, más estrictamente aún, la cristiana. Ignoro si habéis asistido a la recitación o al canto de los salmos. Hay uno, seguramente el más conocido, que comienza con estas palabras: "Miserere mei Deus" (salmo 51). No sé si conocéis el origen de este salmo vinculado a la persona del rey David, cuyas circunstancias son descritas en el libro segundo de Samuel (cap.11).

Sucedió, pues, que el rey David, hombre profundamente religioso, sucumbió a la pasión ante la mujer de Urías, uno de sus oficiales, que en aquel momento se

hallaba en el frente. La mujer, naturalmente, estaba sola, y David, requerido por la pasión, le exigió que cometiera con él adulterio. Y hasta tal punto le cegó la pasión que ordenó la muerte de Urías, a fin de gozar de mayor libertad en su adulterio.

Pero de repente algo cambió en este rey, por lo demás religioso, pero que había pecado tanto.

Fue entonces cuando surgió el salmo "Miserere".

Las frases que expresan mejor su contenido son: "Tibi soli peccavi" (contra Ti solo he pecado), "et malum coram Te feci" (y ante tus ojos obré el mal).

Estas dos expresiones aclaran todo y nos muestran hacia dónde empuja y dirige al hombre el proceso de la conciencia.

Porque en David, de pronto, se despertó la conciencia y le empujó hacia Dios, ayudándole a volver a relacionarse con El: yo-¡Tú! "Tibi soli...", contra Ti solo he pecado.

Queridos amigos, no se trata de crueldades dictadas por la conciencia, sino del instinto de conservación vinculado a ella.

El hombre se libera del pecado, pero sólo saldrá de él entrando en la relación Tú-yo-yo-Tú.

De otra manera no se sale del mal.

David comprendió la monstruosidad de su acción en uno y otro aspecto: adulterio y homicidio. Los fantasmas de ambos seguramente le aniquilaban interiormente, haciéndole exclamar: "Malum feci coram Te". "Coram Te"...

Queridos amigos, si este hombre hubiera permanecido en su mal, solo con su pecado, este mal le habría destruido.

Pero cuando reconoció haber hecho el mal ante Dios, y que ese mal, en cierto modo, le acusaba desde su conciencia de Dios, esta toma de conciencia le hizo avergonzarse y le humilló, pero elevándole y ayudándole al mismo tiempo.

Esta es la meta fundamental hacia la que la conciencia nos empuja a cada uno de nosotros.

Comprendemos cuán gran tesoro es la religión cuando nos encontramos delante de Dios para establecer esta relación: yo-Tú, y decir, como David: "Contra Ti solo", porque nadie más me ayudará, nadie me liberará del mal sino Tú.

Todo esto es maravilloso. Esta es la grandeza de la religión, ésta es la grandeza de la fe, tantas veces despreciada y minimizada.

Algo parecido a lo que le ocurrió a David puede suceder en la vida interior de cada hombre: "Contra Ti solo he pecado". Es fácil destruir y dar de lado al hombre, pero no es lícito empobrecerlo.

Sobre el trasfondo del "Miserere" comprendemos claramente que la esencia del sacramento de la penitencia es, y debe ser, la contrición.

Contrición no es sinónimo de temor, sino algo más profundo y más amplio. No se trata solamente de temer a un Dios amenazador.

Más aún, la situación se haría peligrosa sin este Dios. Sí, la situación del hombre caído en el pecado resultaría peligrosa sin Dios. Como dije antes, cada uno de nosotros puede rechazar a Dios, hallándose al mismo tiempo lejos de El.

Rechazando a Dios, se hace rechazar por El. Esto es el infierno.

Es difícil imaginárselo, pero la situación del hombre caído en pecado, que permanece sin Dios, nos da una buena idea de ello. No tiene a nadie a quien decirle: "He pecado contra Ti". No tiene ese único y gran "Tú" que puede ayudarle en ese momento.

Con el pecado, mis queridos amigos, hay que adoptar la actitud del niño. Solamente el padre está en disposición de ayudarle. Lo mismo que en nuestro orden humano de cosas, en nuestras relaciones humanas,

sólo el Padre puede ayudar. Y en estas circunstancias, el arrepentimiento no es tan difícil.

No es difícil.

¡Cuántas veces en la vida has comprobado que sólo tu padre o tu madre pueden ayudarte!

Pero si por este camino no despunta el arrepentimiento, hay otro punto de apoyo: Cristo. Cristo que sufre.

Asombra ver hasta qué punto Dios es capaz de esperar al hombre. Espera cerrada y expresada en El, en el Cristo de la pasión.

Si otros sentimientos no despiertan tu espíritu, que al menos lo haga la compasión.

No insistiremos en los padecimientos de los campos de concentración o de las cárceles, mayores o menores que los de Cristo atado a la columna de la flagelación o en la cima del Calvario.

Insistiremos en que, cada vez que nos acercamos al Cristo flagelado o al Cristo del Calvario, tenemos una oportunidad real de que algo cambie o se transforme en nosotros.

Cristo "en su integridad" ha sido puesto para nuestra conversión.

Para convertir y lograr del hombre el sentimiento del niño que dice: "¡Padre, perdón!", "Padre, ¡ayúdame!"

Este es Cristo.

Si tenemos dificultades para la contrición, oigamos lo que dice el corazón. Probemos a recorrer lentamente el Vía Crucis, una estación tras otra, de modo personal. No hace falta hacerlo devocionario en mano, pues éste o no nos dice demasiado o, a lo sumo, describe lo que representa cada estación. En cambio, cada uno, personalmente, puede acercarse allí donde El cae bajo la Cruz, donde es despojado de sus vestiduras, donde le clavan en la Cruz, donde entra en agonía. Hay que acercarse; acercarse, detenerse y ver.

Cristo es Dios mismo, siempre convirtiéndonos, incluso en el Vía Crucis. Este proceso de conversión podemos constatarlo en Simón de Cirene, en las mujeres de Jerusalén, en la Verónica. El Vía Crucis es una escuela perfecta de contrición. Muchas veces, las dificultades que se nos presentan en la confesión dependen del hecho de que estamos indecisos respecto al propósito de la enmienda. ¿Qué hacer para ser otro? ¿No estoy viendo que voy a seguir igual? Porque yo siento en mí cómo las fuerzas del mal siguen empujándome al pecado.

La conciencia tira de mí hacia arriba y las fuerzas del mal me arrastran abajo.

Queridos amigos, el propósito de la enmienda quiere decir ante todo convertirse a Dios. No se trata de la certeza de no volver a cometer pecado, sino de la voluntad de no volver a caer en él.

Apretémonos junto a Dios con todas nuestras fuerzas.

Nosotros solos no podemos lograr este importante cambio; ahora bien, si nos apretamos junto a Dios, si nos apretamos junto a Cristo, si estamos cerca de El, este cambio se operará gradualmente en nosotros.

Mis queridos amigos, éstos son procesos a largo plazo.

Manejamos la vida religiosa y moral con demasiada precipitación, como cuando decimos: ¡Ya está, una operación, una inyección, y estoy curado!

El cambio es un proceso a largo plazo. La dinámica del pecado actúa en nosotros y en torno a nosotros, razón por la que tenemos necesidad de un esfuerzo sistemático y controlado a fin de lograr transformarla y reducirla.

Nuestra naturaleza y nuestra conciencia trabajan en este sentido.

Sobre todo, la Gracia discurre por ahí.

La Gracia es también energía. Una energía que trata

de mantener al hombre al lado de Dios, de transformarlo internamente y ennoblecerlo. Por eso es importante saber liberar en nosotros la energía de la Gracia.

Para esto sirve en gran medida la vida sacramental, la confesión: para ese liberar en nosotros la Gracia. Pero para ello, queridos amigos, es necesaria la oración.

La oración es la forma más sencilla, más corriente, de liberar en nosotros las energías de la Gracia, esas que nos conducen a la victoria sobre el pecado y sus poderes.

Pero la oración ayuda eficazmente a prepararse al sacramento de la penitencia, porque en éste de lo que se trata es de instaurar el contrato yo-Tú. La oración como coloquio lo logra desde el comienzo.

Por otra parte, dado que la oración es coloquio con Dios, debe aquélla desarrollarse debidamente, sintiendo y considerando con Quién estoy hablando, y ello con profundo respeto, con alabanza y actitud de humildad.

¿Quién soy yo que estoy en tu presencia? "Polvo y nada..." Así escribe Mickiewicz con humildad.

Hay un arte de conversar. El que conversa no debe sólo hablar continuamente de sí mismo, porque en ese caso no se trataría de un coloquio, sino de una apariencia de conversación.

Y en la oración, aunque haya que hablar mucho de sí mismo, es necesario, a la vez, dejar que hable Nuestro Señor.

Dios, evidentemente, nos habla de un modo diferente a como hablamos nosotros. Pero nos habla y sus palabras son inteligibles y son hechos interiores estrechamente vinculados al trabajo incesante de la conciencia. La Gracia nos sostiene en el esfuerzo fatigoso de la conciencia, y ello se lleva a cabo por la oración.

Decimos con frecuencia que no sabemos orar.

¿Cómo se ora?

Es algo muy sencillo. Pero yo insistiría principalmente en esto: ora, como sea, pero ora; recita las oraciones que te enseñaron cuando eras niño.

Ora, como sea, pero ora. Es necesario.

No he de decir jamás: no oro, porque no sé orar. Esto no es verdad. Todos y cada uno sabemos orar. Las palabras de la oración son muy sencillas, el resto viene por sí solo.

Decir "no sé orar" significa engañarse a sí mismo; a sí mismo y, tal vez, a alguien más. Es un caso de pobreza de espíritu, de falta de buena voluntad y valentía. Hay que orar sea como sea: con el devocionario o de memoria; eso es lo de menos.

También se puede orar con el pensamiento. El hombre, cuando se halla en contacto con la naturaleza, ora perfectamente. La naturaleza, en la que el hombre se sumerge, habla casi por él y le habla a él.

La oración más completa es, sin género de dudas, la santa Misa. La grandeza de la oración envuelve y colma al hombre, pero con una condición de que el hombre aprenda a tomar parte en ella, sin limitarse sólo a "estar presente", en un rincón, haciendo simplemente acto de presencia, oyendo de paso lo que dice el sacerdote, para después dar media vuelta e irse.

Yo os aseguro que, si nos esforzamos en participar, la santa Misa irá, con su oración, poco a poco colmándonos.

No puedes, por lo tanto, decir que no sabes orar y que la oración es un fastidio. Estás henchido de la oración de Cristo, y lo que se diga, como se diga, como se viva, como se perciba, pasa a segundo plano frente a la realidad de estar henchidos por la oración de Cristo.

No sé cómo exhortaros para que aprendáis a participar en la santa Misa y no sólo a "estar presentes".

Participad con el pensamiento, con el corazón, con la voluntad, con el pecado. Sí, incluso con el pecado.

Porque al comienzo de la Misa rezamos el "Confiteor", que es como decir: "He pecado contra Ti".

Es necesario perseverar en esta actitud, que, en cierta manera, está en crisis en la edad juvenil. Recordemos, sin embargo, que Cristo ha dicho: "Con vuestra perseverancia salvaréis vuestra alma" (Lc 21,19).

Nos impacientamos tremendamente cuando se trata de la vida espiritual, de la vida interior. Lo queremos todo e inmediatamente. Queremos las cosas en seguida y con facilidad.

Si hablamos con Dios y le contamos demasiadas cosas nuestras, El no puede rechistar. Pero nosotros pretendemos continuamente algo de El. En cambio, "con vuestra perseverancia salvaréis vuestra alma".

Mis queridos amigos, se trata de "salvar vuestra alma".

¿Yo salvaré mi alma? Estamos ya casi al final de los ejercicios y ya tenéis que haber aprendido algo de estas cosas. ¿Salvo mi alma? ¿Sé algo de ella? ¿La domino? ¿Alcanzo a dirigirla? ¿Alcanzo a guiarla hasta lograr realizar el yo-Tú?

Todos hacemos votos por lo mejor. Por salvar nuestra alma, a fin de que no haga presa en nosotros el caos que nos enerva y deja la impresión de una vida que discurre privada de sentido, para que no arraigue en nosotros el caos que envenena nuestra alma, aunque pongamos buena cara a un juego sucio, pues de un juego sucio se trata.

¿Salvarás tu alma? Sólo Cristo te ha dicho dónde. Por eso formularás la oración principal de estos días: "Cristo, que dijiste 'con vuestra perseverancia salvaréis vuestra alma', ayúdanos a conseguirlo, a salvar el alma, a salvarla y no perderla".

Queridos amigos, he tratado, en estos ejercicios, de presentaros, del modo que he podido, problemas profundos: Dios y el alma, Cristo y el Evangelio.

Séame, finalmente, permitido pedirlos algo: que

pongáis todo lo que esté de vuestra parte. Porque, no nos engañemos, lo que se escucha es sólo una imagen; la realidad es lo que llevamos a cabo en nosotros y para nosotros.

Hoy os habéis acercado muchos a la confesión y a la comunión. Os ruego lo hagáis también mañana. Durante todo el día podréis confesaros y cerraremos esta tanda de ejercicios con la Misa. Os pido a todos que participéis.

En estos días hemos formado una comunidad. Pues bien, que esta comunidad logre alcanzar su meta, encontrándose todos nuevamente, mañana, en la Mesa del Señor, a la hora de la sagrada comunión.

¿Puedo sugeriros algo más? Dentro de unos días es Pascua. Esforzaos por pasar estos días santos a bien con Cristo. Hoy, en la vida cristiana, todo se funda en la Eucaristía; sencillamente, en Cristo.

Por eso, esforzaos en recibirlo también en los próximos días; digo el Jueves y Viernes Santo y Pascua, para que estos ejercicios no se queden tan sólo en una vaga impresión, sino que sean, en vosotros, el inicio de una renovación.

Lo normal es que el predicador de los ejercicios pida, al final, alguna cosa.

¿El qué?

Ante todo, y a ejemplo de Cristo, no ha de ordenar, pretender ni violentar, porque todo hombre goza de una voluntad libre.

Por lo tanto, si al final me es lícito pedir os algo, os pido esto: estad, después de estos ejercicios, más unidos a Cristo. Que la jornada de mañana, con la sagrada comunión, sea expresión del encuentro con El incluso de cara a vuestra vida futura.

6. TESTIMONIO

Cristo está presente en el Evangelio como Palabra, sí, pero también como Acontecer, Acto, Realidad.

Hemos buscado para nosotros, sin cesar, estos momentos junto a Cristo, para hallar así un sitio junto a El.

Porque Cristo es Aquel que revela y Aquel que convierte.

Convierte al hombre a Dios. ¿Para qué? Para que se realice el Evangelio en toda su plenitud y se cumpla lo que constituye su realidad; lo que está entre el yo divino y el yo humano, entre Dios y el hombre.

Dios quiere darse al hombre; el Dios invisible, el Dios personal, desea darse a sí mismo al hombre.

Es éste un hecho sobrenatural, por encima de nuestra comprensión, que podemos hacerlo nuestro solamente con ayuda de la fe. Por eso Cristo ha instituido el sacramento. Cristo ha convertido en sacramento el darse Dios al alma humana. Cuando se está a un paso de la comunión, será bueno, no sin razón, detenerse a pensar en la valentía admirable de Cristo.

Analizando el Evangelio vimos que El está continuamente entre el bien y el mal, en medio de ellos, no "más allá" de ellos. Nosotros, con nuestro pecado, estamos cerca de El, y El quiere entrar en nosotros, en mí en mi vida, para poder obrar desde dentro de mí, allí donde se decide a fondo, e impulsarme totalmente hacia el Bien.

Para alejarnos del mal, del pecado y encaminarnos por la senda del bien, con esa prodigiosa energía que nos acompaña y que El posee.

Hemos hablado de las fuerzas del pecado y de la naturaleza, en particular de la de la conciencia, así como también de las energías de la Gracia. Estas son inseparables de Cristo; están vinculadas a la impresionante valentía que tiene de venir a mí. Porque, aunque me sienta inclinado al pecado que me acucia, El sale a mi encuentro, se coloca entre el bien y el mal y tiene confianza en mí.

En ese momento me dan ganas de exclamar: "¡Cristo, qué valor tienes!"

Queridos amigos, el amor sabe ser muy valiente y no regatea.

Por eso Cristo no se regateó a sí mismo en tierras de Galilea. Dijo que, mientras las raposas tenían guarida y los pájaros nido, El no tenía dónde reclinar su cabeza; estuvo siempre en camino, buscado y perseguido, pasando a veces toda la noche en oración; y, por fin, marchó dócilmente a su pasión y muerte.

No se regateó a sí mismo. Y siempre y solamente por esto: por mí.

El amor es intrépido, no regatea. Hoy también Cristo sigue siendo valeroso en su amor, sigue sin regatearse a sí mismo y continuamente se entrega al hombre, se da a sí mismo.

"Señor, yo no soy digno"... (Mt 8,8). Esto es cuanto podemos y debemos decir, y después callarnos.

Todo esto acaece continuamente a través de Cristo, porque Cristo crea continuamente al hombre, viene a él sacramentalmente, creándole desde dentro en la medida y posibilidades que el propio hombre le proporciona.

Hay personas que, de modo excepcional, se dejan crear por El, que las transforma radicalmente, lo mismo que hay otras que no se abren a El, que no se hacen disponibles.

Pero hay otras también que se entrecierran un poco y ese pequeño resquicio le basta a El para entrar dentro

del hombre y transformarle ese poco. Cristo crea de un modo totalmente propio, porque ama.

Queridos amigos, nosotros somos no sólo testigos, sino también objeto de la obra de la creación que Cristo lleva a cabo en nosotros.

Hoy quiere El, en la sagrada comunión, crearnos de nuevo, transformándonos. Hay, sin embargo, un segundo aspecto, y es que también nosotros creamos en Cristo.

No se trata de una frase vacía; nosotros también creamos a Cristo.

El Cristo que nosotros creamos se llama Iglesia. Frecuentemente oímos decir que la Iglesia es el Cuerpo místico de Cristo y que formamos parte de él, que somos sus componentes, sus células, por seguir manteniendo la terminología.

Sí, podemos afirmar que El, en cierto sentido, depende de todos nosotros.

El Cuerpo místico de Cristo, la Iglesia, depende de nosotros, es creación nuestra, obra nuestra. La acción comienza en El, pues El nos crea, y nosotros, creados de modo divino por El, le creamos, a nuestra vez, a El, a la Iglesia.

Queridos amigos, nosotros le creamos a El, sobre todo con el testimonio que damos de El. Esta afirmación la he hecho ya en diversas circunstancias durante estos días. Creamos a Cristo, sobre todo, porque damos testimonio de El.

Aquellos que fueron los primeros en confesar a Cristo se llamaron testigos de Cristo, testigos en el sentido de que "le hemos tenido ante los ojos", "le hemos visto", "hemos visto sus obras, hemos oído sus palabras, le vimos resucitado y su gloria cuando subió al cielo".

La palabra testigo —en griego, mártir— toma en la Iglesia un significado muy profundo: mártir es aquel que da testimonio, y la Iglesia, en cuanto comunidad

de hombres, existe por su confesión y testimonio de Cristo.

La Iglesia tiene en muy alta consideración este papel suyo. Y lo confirma con la santa Misa.

Seguramente os llama la atención el que en la santa Misa el sacerdote se incline y bese el altar. Pues bien, lo hace porque en el altar se guardan las reliquias de los mártires que con su muerte dieron testimonio de Cristo, desde los primeros siglos, cuando no había iglesias y la santa Misa se celebraba sobre las tumbas de los mártires, en las Catacumbas. Cuando se pudo salir de las Catacumbas, la Iglesia supo mantener esta práctica. Y aunque en verdad los altares no son ciertamente tumbas, sí que son, en razón de esas reliquias, una especie de pequeños sepulcros. Por lo tanto, es muy significativo el gesto del sacerdote que se inclina y besa esas reliquias y, vuelto al pueblo, dice: “El Señor esté con vosotros”. Este gesto se extiende a la comunión profunda entre esos mártires, que dieron testimonio de Cristo, y nosotros, que lo damos también, razón por la que estamos presentes en la Iglesia, en la santa Misa.

Esta es, queridos amigos, la Iglesia.

La Iglesia fue organizada desde dentro por el propio Cristo.

Cristo le dijo a Pedro: “Tú eres Pedro y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella. Yo te daré las llaves del reino de los cielos, y cuanto atares en la tierra será atado en los cielos, y lo que desatares en la tierra será desatado en los cielos” (Mt 16,18-20). Y dijo a los Apóstoles: “Id por todo el mundo, enseñad a todos los pueblos...; ved que Yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo” (Mt 28,19).

Cristo ha organizado la Iglesia desde dentro, una vez para siempre. La Iglesia, sociedad humana, se regenera y perdura a través de los siglos gracias a que Cristo

la crea continuamente y la organiza desde dentro, como organismo suyo que es, su Cuerpo místico.

Y esto acontece por nosotros, mediante aquello que Cristo realiza en nosotros.

Ocurre así que Cristo crea en nosotros y nosotros en El. Estamos hablando de la Iglesia.

Mis queridos amigos, la Iglesia es, en su destino, semejante a Cristo. Y no puede ser de otra manera. Lo dijo Cristo a aquellos primeros testigos, a sus Apóstoles: “No es el discípulo mayor que su Maestro. Si me han perseguido a mí, os perseguirán también a vosotros. Y si guardan mis palabras, guardarán también las vuestras” (Mt 10,2). Todo esto se refiere también a nosotros.

De este modo, Cristo estableció una vez para siempre el destino de la Iglesia, ligándolo al suyo, porque sabía que lo que el Evangelio ha aportado a la humanidad se realizará difícilmente.

Ahora bien, aunque anunció persecuciones y dificultades, dijo también que a El y a la Iglesia pertenece la victoria final de la “idea”. “Si escuchan mis palabras, escucharán también la vuestra”.

¡Qué estupendo, cuán lleno de verdad este modo de hablar! ¡Qué plenitud de contenido divino y, al mismo tiempo, humano! Cada uno de nosotros puede descubrirse a sí mismo, con ayuda de Cristo en la Iglesia, al lado del contenido divino, su propio contenido humano.

Mis queridos amigos, creo que en este descubrimiento se ha realizado vuestra participación en los ejercicios y auguro que sea así en el futuro.

Acabar los ejercicios significa recibir la sagrada comunión, uniros a Cristo sacramentalmente. Por eso os ruego que salgáis a su encuentro y os dejéis recibir por El.

Acéptame, acéptame de nuevo, porque seguramente

me he perdido, porque vago errante y me he hundido en la duda. Tómame de la mano. Guíame.

Habladle con toda sinceridad. Pero también con decisión y claridad.

No tengáis miedo a conversar con El cuando os digo la verdad acerca de vosotros, sea cual fuere la verdad "acerca de vosotros".

El no teme a la verdad. Ninguna verdad acerca del hombre le resulta espeluznante. Por la sencilla razón de que en cada una de ellas El puede sacar provecho para su propia verdad y su riqueza.

En toda verdad humana, El puede plantar siempre su amor. Y ante la fuerza del amor resulta débil todo.

Por eso debéis decirle: Acógeme de nuevo, acéptame otra vez.

A cuantos habéis participado en estos ejercicios, y a fin de que podáis obtener cuanto en ellos habéis meditado, deseo impartiros, al acabar la santa Misa, la bendición, que lleva aparejadas las indulgencias, como sabéis, condicionadas a la confesión y comunión.

II

EL CAMINO CRISTIANO

Tanda de ejercicios espirituales dirigidos a la juventud universitaria.

Cracovia, 1972

I. LA ORACION

En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Amén.

¡Alabado sea Jesucristo!

Quiero empezar esta tanda de ejercicios haciéndoos una pregunta bien sencilla. Una pregunta que hago a todos, y empezando por mí, aunque la ponga en segunda persona. Es ésta: ¿Oráis?

Podría haber formulado esta pregunta más adelante, al acabar los ejercicios y llegando a ella gradualmente. He pensado si debo, o no, hacerla al principio. Pues bien, la hago al principio porque en ella se contiene la sustancia de los ejercicios espirituales.

Los ejercicios quieren decir salir fuera de nosotros. Escapar del torbellino de la vida. Significan recogerse.

Es posible recogerse en sí o por encima de uno. Son éstas dos situaciones diferentes, pero, en los ejercicios, de lo que se trata es del recogimiento, de salirnos de la disipación de la vida y entrar en contacto con Dios.

¡Pero el contacto con Dios quiere decir oración!

La oración puede asumir formas diversas. Pero, siempre, de lo que se trata es de entrar en contacto con Dios; escaparse de la disipación y entrar en recogimiento, no para cebarse en la soledad, sino para familiarizarse con El.

Los ejercicios representan siempre una apertura, aunque bajo algunos aspectos me encierre en mi mentalidad, en mi experiencia, en mi conciencia, en mi pasado.

Me abro a El, me abro a Dios ~~en la medida~~ en que soy capaz de aislarme.

De ahí la pregunta que hice al principio: ¿Oras?

Esta pregunta, que es sin duda el tema clave de los ejercicios y de la vida cristiana, no vamos a exponerla en abstracto.

Unida a ella quiero hacer esta otra pregunta: ¿Por qué oras, por qué oro, por qué oramos, por qué? Esta segunda pregunta ocupará principalmente las reflexiones de hoy.

Contiene una pregunta más en el caso de que no ores.

¿Por qué no oras?

A esta pregunta (en el caso de que la situación interior, la situación espiritual, se plantease así) hay que buscarle una respuesta durante estos días; caben varias, pues la ausencia de oración puede significar muchas cosas.

Puede significar simplemente que ya eres mayor para orar como lo hacías de niño, del mismo modo que has crecido mucho para seguir llevando ropa de niño, y, sin embargo, no tienes todavía traje de adulto.

Puede también significar una cierta falta de forma, de medios de expresión.

En estos casos, las más de las veces, incluso una falta de búsqueda de medios de expresión para orar.

La falta de oración no debe en caso alguno significar que no tienes necesidad de orar. Más aún, esta necesidad se agudiza tanto más cuanto más tiempo haga que no oramos, y llega un momento en que explota, buscando una vía de escape.

El no orar, la omisión de la oración, no lleva necesariamente consigo el que no nos demos cuenta que tenemos necesidad de orar.

En este caso, tu oración tiene al menos un fundamento interior, una actitud espiritual, un comportamiento más profundo. En realidad, oras; lo que pasa es que deberías buscar los medios oportunos de expresión,

la forma de orar que responda a tu conciencia de universitario, a la madurez de tu personalidad moral...

Este es el aspecto de la pregunta que añadí después, porque todos venimos a los ejercicios para descubrir, como realidad fundamental, el problema de la oración, de la relación confidencial con Dios, de la apertura a El.

Venimos a los ejercicios porque ya oramos o queremos aprender a orar.

Vuelvo a la pregunta fundamental y al tema principal de la meditación de hoy: ¿Por qué oro, por qué oras?

¿Por qué oran todas las personas (cristianos, musulmanes, budistas, paganos); por qué oran? ¿Por qué oran incluso los que creen no orar?

La respuesta es muy sencilla. Oro porque hay Dios. Sé que hay Dios. Por eso oro.

Algunos con toda franqueza responden: sé que hay Dios. Otros contestarían de otra manera. Tal vez no dirían con toda certeza: sé. Dirían más bien: creo. O, a lo mejor, hablarían de otro modo diciendo: busco, busco...

Querría, mis queridos amigos, que en el curso de estas reflexiones pusierais orden en estas diversas expresiones y precisarais cuidadosamente todas estas actitudes espirituales.

Cabe preguntar: ¿Cómo sabes que hay Dios?

Me acuerdo de una carta, que me impresionó profundamente, escrita hace ya tiempo por un gran naturalista. El autor me decía (cito de memoria porque he perdido el original, aunque lo recordaré hasta la muerte): "No encuentro a Dios propiamente por los caminos de mi ciencia. Pero hay algunos momentos —cosa que me ocurre por lo general ante la majestad de la naturaleza, por ejemplo, ante la belleza de las montañas— en que sucede una cosa extraña. Yo, que no hallo a Dios por los caminos de mi ciencia, siento

en estos momentos con certeza que El existe y, entonces, empiezo a rezar”.

Creo que muchos de los intelectuales contemporáneos se expresarían también así sobre este mismo punto.

¿Cómo sé que Dios existe? Hay algunas vías racionales, pero han caído en desuso, por lo que, así le parece al hombre, no consiguen encontrar sitio en sus modos de pensar y de conocer; no se identifican con ellos. No en vano nos viene a la mente la frase de Einstein que cito de memoria, aunque no sea con exactitud: el penetrar en los secretos de la naturaleza y el explicarlos científicamente nos demuestran, nos manifiestan, que todo fue concebido maravillosamente; nos revelan, de algún modo, el pensamiento, la sabiduría del otro lado: del “más allá”, del “más arriba”, de lo que está en la órbita de nuestra experiencia y de nuestra indagación cognoscitiva.

Muchas veces he pensado que esta forma de establecer la verdad acerca de Dios es muy semejante a las primeras palabras del Evangelio según San Juan: “En el principio era el Verbo”.

El Verbo, realidad visible, accesible a nuestra experiencia y a nuestro conocimiento, señala lo que estaba al principio, aquello con lo que esta realidad debe necesariamente explicarse.

Verbo significa pensamiento, sabiduría, mente.

Aquí está el hombre, parte de esa realidad visible que le atrae, que le suscita una cada vez mayor atención acerca de ella y le incita a investigar; que le estimula constantemente y satisface su necesidad de conocer. Este hombre, este —podríamos decir— verbo (con “v” minúscula), este entendimiento, parte de toda la realidad visible, precisamente a través de esta realidad, a través de su riqueza y su profundidad, se une al Verbo, a esa inteligencia, a ese pensamiento, a ese entendimiento sin el que la riqueza, la complejidad y la exac-

titud del mundo, tan lleno por lo demás de hechos inesperados, sería incomprensible.

Y, sin embargo, a los físicos de hace un decenio les parecía que todo absolutamente podía explicarse desde las categorías de que disponían. Hoy ya no pensamos así.

Tenemos, pues, la vía de la razón. Partiendo del deseo de ir más lejos en nuestros conocimientos, de abarcar la totalidad, en todas partes y en todas las dimensiones, interroga continuamente por el origen y la causa, hasta llegar a la Causa Primera.

En busca de la causa primera es el título de un libro, escrito por un célebre filósofo, que describe, entre otras cosas, las diversas vías de esta búsqueda y sus varias dificultades. Podemos afirmar que la búsqueda de la Causa Primera a través de la razón humana es sencilla. Porque aparece la vía que lleva al hombre desde el conocimiento del mundo al conocimiento de su Causa Primera. En la historia del conocimiento humano, en la historia del pensamiento, constituida en lugar filosófico particular, esta sencilla, recta y sensata vía del entendimiento a Dios, “itinerarium mentis ad Deum”, a veces se ha complicado, y puede decirse también que sigue complicándose más en el campo del pensamiento humano. Pero ello no quiere decir que dicha vía, con su simplicidad de fondo, tenga que ser siempre la misma, porque puede presentarse con mayor o menor amplitud.

¿Por qué oras? Porque sé que hay Dios; porque busco siempre a Dios.

Queridos amigos, sobre los fundamentos de esta conducta del pensamiento humano, que a través de generaciones y de maneras tan diversas nos guía hacia la Causa Primera, a lo largo de toda esta búsqueda y todas estas incertidumbres, brilla la luz. El testimonio de Jesucristo es la nueva luz.

Oro porque creo.

¿Qué significa creer? Creer significa llevar consigo el testimonio de Jesucristo.

Ambas vías, la del pensamiento que va hacia Dios y el testimonio de Jesucristo, la fe, se encuentran, se compenetran y se insertan en nosotros. Conviene distinguirlas para saber bien lo que es propio de una o de otra; lo que es obra del pensamiento humano que mira a Dios y lo que es luz de la Revelación divina iluminando al hombre.

Podemos comprender la expresión “testimonio de Cristo” de un modo concreto. Todos sabemos quién fue Jesucristo y sabemos también cómo se manifestó su testimonio. Testimonio hecho de palabras y obras, testimonio de toda una vida sin equívocos, vuelta únicamente hacia el Padre, entregada únicamente a los hombres, por entero y hasta el fin. El testimonio de Jesucristo, por el que intentaron lapidarlo y por el que le crucificaron, fue haber dicho que El era Hijo de Dios.

Podemos ampliar este testimonio de Jesucristo y abarcar toda la Revelación y la Palabra de Dios al hombre desde el principio hasta el fin. Porque en el testimonio de Jesucristo se contiene tanto la Revelación originaria, que leemos ya en los primeros capítulos del Génesis, como la Revelación sucesiva, vinculada a la historia del pueblo de Dios en el Antiguo Testamento, a aquel elegido por él para manifestarse.

Dios ciertamente hablaba, a través de los hombres, con palabras humanas a pesar de la diferencia insalvable de niveles entre la verdad de Dios y la verdad humana, entre el pensamiento humano y el pensamiento divino. Dios logró superar esta diferencia y halló en los labios humanos expresiones humanas sobre su verdad. Las halló para su relación con el pueblo elegido, con el pueblo del Antiguo Testamento; las halló, en fin, para Jesucristo: “El Verbo se hizo carne...” (Jn 1,14).

Jesucristo es la cumbre y plenitud de la Revelación. En El, Dios le dice al hombre todo y le habla plenamente de Sí mismo.

Habla de todo lo que es posible transferir desde el nivel del pensamiento y la palabra divina al nivel del pensamiento y la palabra humana, al nivel del conocimiento humano. Todo esto está plena y exhaustivamente contenido en Jesucristo.

Creer significa ostentar el testimonio de Jesucristo. Y hay muchas personas que lo ostentan. Ahora bien, los hombres ostentan o llevan en sí el testimonio de Jesucristo. Los cristianos, claramente, en razón de su nombre, por el bautismo; pero también los no cristianos, aunque de otra manera. Hoy, tras el Concilio Vaticano II, se aprecia mejor este problema, que aceptamos con una óptica más abierta.

Por eso, a la pregunta de ¿por qué oras? hay que responder que Dios existe, que sé que Dios existe y que en cierto sentido le busco y creo en El.

Hoy la palabra “creo” ha sido sometida a discusión. ¿Es digna del hombre?

Reflexionad, pues: ¿es digno del hombre, es digno de cada uno de nosotros creer, ostentar el testimonio de Cristo? Estoy seguro que habéis reflexionado ya sobre todo esto; no importa, volved sobre ello. Los ejercicios espirituales están para profundizar en estas preguntas, para motivarlas.

Quién soy yo y por qué oro.

A través de Jesucristo nos ha sido revelado el Evangelio, la Buena Nueva. Gracias a El sabemos no sólo que Dios existe, sino que es la Causa Primera de todo cuanto existe; sabemos quién es. Sabemos, por el testimonio de Jesucristo, entendido en su más amplio sentido, quién es Dios, y este testimonio abarca, desde sus inicios, la Revelación entera.

Por eso, ¿quién es Dios? Dios es el Creador, y en cuanto Creador es Señor de cuanto ha creado. Esta ver-

dad, grabada a fuego en la conciencia humana, a través de la Revelación originaria; esta verdad, que preside al Antiguo Testamento, se enlaza, a través de Jesucristo —desde el principio hasta el fin—, con la nueva verdad de que Dios es Padre, de que es Padre.

Padre es aquel que da la vida; mi padre es aquel que me ha dado la vida, junto con mi madre.

Dios es Padre, da la vida. Me ha dado mi vida, ha dado todas las vidas humanas; hasta aquí es el Creador. Pero es que además ha dado —El, Dios— su propia vida. Y mi pensamiento vuela hasta el Hijo eterno, que se hace hombre para que yo me convierta —hasta cierto grado— en algo como El.

Padre es aquel que da la vida, y Dios es Padre y es también Redentor. El Hijo paga la paternidad de su Padre en cada uno de nosotros. En cierto sentido rescata la paternidad de su Padre para cada uno de nosotros. Nos introduce en esa realidad que se llama Dios.

Esta es la nueva dimensión, la plenitud de la Revelación, el Evangelio que se identifica con el testimonio de Jesucristo.

Cristo nos da a cada uno de nosotros su Espíritu, el Espíritu Santo, para poder exclamar con garantía interior: “¡Padre!”

A esta exclamación de “¡Padre!” debe salirle al encuentro una inmensa garantía divina.

Fijaos cuántas personas, y no sólo de entre los cristianos, dicen: “¡Padre!” ¡Qué amplia es la acción de Cristo, que con el pensamiento y las palabras humanas ha establecido esta garantía divina!

¿Qué significa orar? ¿Por qué orar?

Pienso, mis queridos amigos, que, a grandes rasgos, hemos respondido ya a estas preguntas. Y al dar la respuesta hemos tratado de trazar los caminos por los que el hombre marcha hacia Dios y por los que Dios se acerca al hombre. Hemos tratado también de indicar cuál es el lugar de encuentro.

La oración es conversación. Sabemos muy bien que se puede conversar de diversas maneras. Algunas veces la conversación es un simple intercambio de palabras; nos hallamos sólo en la fase exterior. Pero, en verdad, la conversación profunda se da cuando pronunciamos no sólo palabras, sino cuando intercambiamos pensamientos, corazón y sentimientos, cuando intercambiamos nuestro “yo”.

La oración del hombre, incluso en las diversas formas que asume, se sitúa en diversos niveles y a diversas profundidades: ora el musulmán que con gran ímpetu invoca, en el preciso momento, se halle donde se halle, a su Allah; ora el budista sumergido en un total recogimiento, como anulándose a sí mismo; ora el cristiano que toma de Cristo la palabra “Padre”, para lo cual goza en su propio espíritu, por medio del Espíritu de Cristo, de una garantía maravillosa.

Por eso, cuando oro, cuando oramos, todos los caminos se compenetran entre sí y forman una vía única. El soplo y la inspiración vienen a nosotros, a nuestra mente y a nuestros labios, sobre todo por el testimonio de Jesucristo, que nos enseña a decir: “Padre nuestro”.

Con esto, mis queridos amigos, terminamos hoy.

Acojamos el testimonio de Cristo y, ayudados de estas consideraciones, repitamos juntos las palabras que El mismo nos ha enseñado. Descubriremos aquello de lo que principalmente se trata a lo largo de los ejercicios, aquello a lo que todo debe enderezarse y de lo que todo debe provenir.

Digamos: Padre nuestro...

2. EL HOMBRE EN DESARROLLO

Mis queridos amigos, ayer nos hicimos dos preguntas acerca de la oración.

La primera —“¿Oras?”— debe permanecer como la “pregunta” de todo el ciclo de los ejercicios. Pongamos la oración en el centro del modo como hay que vivirlos, hagamos depender todo de ella, reduzcámoslo todo a ella.

La segunda pregunta —¿Por qué oras?— nos ha brindado la posibilidad de reexaminar tanto la orientación del pensamiento humano como el contenido de nuestra fe, lo cual constituye la respuesta fundamental a aquella pregunta.

Oro porque creo que hay Dios.

Hoy vamos a detenernos en esta última pregunta. Si ayer pudimos comprobar que la oración y su significado están ligados a la conciencia de Dios, hoy probaremos a demostrar de qué manera todo esto está ligado al conocimiento del hombre. Imbuéyámonos de esa idea, podemos decir originaria, antigua como la misma religión, como el cristianismo, que de la forma más lapidaria posible fue formulada por San Agustín con aquellas palabras: “Noverim Te, noverim me”.

En esta frase tan concisa, Dios y el hombre expresan no solamente dos temáticas, sino también las pasiones, inquietudes, aspiraciones y búsquedas fundamentales del cristianismo.

Dios y el hombre.

Cuando en otro lugar dice San Agustín: “Deum et animam scire cupio”, no expresa otra cosa sino que

mi más alto deseo y mi pasión es conocer a Dios y al alma.

El cristianismo no es sólo religión, es también humanismo.

No en vano los biblistas indagan al respecto si la Sagrada Escritura es principalmente un libro acerca de Dios o un libro que contiene el pensamiento de Dios acerca del hombre.

Por eso, cuando nos preguntamos ¿por qué oro?, ¿por qué oras?, en esta pregunta se contiene una doble actitud: una en dirección a Dios y otra en dirección al hombre, como una “ósmosis” cuyos extremos y elementos no se pueden separar.

Hombre significa mucho.

Hoy tal vez nuestro modo de pensar acerca del hombre está decidido por la cantidad. Hoy hablamos de naciones, de continentes, de humanidad, expresándolo todo en cifras. Por lo tanto: millares, millones, miles de millones.

El modo cuantitativo de ver al hombre nos esconde la esencia de las cosas. Evangelio y cristianismo nos enfocan siempre a la esencia de las cosas, porque entre esos millares, millones y miles de millones existe, en definitiva, siempre el hombre; más exactamente, mi “yo” concreto, humano e indivisible.

El cristianismo, el Evangelio, constituyen, han constituido y constituirán, en el marco de la reflexión acerca del hombre, la reconducción desde la cantidad a la persona, a ese “yo” concreto humano e irrepitable que hallamos en un único e irrepitable contacto con Dios, pues no existe relación alguna capaz de definir la persona, este “yo” humano, en su única e irrepitable posición, como lo hace esta relación, este “punto de conjunción” con Dios.

Hombre-Dios, Dios-hombre.

Esta es una característica del pensamiento cristiano, que es contenido nuevo y actitud que surge de la ora-

ción. Sí, porque, cuando oro, la relación Dios-hombre, hombre-Dios se manifiesta como la realidad más fundamental y, al mismo tiempo, la más completa.

Hombre significa mucho.

Podemos describir y analizar al hombre bajo muchos aspectos; sin embargo, en el fondo, todos los métodos humanos son insuficientes frente a esta realidad que llamamos hombre.

La historia describe los avatares de la sociedad, de las naciones y, en función de ellos, habla de las grandes figuras humanas. Ahora bien, no escribe la historia de cada hombre. La tuya, la mía, la de cada uno constituyen un territorio ignoto, hasta el punto de que podemos decir con aquel gran naturalista que fue Carrel: "El hombre, ese desconocido".

Podemos, pues, describir al hombre; podemos describirlo como resultante, como media.

Describiendo al hombre, lo tomamos en su desarrollo y, por norma, empezamos desde el principio. De *este modo podemos trazar una silueta de cada hombre*: primero, el nonnato; luego, el niño; después, el alumno, el estudiante; más adelante, el hombre maduro, el padre, la madre, el profesional, el hombre en plenitud de sus fuerzas; finalmente, el anciano.

En cambio, si situamos la descripción sólo desde el punto de vista físico y orgánico, establecemos fácilmente una curva descendente.

Sabemos que el hombre no sólo crece a la vista, sino que también sus fuerzas aumentan hasta un cierto límite, hasta su cenit, para después comenzar a disminuir.

El desarrollo físico va acompañado, aunque con diferentes modalidades, del desarrollo de las funciones psíquicas, vinculadas al conjunto de los sentidos y a la riqueza de los sentimientos. Crecen la sensibilidad perceptiva y la delicadeza emotiva, pero ellas también tienen fin, también se debilitan, también se atrofian.

En un nivel más profundo transcurre en el hombre el desarrollo del pensamiento, de la conciencia, de la capacidad intelectual, mediando una gran evolución entre las primeras palabras, las primeras ideas del niño, las primeras preguntas ingenuas, que a veces se refieren a temas importantes, y las etapas posteriores de los estudios, cuando la mente alcanza a entender la trigonometría, el análisis literario, la reflexión filosófica o la lógica matemática. Todo esto es desarrollo, es el hombre en desarrollo.

Y hay que ver al hombre con esta óptica, a cada hombre y a todos los demás.

Incluso los menos dotados, entre los que a veces nos encontramos, pertenecen a la realidad humana más importante. El hombre en desarrollo.

En el desarrollo no es lícito ver los fenómenos, hay que llegar hasta sus fuentes, hasta sus fuentes más escondidas. Hemos de indagar acerca de los orígenes de estos fenómenos, acerca de su fundamento, acerca de las bases del modo de pensar, de decidir, de escoger.

La ciencia del hombre se enriquece así con conceptos tales como el del entendimiento, el del raciocinio y el del libre albedrío, y, por lo tanto, de la facultad de autodeterminación y de elección.

Sin duda alguna, los especialistas en la materia podrían o querrían completar el cuadro del hombre en desarrollo que yo he descrito sumaria, escasa y fragmentariamente. En definitiva, este hombre se inscribe en las palabras iniciales del libro del Génesis.

Leemos allí: "Dios creó al hombre a su imagen y semejanza" (Gén 1,27).

¿Es así realmente? ¿Cada hombre concreto, cada "yo" humano, se inscribe efectivamente en la verdad de aquellas palabras: "... imagen y semejanza de Dios"? He aquí la pregunta clave.

No es posible insertar plenamente al hombre en otros contextos, no es posible insertarlo, a la vez, en

otras dimensiones. Esta afirmación, sin embargo, no niega la verdad del vínculo del hombre con la naturaleza y de su semejanza con ese mundo que desde la antigüedad ha sido llamado mundo animal.

Esto solamente confirma que el hombre no encaja plenamente en este segundo contexto porque está en posesión de algo más. Y este “algo más” es lo que en él decide.

Se puede alcanzar ese “algo más” desde diversos puntos de partida.

No tenemos ahora tiempo de desarrollar toda la teoría, toda la concepción del hombre. Deseo, dado que éstos son unos ejercicios espirituales, que nos concentremos en un solo punto que pertenece a este “algo más” que decide totalmente, y que se llama conciencia.

El hombre es conciencia; justamente, conciencia.

No podemos seguir el desarrollo del hombre, hablar de desarrollo, si no captamos este hecho central que es la conciencia.

De la conciencia depende la estructura definitiva; de ella depende, en último término, quién soy yo: ese yo único e irrepetible.

Tomemos como ejemplo los acontecimientos que tanto nos han impresionado en estos meses: de un lado, Maximiliano Kolbe, en Oswiecim, y de otro, sus verdugos. Aquí el hombre y allí el hombre. Aquí y allí, la conciencia. En definitiva, ¿qué forma es la que toman? Por un lado, la que debe ser afirmada, admirada y aceptada por la rectitud y el juicio de toda la humanidad, la que debe pasar a formar parte del tesoro de la humanidad, una vez para siempre. De otro, un estilo de hombre, de humanidad, que la opinión pública entera —independientemente de la fe religiosa— debe rechazar y negar.

Rechazar hasta lo último, porque de una y otra parte está el hombre.

La grandeza del hombre en desarrollo está, a fin de cuentas, vinculada, del modo más profundo, a su conciencia.

Pero cuando hablamos del hombre en desarrollo no podemos mirar sólo a sus inicios, porque nunca podremos describir el desarrollo del hombre y de la plena evolución de la persona empezando solamente desde sus inicios. Hemos de mirar también a su final. Final o, dicho de otro modo, realidad última; del griego, “escatología”. El final del hombre es la muerte.

No es posible perfilar los caminos del desarrollo del hombre sin partir precisamente del final, de la muerte. Y esto también en el ejemplo del que me he servido del P. Kolbe.

No es posible trazar el desarrollo completo y total del hombre y de la persona si no es partiendo de la muerte.

¿La muerte es toda la “escatología” del hombre?

¿La muerte se iguala con la realidad definitiva?

La ideología materialista del mundo hace propia una “escatología” según la cual la muerte es algo definitivo. El hombre vive no sólo caminando hacia la muerte, sino limitado por la muerte, más allá de la cual ya no hay nada.

El libro del Génesis afirma: “Del polvo saliste y al polvo volverás”. Esas palabras del Creador nos las recuerdan todos los Miércoles de Ceniza.

Pero aun en el caso de que la “escatología” del hombre, la realidad final, se iguale a la muerte, ¿qué ocurre con la conciencia y con lo que desarrolla al hombre? ¿Dirigirán sus ojos a la figura representada por Maximiliano Kolbe o a la de sus verdugos?

¿Qué ocurrirá con la conciencia y con cuanto ella ha formado en cada uno de nosotros a lo largo de los años, desde los primeros momentos de nuestra capacidad de discernir el bien del mal, y luego a lo largo de la vida, tantos y tantos años?

¿Qué ocurrirá con toda esta riqueza o toda esta miseria?

¿Qué hacer si el hombre se desarrolla sólo camino de la muerte y en ella está su fin?

Ignoro si Marx tenía derecho —aceptando una tal ideología del mundo— a afirmar que el hombre es raíz de todas las cosas. Con mayor razón aún afirma Sartre que el hombre aspira a lo que define a Dios con una palabra, aunque —como añade— ésta sea una palabra vacía, para la que “el hombre” “c’est une passion inutile”: una pasión inútil.

Si, en cambio, consideramos todo cuanto hay en nosotros y analizamos aunque sólo sea un proceso, el de la conciencia, será difícil, sin negar que el hombre sea la raíz, aceptar que se desarrolle únicamente camino de la muerte, porque también se desarrolla camino del juicio.

El juicio es la segunda de las cuatro “postrimerías” recordadas por el catecismo.

El hombre se desarrolla hacia el “juicio”, juicio que constituye el inicio de la vida eterna.

El libro del Génesis relata: “Dios creó al hombre a su imagen y semejanza”, y añade que lo situó ante el árbol del bien y del mal.

Esta expresión es evidentemente simbólica, pero, a la vez, profundamente realista. Es una gran verdad eso de que el hombre está situado ante el árbol del conocimiento del bien y del mal; que se halla entre el bien y el mal; que de continuo debe tomar, y toma, decisiones; que hace cosas que tienen valor —son buenas— o contienen un no-valor —son malas—; siempre el bien y el mal: ésta es la vida del hombre.

Precisamente en esta encrucijada está la grandeza del hombre.

El hombre es grande porque puede escoger; incluso el pecado, en cierto sentido, da testimonio de que el hombre es grande.

¡Atención! Lo que no he dicho es que testimonie su grandeza, de forma que se pueda afirmar que los verdugos del campo de concentración de Oswiecim den testimonio de su grandeza. Quede esto claro.

Lo que sí digo es que, en cierto sentido, el pecado testimonia que el hombre es grande. Pues si así no fuera, costaría trabajo comprender la relación de Dios con el hombre, con este hombre que está entre el bien y el mal.

Mirad: Dios no se apartó del hombre a causa del árbol del bien y del mal. Y sabemos que el hombre, que la humanidad, ha sobrepasado repetidas veces los límites de este árbol. Esta realidad perteneciente a la historia de la humanidad, a la historia de la sociedad, pero sobre todo a la historia de cada hombre, no ha podido anular el supremo interés de Dios Creador por el hombre que elige, que peca, que se levanta.

Dios sale al encuentro del hombre. Porque Dios no es solamente juez, sino también padre que busca al hijo pródigo y guía que planta en los caminos del hombre sus Mandamientos como mojones de seguridad.

Conocemos bien los Mandamientos del Antiguo Testamento dados a Moisés en forma de prohibiciones: “No matarás, no comerás actos impuros ni adulterio, no dirás falso testimonio” (Ex 20,12-16).

Todos estos “no” de Dios son límites que no es dado sobrepasar. La humanidad, toda sociedad, todo sistema, saben bien que no es lícito cambiar, “anular” la observancia de este “no” de Dios. Todos nosotros lo sabemos muy bien.

Conocemos también el Nuevo Testamento, el Evangelio, la “ética” de las ocho bienaventuranzas, de esas bienaventuranzas tras de las que fueron hombres como Maximiliano Kolbe. Otros muchos también las han seguido, incluso en nuestra ciudad, y habrá muchos también que harán lo mismo.

En fin, conocemos el mandamiento que contiene y supera a todos los demás, el mandamiento del amor a Dios y al prójimo, que nos ha traído Cristo, como última palabra de esta preocupación del juez y del padre hacia nuestra conciencia humana.

Durante los ejercicios la conciencia es siempre, por norma, el principal problema.

Si ayer os dije que el problema central estaba constituido por la oración, lo hice para traer precisamente a la afirmación de hoy. Por lo demás, el propio Cristo Nuestro Señor lo afirmó así, al decir: “No todo aquel que diga Señor, Señor, sino el que cumpla la voluntad del Padre” (Mt 7,21).

Por lo tanto es necesario, durante los ejercicios, poner toda nuestra atención en este problema, recordando que en este punto tocamos en cada uno de nosotros el momento culminante que decide nuestro “yo”, la dignidad del hombre, la persona.

Momento culminante que abre el hombre a Dios, se lo acerca, lo une a El. Buscando todo esto, debemos, con la oración y por medio de ella, concentrar siempre la atención del pensamiento y de la voluntad en nuestra conciencia.

Mis queridos oyentes, ayer terminábamos la meditación recitando el “Padrenuestro”. Creo que haríamos bien en tomar hoy como oración de la tarde —cosa que hacemos con frecuencia— el Decálogo.

Esto es: recordar juntos los Mandamientos de Dios y coronar su recitación con el máximo mandamiento del amor dado por Cristo.

Yo soy el Señor, tu Dios, que te sacó de Egipto, del estado de esclavitud en que yacías.

1. No tendrás más Dios que a mí.
2. No invocarás el nombre de Dios en vano.
3. Acuérdate de santificar las fiestas.
4. Honra a tu padre y a tu madre.
5. No matarás.

6. No cometerás adulterio.
7. No hurtarás.
8. No dirás falso testimonio.
9. No desearás la mujer de tu prójimo.
10. No desearás los bienes ajenos.

Pleno cumplimiento de la ley del amor (Rom 13,10).
“Amarás al Señor, tu Dios, con todo tu corazón, con toda tu alma y con todo tu ser” (Mt 22,37).

3. EL AMOR

Hemos meditado en Cristo, testigo de Dios, su Padre y el nuestro. Después en Cristo, testigo del hombre, de la conciencia humana, de la dignidad de la persona humana. En este sentido, el tema desarrollado hasta ahora ha sido el hombre, el "yo" humano.

Ahora vamos a tratar de la comunidad, del "nosotros" humano. Hablaremos de Cristo en cuanto El es precisamente testimonio de esta comunidad humana.

De sus labios salieron aquellas palabras de que el mandamiento único y más grande en la historia de la humanidad es el mandamiento del amor.

¡Sólo en sus labios ha gozado esto de plena garantía!

Y es precisamente con el mandamiento del amor con el que Cristo se convierte en testigo de la comunidad humana, porque la función del amor es unir.

El amor es, en el hombre, algo tan grande que conforma su ser interior y determina el carácter de sus acciones. Al mismo tiempo, el amor une, une al hombre dando forma a la comunidad humana.

El amor es un mandamiento del Evangelio y, a la vez, un problema del hombre.

Es el momento central de la vida humana. Podemos descubrir en él la fuerza creadora y podemos también darnos cuenta del significado de esta fuerza, de su virtud creadora, tomando como base su ausencia.

Porque cuando falta el amor se produce la destrucción, la quiebra.

No será inútil ligar la verdad del amor y de su ausencia, es decir, de su opuesto; ligarla, digo, a pri-

mera vista, con la historia de nuestra patria. Precisamente este año se cumple el segundo centenario del primer reparto de Polonia. Y este acontecimiento, el primero de una serie, aunque tal vez no sea el primero en la historia de nuestra nación, está estrechamente ligado al amor, o, mejor dicho, a su ausencia.

Doscientos años antes de esta fecha histórica, el gran Skarga reprendió a sus contemporáneos sus ambiciones personales. Pues bien, en el arco de los doscientos años pasados desde aquella reprimenda, la ambición personal, la búsqueda exclusiva del propio interés, la pérdida de la perspectiva social, la pérdida del amor social crecieron tanto que los hombres de fines del siglo XVIII, los que eran directamente responsables de los destinos de la patria, perdieron el sentido de sus propios deberes y sus propias responsabilidades.

Hoy, después de doscientos años, resulta difícil leer en la literatura y en la historia aquellos acontecimientos sin experimentar una profunda conmoción.

Los escritores contemporáneos contemplan con una mirada más profunda los hechos acaecidos hace doscientos años, que culminaron con la pérdida de la independencia y con la ruina de la patria.

Sabemos bien qué heroicos esfuerzos hubo que hacer después. Hubo que resarcirse de ese exceso de interés privado, de esa falta de amor con infinitos momentos de amor, a fin de devolverle a la patria su independencia.

Si he recordado estas cosas, lo he hecho como ejemplo; ejemplo que demuestra cuál es el significado del amor en la vida humana y hasta qué punto constituye los diversos "nosotros" humanos. En qué medida a este "nosotros" humano lo enraíza y refuerza en sus diversas dimensiones y cómo frena y destruye cuanto se le opone.

Porque la nación es un gran "nosotros" humano. El amor tiene diversas dimensiones. Diversos son los

círculos dentro de los cuales se contiene aquella gran verdad que mueve y construye el amor y que frena y destruye lo que le sirve de obstáculo. Esta gran verdad, anunciada ya por Dante, no es otra cosa que la transposición, en los diversos períodos y círculos de la vida humana, del principio evangélico del amor, del mandamiento del amor.

Realmente, éste se encuentra en el centro de la vida humana y es necesario que ese importante mandamiento se cumpla por completo.

Por esta razón, la época de la juventud goza de condiciones particulares, pero también de especiales obligaciones. Es necesario que este mandamiento penetre profundamente en nuestra juventud. Que forme nuestras convicciones, que imprima la orientación de nuestras acciones y de nuestros propósitos.

Es necesario, porque la vida es una prueba.

De hecho, durante la vida veremos y comprobaremos qué es lo que va a quedar de ese mandamiento del amor, que empapa, que debe empapar las almas y los corazones jóvenes como verdad transparente, como ideal incomparable, como principio según el cual hemos de llevar adelante la vida y sin el cual la vida humana —en sus diversas dimensiones— pierde valor.

De todo esto podemos dar cuenta a diversos niveles.

Nosotros, hombres del siglo XX, que hemos vivido las épocas terribles del desprecio del hombre, podemos constatarlo en sus grandes dimensiones históricas.

Porque la explosión monstruosa del odio, de la hostilidad, de la destrucción del hombre, a causa de la terrible falta de amor y de su negación, nos hacen tomar conciencia de su inmenso valor.

Hay otras dimensiones de la vida humana en las que el principio del amor —el mandamiento del amor— tiene contenido concreto, ¡debe hacerse realidad!

Verifiquémoslo observando nuestra vida social. Donde hay amor, allí se refuerzan los lazos sociales.

Donde no lo hay, se destruyen; y de modo especial, los lazos fundamentales.

Lo verificamos cuando sufrimos la disgregación de esos lazos sociales fundamentales, de esos lazos que vinculan hombre a hombre, lazos que dan forma a la vida humana desde la cuna, desde el nacimiento y que se le inculcan al hombre desde un principio, con cuidado, teniéndolo como un bien supremo sobre la tierra.

Hablo de esos lazos que con el tiempo entran en la vida profesional, en las relaciones humanas del puesto de trabajo, en las relaciones con nuestros vecinos, en las relaciones sociales, en el sistema político. En toda la vida de la sociedad, de la nación, del Estado.

Somos conscientes de que de nosotros depende, en gran medida, la construcción de todo cuanto hoy existe y existirá mañana. Todo ello depende grandemente del modo en que aceptemos el mandamiento del amor.

El mandamiento del amor se puede y se debe vincular a la necesidad de luchar y de comprometerse. Así es como aparece en la misma vida de Cristo.

Cristo ha amado y ha luchado. No es posible separar la lucha del amor; no es posible imponer a los hombres, a la sociedad, la lucha como un fin en sí misma.

De otro modo acabaríamos en los procesos dolorosos del exterminio del hombre por el propio hombre.

No es ésa la noble lid, sino esos otros caminos de la carrera; no el valor del hombre, con sus méritos, sino un determinado interés anónimo.

Así se presenta inevitablemente la vida social desarraigada, sistemáticamente desarraigada del principio del amor.

“Un nuevo mandamiento os doy: que os améis los unos a los otros” (Jn 13,24).

Este mandamiento tiene su significado, siempre, en todas partes y en toda dimensión.

Pues bien, mis queridos hermanos y hermanas, mis

jóvenes amigos, ¡mirad la vida! ¡Examinaos a vosotros mismos! Insuflad en lo más profundo de vuestras almas jóvenes el mandamiento del amor, en su valor total, con todo su significado creativo.

Porque muchos actos de debilidad, muchas circunstancias, lo destruyen en vuestras almas, en vuestra vida social.

En cambio, nuestro deber, el deber de todo cristiano que vive en esta tierra, es, ante todo, lograr que el amor venza.

En el amor encontramos también una confirmación. La confirmación de toda la vida humana y, en cierta medida también, la confirmación de que Cristo está con cada uno de nosotros.

¿No habló así el Señor a sus oyentes cuando les presentó la escena del juicio final?

¡Un cuadro clarísimo! Cristo dijo: “Tuve hambre y me disteis de comer, tuve sed y me disteis de beber, estaba desnudo y me vestisteis, estaba en la cárcel y vinisteis a verme” (Mt 25,35-36).

El mismo se identifica con cada hombre. El es Aquel que es recibido en cada hombre. El es Aquel que desea, que puede liberar el amor en cada hombre.

San Juan de la Cruz pronunció estas significativas palabras: “A la tarde (al término de tu vida) te examinarán de amor”.

Nuestro deber práctico, si creéis en lo que digo, es pensar continuamente en este tema dominante: cómo convertir el mandamiento del amor en el contenido concreto de mi vida.

El amor tiene además otro significado. Está estrechamente vinculado a la orientación de la vocación humana.

Es muy revelador el hecho de que, cuando desde la escuela nos fijamos en un joven o una joven, observamos atentamente sus preferencias y decimos en seguida: “ha escogido de acuerdo con sus preferencias”.

Pero esto tiene un significado mucho más profundo: el que el hombre marcha en dirección del amor que le llama.

De otra manera, ¿cómo justificar la vocación de una monja?

Fue una muchacha como sus amigas, e igual, seguramente, que sus amigas acudió al baile del fin de carrera, participó en jiras y diversiones, y un día, de repente, ¡al noviciado!

¿Y qué va a ser ahora de su vida? Hará lo que tantas veces os he hecho ver también aquí en Cracovia: desde las seis de la mañana a las diez de la noche, subir y bajar escaleras para atender a unos enfermos de los que ya nadie se preocupa. ¿Por qué se los llevaron del hospital y los pusieron en manos de la familia, que frecuentemente no es capaz de asumir esa responsabilidad?

La monja, en cambio, en todo este trabajo derrochará alegría y satisfacción. Es como una novia. Ha elegido un amor más alto.

Y siempre despierta asombro el modo en que suena la voz del Esposo, pues anula todo lo demás e induce a seguirlo.

¿Cómo, pues, justificar la vocación de un joven que pensaba seriamente en el sencillo amor humano, en el matrimonio y la familia, y de repente se da cuenta de que ese amor no le resulta suficiente?

Es la fuerza que llama. Pero no es una fuerza cualquiera. Es siempre una Persona. Es ese Esposo invisible el que empuja a vuestras amigas, a esas muchachas jóvenes, a encerrarse tras las puertas del Carmelo. Y para toda la vida.

A veces voy a verlas y debo confesar que es difícil encontrar personas más joviales.

Pero no voy a hablar de esto. Deseo dedicar el resto de la charla a esa orientación del amor que se revela en la mayor parte de los hombres, a esa verdad fundamen-

tal que está escrita al comienzo del libro del Génesis: “Dios creó al hombre... varón y hembra los creó...”, “y por eso el hombre dejará a su padre y a su madre y se unirá con su mujer y ambos serán una sola carne” (Gén 1,27; 2,24). Así aparece escrito desde los primeros capítulos de la Sagrada Escritura.

Estas frases, estas primeras expresiones de la Sagrada Escritura, son especialmente significativas. Las llaman también *Protoevangelio*, como si se tratara de un prototipo, de una forma originaria de la Buena Nueva anunciada por Nuestro Señor Jesucristo.

El Señor, cuando abordó este tema en su enseñanza, no hizo más que repetir las palabras del *Protoevangelio*.

Y añadió: “Lo que Dios ha unido, no lo separe el hombre” (Mt 19,6).

¡Qué maravilla! Podréis leer libros que traten del amor. Podréis investigar sobre este tema, podréis hasta escribir; pero, creedme, tendréis que volver siempre entusiasmados a aquellas sencillas palabras del *Protoevangelio* y del *Evangelio*. Son fundamentales. Lo expresan todo. Toda la verdad del hombre. Toda la verdad acerca de ese desdoblamiento que nos ha concedido el Creador en la persona humana, acerca de esa riqueza que procede de dicha duplicidad, acerca de esa riqueza cuya expresión aparece en todo el hombre, sea en el cuerpo o en la *psiquis*; en el alma o en los sentidos; en los afectos, en fin, o en la vocación.

Precisamente esta riqueza, este conjunto de valores, este universo de valores, es el fundamento de eso que llamamos amor.

El amor entre dos novios, el amor entre los esposos; o, sencillamente, el amor.

Constatamos además que esta visión tan sencilla y tan profunda, esta riqueza, desde que fueron escritas esas palabras fundamentales y proclamadas esas leyes

básicas, ha sido diversamente observada, ilustrada, profundizada, explicada e interpretada.

Pero toda esta riqueza está a menudo amenazada, y la amenaza tiene orígenes diversos. Indudablemente, esto ocurre a causa de la debilidad misma del hombre, pero la amenaza procede también con frecuencia de otras muy amplias fuentes.

Tiene su origen en el modo de pensar, en la escala de valores, en el sistema de vida social.

Al tiempo que hablo, pienso en todos esos oyentes míos que a lo largo de la vida han recorrido el camino que lleva a la comunión, a ese “nosotros” humano, tal como lo ha definido el Creador al comienzo de la historia del hombre. Y pienso en vosotros, que estáis aquí presentes, que estáis viviendo ya la vida matrimonial o que os estáis preparando a ella, pero que sois, al mismo tiempo, como todos nosotros, hijos de nuestro tiempo, de nuestra época. Y ya hace mella en vuestra conciencia todo el conjunto de interpretaciones, todo el sistema de concepción y tratamiento de estos problemas propios de la sociedad europea y propios también de nuestra sociedad polaca, de nuestro tiempo y, por decirlo así, de nuestra década.

Hay que decir que en este modo de situar, valorar y, en cierto sentido, proponer, hay todo un conjunto de muy grandes responsabilidades.

En nuestra vida polaca se ha insertado profundamente el principio de la disolución del matrimonio: el divorcio.

“Lo que Dios ha unido, no lo separe el hombre”; lo dijo Cristo, y la Iglesia lo repite.

La sociedad, la gente, fabrican otro principio. ¿En nombre de quién? En nombre de la libertad.

¿Pero es que acaso la libertad puede ir contra el amor? ¿Es además libertad verdadera si va contra el amor, contra la comunión?

Hay que ocuparse de la comunión. Hay que crear

las condiciones para esa comunión, y para la formación y crecimiento del amor humano, en lugar de crear esa libertad ilusoria que tanto cuesta al hombre y que por lo regular no la pagan sólo él y ella, sino otro también.

Tenemos cada vez más “casas del niño”, en vez de casas con niños.

¿Y esto es, por ventura, progreso social? ¿Pensamos bien en nuestro futuro yendo por ahí?

Y, además, ¡qué forma de brutalizar el problema de la vida humana!

Dios ha dicho: “No matarás” (Ex 20,13).

¡No matarás al hombre!

En la concepción ya está allí el hombre.

Y Dios ha dicho: “No matarás”.

¡Y nosotros lo permitimos!

Esto necesariamente provoca efectos letales en la conciencia social. Por otra parte, comporta siempre como consecuencia costos materiales. Porque costará lo que tiene que costar toda esa propaganda anticonceptiva, que no invita a la gente a gozar de la convivencia responsablemente.

Se quiere sustituir al hombre por un instrumento. Al hombre no se le puede sustituir por un instrumento allí donde tiene la palabra el acto del amor.

Digámoslo de una vez: ¡se renuncia al amor! ¡Eso es!

Examinemos nuestra *psiquis*, nuestra conciencia. ¿Tal vez (en este año de 1972) en lugar de todo esto, ha permanecido sólo el instinto y la libido?

Todo esto, en verdad, habrá de repercutir en las relaciones intergeneracionales.

Si la nueva generación, la generación de nuestros hijos, crece en la concienciación de que existen los medios anticonceptivos y de que hay el aborto, en un determinado momento se darán cuenta de que podrían haber sido destruidos por sus padres.

¡Son éstos problemas que nos dejan sin respiración!

¡La ley divina es sabia! ¡La ley del amor es exigente!
¡No se pueden rechazar las exigencias! ¡No se pueden soslayar!

¡Hay que asumirlas!

Si hablo de esto, queridos amigos, no lo hago con ánimo de ofender a nadie. Lo hago porque me entristezco. Porque me inspiro en la profunda fe de vuestras jóvenes y nobles almas, en vuestro deseo de amor verdadero, en vuestra fe en las palabras de Cristo y en su sacramento.

El matrimonio es, para nosotros los cristianos, un sacramento muy grande, algo santo.

Pone a dos seres —un hombre y una mujer— en presencia del mismo Dios, y ante El prestan juramento de amor, sinceridad, fidelidad recíproca, sentimientos estos que han de informar toda su vida.

Hay en este juramento matrimonial algo maravilloso. Y hay que preocuparse tan sólo de una cosa: que se pronuncie con plena garantía y todo empeño, a fin de que en él se mantengan sólidos el corazón, la voluntad, el hombre entero.

La Iglesia enseña el amor, justo ese amor que Cristo predicaba, precisamente ese amor que forma la comunidad humana; el que hace que el “nosotros” humano sea auténtico.

Dos seres unidos de este modo, así vinculados, no sólo por la fe, sino por su decisión, su voluntad, el juramento y por su voto, entran en la vida.

¡Hay aquí un no sé qué de grandioso!

Se trata de conservar esta grandeza, de acrecentarla, de orar incansablemente por ella, porque así es como hay que acercarse a ella: con el trabajo y la oración.

Pero existe una condición inicial, la de no descartar, no anular esta grandeza en su situación de base; esto es, tener una visión del matrimonio humano y cristiano acorde con lo que Cristo ha instituido obedeciendo a las palabras de su Padre.

Esto, mis queridos amigos, es deber vuestro. Es el deber principal de los seglares en la Iglesia, su apostolado fundamental. En él se expresa el mensaje humano y cristiano del hombre y la mujer, que, casados y viviendo su matrimonio, constituyen una familia.

La Iglesia nos enseña la paternidad responsable, y esta doctrina tiene un alto valor.

No debemos confundir los conceptos de paternidad responsable y maternidad consciente. La paternidad responsable no permite lo que con tanta frecuencia se propala como maternidad consciente.

La paternidad es ante todo responsable para el otro. ¡Para el hombre que se acerca! Para el nuevo ser humano al que se le da vida. Para las nuevas personas a las que se les da vida.

Finalmente, la paternidad responsable adquiere un sentido más amplio: es responsable de cara a la sociedad. Sabemos que los hombres se constituyen en sociedad y que el futuro de la sociedad depende de las personas.

Igualmente, el porvenir de Polonia, en última instancia, tiene que ver con esto. Con el modo en que vivan las parejas y las familias de nuestra sociedad.

Todo cuanto he dicho es, en cierto sentido, nada más que un apunte. Sé muy bien que sobre estos temas se dan conferencias específicamente dedicadas a ellos. Por eso no entro en determinados detalles que, en el ámbito de nuestras reuniones, han hecho ya acto de presencia.

Para concluir estas reflexiones, deseo mostrar una vez más a todos mis oyentes cómo Cristo es testigo de la comunidad humana.

Testigo, en primer lugar, de esa comunión fundamental, de esa comunidad primordial que, a un mismo tiempo, tiene ante sí el futuro más prometedor y es condición de ese futuro. La comunión del hombre y de la mujer: marido y mujer. Y, aún antes, del joven y la

joven; a lo mejor, como los aquí presentes, mis queridos amigos.

Cristo ha sido testigo de vuestra comunión y su progreso. Desde las primeras palpitaciones de vuestros corazones, paso a paso, a través del desarrollo de este amor, hasta la decisión final, el sacramento; luego, para toda la vida.

¡Sea Cristo testigo de toda comunión vuestra! ¡Sea Cristo testigo de toda comunión vuestra hasta el final, y pueda dar testimonio delante de su Padre!

Todos los días terminamos nuestras meditaciones con una oración. Hoy también vamos a terminar rezando. Será muy parecido a una letanía, pues iremos recorriendo todos los temas de la meditación.

Pidamos el amor a la Madre de Dios. Todas las madres son el corazón de la familia, y así debe ser.

Por eso Ella, la Madre de Cristo, acerca a nosotros el verdadero amor, ese amor que recibe el nombre de Dios, y que sólo de El proviene. Sí, Ella acerca a nosotros este amor, y en diferentes dimensiones lo planta en nosotros. Por lo tanto: Ave María... Amén.

4. EL SACRAMENTO DEL PERDON

Hablemos hoy del sacramento de la penitencia. De entrada será conveniente recordar el mandamiento de la Iglesia que prescribe “confesarnos al menos una vez al año y comulgar por Pascua”.

Naturalmente, este mandamiento lleva el sello de su origen histórico. En efecto, fue establecido tras aquel período de intenso fervor por participar en la Eucaristía y hacia el sentido de la penitencia que marcó los primeros siglos del cristianismo. No obstante, como precepto de la Iglesia, constituye también para nosotros una directriz segura y perdura en esta época en la que ya desde hace varios decenios se ha hecho habitual la comunión frecuente.

El mandamiento de la Iglesia indica la obligación mínima.

Se trata, pues, no sólo de recordar el mandamiento, sino ante todo de su explicación, del porqué. ¿Qué bienes contienen estos grandes sacramentos del Tiempo de Pascua? Hoy meditaremos sobre el sacramento de la penitencia; mañana lo haremos sobre la Eucaristía.

Recuerdo (eran los años anteriores a la guerra) una conversación con un escritor, cuya actividad literaria discurría por caminos nada sencillos. A juzgar por su forma de escribir, resultaba difícil afirmar si era creyente o no. Sin embargo, durante aquella conversación, aquel hombre, mayor que yo unas decenas de años, comenzó a hablar de la confesión. Y, si mal no recuerdo, después de tantos años, se expresó más o menos así: “La confesión, ¡qué institución tan estupenda!

Si no existiera habría que inventarla. ¡Le es tan necesaria al hombre!” Puede que dijera esto pensando en tantos expedientes inventados por los hombres —en cierto sentido, para llenar el vacío dejado por la confesión— casi como subrogados suyos.

Pienso que este tipo de tratamientos son hoy más conocidos aún y se experimentan frecuentemente, formando parte de la psicoterapia.

Poco a poco, estas prácticas buscan liberar el consciente y, con mayor razón aún, el subconsciente de todo aquello que se les ha ido acumulando.

Esto ocurre en sesiones especiales dirigidas por el psicoterapeuta. Haciendo preguntas, éstas ayudan al paciente a objetivar aquello que le hace sufrir y le perturba. Sabemos que el poder hablar con alguien de lo que nos hace daño —incluso fuera de la psicoterapia— aporta una forma de consuelo incluso a las enfermedades más triviales. En este caso, sin embargo, se trata sobre todo de dos cosas, al menos así es como yo lo entiendo.

Se trata, en primer lugar, de objetivar aquello que irracionalmente se ha depositado en nuestro consciente o inconsciente. Después, se trata de expresarlo, de expresar todo eso.

Precisamente esto, en cierto sentido, libera; tal es, al menos, la finalidad de la psicoterapia: liberar al hombre de cuanto pesa en su ánimo.

Estamos claramente ante la liberación o la disculpa en sentido puramente subjetivo.

Sería difícil parangonar esta práctica con la confesión, aunque ambas presenten elementos comunes.

Ciertamente, en la confesión se advierte la necesidad de declarar cuanto hay dentro de nosotros y nuestra conciencia no soporta, sintiéndose turbada e inquieta. Surge el deseo de manifestarlo.

El paralelismo es tan sólo parcial. Lo veremos a lo largo de la explicación que vamos a dar.

Dije que la semejanza es tan sólo parcial. Empecemos por la fase más importante, fase con la que la psicoterapia no cuenta, pero que, en cambio, es el momento constitutivo del sacramento de la penitencia.

Y hemos de comenzar con las propias palabras de Nuestro Señor Jesucristo.

El Señor, en el momento de entregar a los Apóstoles los poderes referentes a este sacramento, les dijo: “A quienes les perdonéis los pecados...”

El momento fundamental es el de la remisión objetiva (y no sólo el instante de la experiencia subjetiva), el momento de la absolución, de la liberación de cuanto llevamos dentro. Lo es el momento de la remisión objetiva.

Nuestro Señor Jesucristo dijo: “A quienes les perdonéis los pecados”; pero antes había dicho también: “Recibid el Espíritu Santo”.

Esta primera expresión, tan solemne, tan pneumatológica —dispensadme si uso términos teológicos—, señala el significado objetivo de la remisión. Por lo demás, el Señor Jesús, a lo largo de toda su misión, ya había ido preparándolos para estas palabras y para este mandato.

Recordemos los diversos momentos de la actividad pública de Cristo Nuestro Señor, cuando El mismo perdonaba los pecados.

Recordemos aquel momento, un tanto agitado, en el que le trajeron un paralítico, y El lo primero que le dijo fue: “Animo, hijo mío, tus pecados te son perdonados” (Mt 9,2). Esto despertó indignación, al menos interna. Y el Señor Jesús, leyendo en el pensamiento de quienes le rodeaban, preguntó: “¿Qué es más fácil, decir: Perdonados te son tus pecados, o decir: Levántate y anda? Pues para que sepáis que el Hijo del hombre tiene poder en la tierra para perdonar los pecados: Levántate —le dijo al paralítico—, toma tu camilla y vete a tu casa”.

Maravilloso momento.

Por medio de este acontecimiento, y muchos más, Nuestro Señor Jesucristo fue preparando a sus Apóstoles para el mandamiento que, después de la Resurrección, recibieron de sus labios, al decirles: “Recibid el Espíritu Santo. A quienes perdonéis los pecados, les serán perdonados, y a quienes no se los perdonéis, no se les perdonarán” (Jn 20,23).

Por lo tanto, éste es el momento decisivo del sacramento de la penitencia!

El sacramento de la penitencia es el sacramento de la absolución.

Para poder entender el significado objetivo de la absolución hemos de partir de la premisa de que no se trata solamente de un contenido negativo, insinuado en la conciencia o subconciencia del paciente, sino que se trata de la realidad objetiva del pecado.

¿Qué es la absolución? La absolución es precisamente el sacarle a uno fuera de esa realidad del pecado.

El modelo de la experiencia terapéutica hay que adoptarlo en este caso sólo parcialmente. A mi entender, hay modelos mucho más sencillos y más adecuados.

De lo que se trata en el sacramento de la penitencia es algo en verdad muy semejante a lo que ocurre entre las personas. Y son unos hechos que resaltan más en las relaciones entre padres e hijos. Dice la madre al hijo: “Ve, pide perdón a papá, porque has hecho muchas diabluras”. El niño va, pide perdón a papá y el papá le perdona. Este no es sólo un modo convencional de actuar, sino una realidad. Porque el perdón paterno le quita al espíritu y a la conciencia del niño, a veces bien pequeño, un peso real, una culpa real.

Por lo tanto, para entender el significado objetivo de la absolución hemos de caer en la cuenta de cuál es el cuadro objetivo de la culpa y del pecado.

Importancia capital tiene cuanto se lee en toda la

Escritura, en toda la Revelación, desde la primera a la última página, acerca del cuadro objetivo del pecado: la elección del pecado mismo, desde la caída de nuestros primeros padres. Precisamente desde ahí.

Esa elección se nos presenta claramente como un mal, un mal moral que se comete contra Alguien.

No contra "cualquiera", sino contra ese Alguien que es el Único.

Dios, al crear el mundo, imprimió en lo creado un orden comprensible por el hombre, susceptible de ser interpretado por él.

Por eso, cuando el hombre infringe ese orden, sabe que ofende a Dios.

No faltará quien diga que todo esto es triste.

Pero la conciencia del mal moral, del pecado, clara y explícitamente perfilado e indicado "en las relaciones con el quien", representa para el hombre una ventaja enorme.

Peor es el anonimato del pecado, un cuadro confuso, o unas condiciones en las que sea fácil eliminar o hacer menos claro ese cuadro.

Nosotros estamos viviendo en una época así y en unas condiciones de este tipo.

La Sagrada Escritura, por el contrario, describe un cuadro clarísimo.

La conciencia del pecado con la que el hombre sabe ante Quién y respecto a Quién es culpable, en definitiva a Quién ha ofendido, es condición indispensable para gozar del valor objetivo del perdón.

Esto es así porque Aquel contra el que se comete el pecado y al que el pecado ofende es, al mismo tiempo, el Padre que tiene el poder de perdonar los pecados.

No se trata ya de la liberación de la conciencia de ciertos contenidos negativos, sino de otra cosa. De una parte, la realidad objetiva del pecado que pesa sobre la conciencia, que la aplasta, y, de otra, Aquel contra el

que se ha cometido el pecado y que tiene el poder de absolvemos, de librarnos de él.

Y esto es un don muy grande.

La palabra "Evangelio" quiere decir "Buena Nueva", la que creo que, en su mayor parte, se refiere precisamente a este hecho, a esta realidad, a esta Revelación.

Con frecuencia se subraya que el mal moral procede solamente de la violación de un bien social, y que en esto consiste el mal y la culpa. En estos casos, la sociedad reivindica sus derechos y castiga al culpable.

Todo esto es justo y verdadero, pero no se agota aquí la cuestión ni se resuelve en profundidad.

Porque un cierto número de culpas, pese a ser propias y verdaderas culpas, no violan el orden social en su estructura visible. ¿A qué perdón se pueden referir?

La sociedad obviamente persigue sus propios derechos y hace justicia con el culpable.

Más aún, en algunos grupos y ambientes se aplica algo semejante a la penitencia cristiana. El culpable —a tenor de un código determinado— debe reconocer su culpa, debe confesarla delante de los demás, debe arrepentirse y humillarse.

También en el sacramento de la penitencia se da el momento de la humillación. De ello hablaremos luego.

Pero este momento reviste en nuestro caso otro carácter. Es algo mucho más delicado. Se trata de humillarse ante el Padre, de humillarse ante el *Sacrum*.

El hombre que se humilla públicamente ante los demás hombres, ¿puede acaso tener conciencia de que se humilla y de que confiesa sus culpas ante el Absoluto? ¿También cuando la misma razón de esta conciencia es mudable? Hablo de cuando hoy esto es bueno y mañana aquello.

Frecuentemente, aquellos ante los cuales se confie-

san las culpas parecen también, por su parte, culpables, por no decir, a veces, los mayores culpables.

Pero volvamos al nudo de la cuestión, una vez hechas estas consideraciones.

El perdón. Dios perdona. Dios quiere perdonar.

De lo que se trata es de esto: ¿qué camino lleva a ese perdón que empieza, desde el primer momento, en Dios mismo?

El perdón —obviamente— es siempre un “acto libre; es siempre una expresión de amor”.

Si un niño pide perdón a su padre y el padre le dice: “Te perdono”, y le besa en la frente, en este gesto se expresa el amor. Se expresan la libertad y la espontaneidad del perdón, que son características propias del amor.

Nosotros sabemos muy bien que un perdón verdadero y auténtico, puro acto de amor y de misericordia, debe estar en armonía con la justicia. En cierto sentido, no es lícito perdonar “gratuitamente”.

No se puede perdonar sin garantía, no se puede absolver del pecado sin una garantía. ¡Para ello “debe” haber una garantía!

¿Y qué clase de garantía ha de ser ésa, por parte de Dios, a cambio del perdón que ofrece El mismo? Su amor y su misericordia.

Esta garantía se expresa de un modo más concreto e histórico. Dios ha demostrado al hombre, a la humanidad, cuál es el precio de su perdón.

El precio del perdón divino lleva el nombre de la Redención.

El Hijo de Dios se ha hecho hombre y a través de su obra ha hecho justicia a la santidad del mismo Dios, creando una especie de plataforma de justicia en esa obra de misericordia.

El ha traído la justificación a todo hombre para toda culpa humana.

El ha pagado con su persona.

En un salmo aparecen escritas unas palabras que en forma lapidaria manifiestan el mensaje de redención y justificación de Cristo.

En su inspiración profética dice el salmista: “No quisiste sacrificios ni oblações...; por eso dije: heme aquí, Señor, que vengo yo... a cumplir tu voluntad” (Sal 40,7-9).

Heme aquí, aquí estoy yo... Y sabemos cómo viene; cómo Dios-Hijo entra en ese cuerpo, asume la naturaleza humana, la vida humana. Toda su vida humana es Redención; pero de modo particular lo son su pasión y su muerte.

Vemos, entonces, cómo Jesucristo, después de la última Cena, marcha al huerto de los Olivos y, aún después de tantos siglos, seguimos oyendo cómo habla con su Padre.

Hemos oído aquello de “Aquí estoy yo (con todo mi ser) para cumplir, ¡oh Padre!, tu voluntad”. En cambio, ¿qué escuchamos en el huerto de los Olivos? Escuchamos las palabras de un hombre: “Si es posible, aleja de mí este cáliz” (Mt 26,39). E inmediatamente después: “Pero no se haga mi voluntad, sino la tuya”.

Así, con toda sencillez, sin siquiera la ayuda de quienes estaban cerca de El, aquellos tres apóstoles favoritos, que, todo lo contrario, lo que hicieron fue dormirse.

Así es como se revela delante de nosotros toda la dimensión de la Pasión espiritual de Cristo. Vemos cómo El, el Hijo de Dios, es verdadero hombre. Y, también, cómo la divinidad de su acción no esconde el esfuerzo humano de la acción realizada por El.

No lo esconde; al revés.

Si no hubiera existido el huerto de los Olivos no habríamos podido entender plenamente la Pasión de Cristo. Habríamos podido sólo enumerar los padecimientos inmediatos. El huerto de los Olivos nos ha

manifestado su profundidad, revelando el misterio del Dios-Hombre camino de la muerte.

Se puede decir que la Pasión de Cristo, aunque durara poco, una decena de horas, constituyó al mismo tiempo también una síntesis de todos los dolores posibles, tanto del cuerpo como del alma.

Lo abandonaron los Apóstoles, de quienes padeció la traición e incluso la negación de los que le eran más cercanos. Le abandonó la multitud de la que podía —con todo derecho además— haber esperado gratitud. Y, lo que es más doloroso todavía, fue condenado injustamente.

Fue sometido a terribles flagelaciones. Colocaron sobre su cabeza una corona de espinas. Fue tratado como objeto de transacción con un asesino. Y, consiguientemente, se dictó la sentencia de cuya injusticia el primer convencido fue el propio juez.

Cargó con la Cruz. Cayó bajo ella. Y, finalmente, fue crucificado.

Hoy se intenta reconstruir, en la medida de lo posible, incluso bajo el aspecto médico, la Pasión de Cristo, sus dolores físicos.

En cambio, nadie logra en modo alguno ahondar en esa Pasión. Nadie alcanza a revelar el contenido interior de los sufrimientos de “ese Hombre” que era Hijo de Dios.

La oración del Huerto levanta un poco el velo de este misterio. Las palabras dichas en la Cruz están estrechamente relacionadas con aquella oración. Jesús, dirigiéndose al Padre, le dice: “Padre, perdónales, porque no saben lo que hacen” (Lc 23,34); pero también: “Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?” (Mt 27,46).

Los más insignes teólogos de todos los tiempos se han parado ante este grito desgarrador como en presencia de un misterio.

Dice finalmente: “Padre, en tus manos encomiendo

mi espíritu” (Lc 23,46), y había dicho antes: “Todo se ha consumado” (Jn 19,30).

¿Qué es lo que se había consumado?

Cristo tenía conciencia de cuanto llevaba a cabo; de los actos de su vida, de su mensaje. Sus palabras “Todo se ha consumado” significaban el cumplimiento de la obra de la redención de los hombres, obra en la que se esconde el misterio de la justificación del hombre a los ojos de Dios. El fundamento, el camino para la remisión de los pecados por parte del mismo Dios.

A este camino de la remisión de los pecados por Dios mismo debe corresponder el del hombre: conciencia del pecado, pero sobre todo fe en que sólo Dios puede eficazmente hacernos salir de él. Con la fuerza del perdón paterno.

Si el hombre lo cree así, su fe entonces debe de un modo especial insertarse en el misterio de la Redención de Cristo.

Precisamente esta unión funda el sacramento, el sacramento que llamamos sacramento de la penitencia, que tiene principalmente una estructura divina.

Y en la divina encontramos la humana.

La estructura humana del sacramento de la penitencia ya la conocemos, pues la aprendimos de pequeños al prepararnos a la primera confesión y a la primera comunión, cuando nos explicaban las llamadas condiciones del sacramento de la penitencia: examen de conciencia, dolor de corazón, propósito de la enmienda, confesión de los pecados y cumplimiento de la penitencia. Todo esto teníamos que sabérselo de memoria.

No bastaba, sin embargo, conocerlas, enumerarlas; había que saber, aunque fuera la primera vez, ponerlas en práctica. Muchos todavía aquella experiencia pudo, a lo mejor, llenarnos de perplejidad. Más de

uno acudió a su madre para que le ayudara a hacer el examen de conciencia.

Pero fue también una experiencia emocionante.

De ésta nació de algún modo lo que constituiría, lo que debe constituir, el entramado y dinamismo del sacramento de la penitencia en todo momento, en todo período de la vida y en toda confesión.

Cuando la confesión es frecuente, entonces todo resulta fácil. Cuando es menos frecuente, en cambio, se hace más difícil —no objetiva—, al asumir un carácter principalmente subjetivo.

Elementos fundamentales de la objetividad son: el momento del examen de conciencia, la capacidad de confesión y la celebración del sacramento.

De esta manera, en la medida en que nos hacemos maduros, nos damos cuenta del significado del acto de contrición y del propósito de la enmienda, de qué desarrollo interior y de qué mandamientos se trata. Los antiguos griegos cristianos le llamaban a esto *metanoia*, y así consta en la Sagrada Escritura.

Metanoia significa cambio del espíritu, transformación espiritual.

Sabemos muy bien cuánto nos cuesta una transformación de este tipo.

¡Se trata de algo ligado al esfuerzo interior!

A veces el hombre da de lado al sacramento de la penitencia justamente porque teme a ese esfuerzo de la voluntad. Y hace mal.

El sacramento de la penitencia brotó de un grano de amor y ha costado muy caro. ¡Cristo lo pagó!

Mi querido amigo, también el hombre debe pagar, y debe pagar a la medida humana. Debe pagar con el esfuerzo interior de la conversión. Ese esfuerzo que lleva aparejada la liberación.

Y no sólo la liberación de un modo totalmente subjetivo, a nivel de conciencia, sino también una liberación real.

¡No temáis ese esfuerzo! ¡Adelante!

¡Es una creatividad formidable!

Dios sabe cómo ha hecho al hombre. Sabe qué puede exigirle. Sabe que el hombre ha de entrar en discusión para poseerse a sí mismo; para no situarse en un campo “en el que ocurre algo y soplan vientos diversos”, sino para ser alguien; el hombre debe constantemente, con sacrificio, conquistarse a sí mismo.

La dificultad del sacramento de la penitencia es precisamente el cansancio de la conversión, del dolor, del propósito de la enmienda. Pero ese cansancio es una parte mínima de la fatiga redentora de Cristo Jesús, sólo una parte.

Y si tienes tanto miedo, si titubeas, piensa en ese momento en que precisamente con esta fatiga interior estarás más cerca de El y El de ti.

Sabemos, por lo demás, que la Cruz fue llevada por El junto con otros hombres.

Viene luego la confesión de los pecados.

No se trata de manifestar, de declarar; esto no sería serio. Se trata de “confesar”. Heme aquí, he venido a reconocer la verdad acerca de mí, a comunicarla y compartirla con otro, separado de mí y de lo que revelo por la rejilla del confesonario y por un juramento, por el secreto de confesión.

Hay que admitir que esto también entraña sus dificultades. Ciertamente que hay que sufrir una humillación, pero también, ¡cuánta delicadeza en ese no exhibir la culpa, sino confesarla!

“... A quienes perdonéis los pecados, les serán perdonados; a quien no se los perdonéis, no se les perdonarán”. Así dijo Cristo a los Apóstoles. Dio ese poder a la Iglesia y a determinadas personas, a los Apóstoles, y de ellos nos viene a nosotros. El sacerdote que se sienta en el confesonario ha recibido de ellos ese poder a través de su obispo.

En nuestros días, por lo demás en sintonía con las

enseñanzas del Concilio, se ha puesto sobre el tapete el aspecto social del pecado; decimos social en el significado de la Iglesia. Y así a veces se organizan celebraciones penitenciales en las que se acentúa el perjuicio y el daño que el pecado le acarrea a la Iglesia, al Pueblo de Dios, al Cuerpo místico de Cristo.

Sabemos que en el camino hacia Dios es necesaria la purificación. Sabemos que entre las "verdades últimas" se cuenta el purgatorio. En el camino hacia Dios, que es también camino hacia la vida eterna, más allá de la muerte y del juicio, está el purgatorio, esto es, la necesidad de purificación, la purificación mediante el sufrimiento reparador.

Esta es la lógica del misterio de la Redención, la lógica de la justificación de Cristo.

¡Hay que entrar en ella, profunda como es, divina y humana a la vez!

Mis queridos oyentes, los ejercicios espirituales nos ayudan a preparar el sacramento de la penitencia. Por eso le dedico tanta atención al tema.

Pero sé bien que las palabras no bastan. Es necesaria la oración. La oración de todos nosotros, la oración recíproca, la oración de toda la Iglesia, la oración por todos los cristianos que viven la Cuaresma.

Participemos de esta oración. La Iglesia eleva cada día su oración por la conversión de los pecadores. Todos los días ora por una fructífera celebración del sacramento de la penitencia en este tiempo. Y nosotros oremos también expresando el deseo de que la confesión, el sacramento de la penitencia, profundamente vivido, corone nuestra participación en los ejercicios. Todos los días concluimos nuestras reflexiones con un acto comunitario. Responderá mejor a lo que estamos meditando manifestar juntos el acto de arrepentimiento que recitamos en la santa Misa: "Yo confieso a Dios Todopoderoso y a vosotros, hermanos..."

5. LA EUCARISTIA

"... Comulgar al menos por Pascua".

De nuevo traigo a colación este mandamiento de la Iglesia que se refiere al tema de la penitencia y de la Eucaristía y al que ya me he referido.

Hermosa expresión aquella de "recibir la comunión". Algunas veces decimos también "me acerco a la sagrada comunión". En esta expresión, o mejor aún en la primera, la sagrada comunión es considerada de modo objetivo, es decir, como sacramento, como signo.

Sabemos muy bien cómo aparece este signo, cuál es su forma. Signos del pan y del vino en el contexto de todo el sacrificio, del sacrificio no cruento, desde el ofertorio, a través de la consagración, hasta la verdadera y propia comunión.

Decimos que comunión significa simplemente unión, pero puede también significar comunidad. La palabra *communio*, de la que, desde el Concilio Vaticano II, nos servimos con frecuencia, no tiene traducción literal en polaco. Santa comunión significa sencillamente unión, por la que hablan con propiedad quienes dicen: "Recibo a Nuestro Señor Jesucristo".

Jesús es persona. Es la Persona divina. Y, al mismo tiempo, hecho hombre por el misterio de la Encarnación, es una persona histórica.

A una persona podemos recibirla.

Puestas así las cosas, aparece inmediatamente, casi inmediatamente, la segunda componente de este encuentro, de esta unión-comunión. Podemos decir, en-

tonces, claramente que, cuando comulgo, no sólo recibo al Señor, sino que El también me recibe a mí.

Si nos limitamos exclusivamente al aspecto del signo, yo recibo la especie pan, o la del pan y vino. Si, por el contrario, por el signo nos elevamos a la realidad eucarística —a la realidad de la comunión—, entonces hemos de darnos cuenta de que hay dos personas frente a frente: Nuestro Señor y yo.

Y hasta podremos decir que, por primera vez, El me recibe a mí, me permite llegarme a El cuando le recibo.

Ni que decir tiene que todo esto va acompañado de un proceso de percepción y concienciación. Proceso este que se forma en el hombre de la manera siguiente: “si estoy en disposición de recibir a Nuestro Señor, quiere decirse que me encuentro preparado para que El me reciba, para que me permita llegarme a El”.

La Eucaristía es el sacramento más grande de nuestra fe, en el que se concentra todo. Nuestro Señor está presente en él como Hombre, Hijo de Dios e Hijo de María; está presente gracias a la fuerza de las palabras que pronunció y en fuerza de la institución; está presente bajo las especies que El mismo ha escogido como signo de su presencia.

Sabemos que todo esto acontece durante la última Cena en el momento en que dichas especies estaban, de un modo totalmente natural, sobre la mesa, entre aquellos que cenaban con El.

Y aquellas palabras que escucharon en esa ocasión los Apóstoles fueron muy significativas. Totalmente nuevas.

Cristo, refiriéndose al pan, dijo: “Esto es mi cuerpo que se ha entregado por vosotros”. Toma el cáliz y afirma: “Este es el cáliz de mi sangre, derramada por vosotros” (Lc 22,19-20).

Y cuanto El dijo entonces (era todavía el Jueves Santo) contenía referencia al Viernes Santo.

Al día siguiente quedó claro que su propio cuerpo —el que tomó de la Virgen, su Madre— fue condenado a muerte y que su sangre fue derramada.

En ese momento se certificó la verdad de aquellas palabras pronunciadas en el cenáculo el día anterior, se certificó hasta el grado en que las confesamos cada vez que, por mandato expreso de Nuestro Señor Jesucristo, se produce la transustanciación y decimos: “Anunciamos tu muerte, ¡oh Señor!”

Estas palabras que hoy pronunciamos se han enriquecido con dos mil años de tradición. Pero cuando se pronunciaron por primera vez para los discípulos y los Apóstoles de Cristo tenían para ellos la íntegra frescura del “hecho”.

Estas dos realidades acontecían al mismo tiempo, paralelamente, casi concretándose la primera en la segunda. Jesús instituyó hoy el sacramento de su muerte y al día siguiente se sometió a la muerte. Después los discípulos celebraron este sacramento, teniendo siempre ante los ojos el acontecimiento vivo al que se referían las palabras: “El cuerpo que se ha entregado, la sangre que se ha derramado”, y que confirmaba la verdad de las mismas. Nosotros seguimos diciendo: “Proclamamos tu resurrección”.

Pensemos en el efecto que pudieron haber producido en los Apóstoles y los discípulos de Cristo (que ya habían recibido la Eucaristía, la presencia sacramental) todos los acontecimientos ocurridos después de su muerte y resurrección, cuando Cristo se apareció a ellos reunidos en el cenáculo y les dejó tocar su cuerpo, cuerpo real aunque diverso al de antes de la Pasión.

“Tocad y os convenceréis de que, mientras los fantasmas no tienen cuerpo, Yo, por el contrario, sí lo tengo”.

Al mismo tiempo se iba desarrollando ya la Eucaristía del primer núcleo cristiano, de la primera comuni-

dad de Apóstoles y discípulos de Cristo, entre los que todavía se encontraba presente su Madre. Aquella que le había dado el cuerpo.

Nosotros seguimos repitiendo hoy muchas veces al día: “Anunciamos tu muerte, Señor; proclamamos tu resurrección”.

Así, con estas palabras, de esta manera nos acercamos, cada vez que participamos en la Eucaristía, a los momentos clave de nuestra salvación, los del Jueves y Viernes Santo y los de la Pascua y Resurrección, momentos que siempre representan para nosotros la cima del ciclo litúrgico.

La Eucaristía es el gran misterio de nuestra fe. En ella Cristo está presente de un modo real. En ella se produce el ininterrumpido desarrollo de ese intercambio maravilloso que por El y en El empezó a realizarse en el género humano.

El verdadero Dios, el Hijo de Dios, asumió la naturaleza humana; el verdadero Dios, el Hijo de Dios, ha dotado al hombre de su divinidad. El Padre ha dado la divinidad a los hombres mediante su Hijo, el cual obtiene para los hombres la venida del Espíritu Santo, cuyo efecto es la santificación, esto es, la Gracia.

El hombre viviente, todo hombre verdadero, cada uno de nosotros se hace realmente partícipe de la naturaleza divina, partícipe de la divinidad.

Acontece entonces esa maravillosa transformación que no se detiene en la superficie de nuestra humanidad, sino que alcanza la esencia misma de la naturaleza, divinizándola. “Les dio el poder de llegar a ser hijos de Dios” (Jn 1,12).

Así escribe San Juan. Y añade en otro lugar: “Somos llamados hijos de Dios y realmente lo somos” (1 Jn 3,1).

No son sólo palabras, son también realidad. Precisamente esta realidad, este maravilloso intercambio que se inicia en el misterio de la Encarnación cuando “El

Verbo se hizo carne” (Jn 1,14), este maravilloso intercambio, sigue realizándose en cada hombre.

La comunión, toda comunión, es como un paso adelante hacia la realización de lo que debe ser su iniciación en el misterio de la Encarnación, un paso adelante para realizarlo en cada hombre concreto: en mí, en ti, en él.

“Dios puede hacer brotar hijos de Abrahán de estas piedras” (Mt 3,9), dijo Cristo.

Dios puede llevar a cabo esa obra de santificación, de filiación mediante la Gracia, de múltiples formas inescrutables para nosotros.

Sabemos también con certeza que El obra la santificación a través de la Eucaristía, de un modo sacramental, en cierta manera visible.

Obviamente, no vemos el misterio que se hace realidad en el alma del hombre; no podemos ver el misterio de la elevación del hombre, de su esencia espiritual, de toda su esencia, a la dignidad sobrenatural, a la dignidad de hijo de Dios. En cambio, nos es posible ver la Eucaristía, las especies del pan y del vino.

Y gracias a la fe, que tiene su punto de referencia en el cenáculo, nos remontamos al origen de este proceso que se desarrolla para cada hombre en la Iglesia entera.

Admirabile commercium, intercambio maravilloso. Nuestra humanidad llega a esta situación, en cierto modo, por nosotros mismos. Esta humanidad nuestra se la entregamos a Aquel que quiere darnos su divinidad en el Sacramento, en la Comunión. “Misterio de fe”. Así es.

Cuando nuestros ojos se llenan de este misterio, cuando lo vemos con los ojos de la fe, entonces aparecen los efectos fundamentales derivados de él y se sitúan a nivel escatológico.

Me he referido ya dos veces a dicho nivel: la primera, cuando hablé de la muerte y del juicio; luego,

cuando hablé del purgatorio. Hoy quiero completar la referencia.

Dios quiere unir al hombre con El. Y es éste un problema muy serio para el hombre.

La primera vez nos detuvimos en aquella alternativa de que o la muerte es el final de todas las cosas o el hombre va madurando hacia la muerte, camino del juicio. Y en este punto nos detuvimos.

Hoy, hablando de la Eucaristía, de ese unirse Dios-Hijo con nosotros, es necesario ir más lejos. Hemos de decir que la persona —y el hombre es persona— está llamada a la unión. Esta es su característica más importante. Para esto fue creado.

El Creador es a la vez Padre, y su paternidad se manifiesta en que quiere la unión entre el hombre y El. La Eucaristía-Comunión nos prepara a ella y es ya una verdadera unión con Dios.

Recibir al Señor significa verdadera unión con Dios. En este punto el hombre-persona se sitúa en la perspectiva escatológica.

Recibe al Señor Jesús. Estás a punto de iniciar esta unión que es la vocación y destino final. Sabemos muy bien que la alternativa unión o rechazo, como necesidad, aparece en la terminación de todas las acciones del hombre.

Sabéis muy bien que hablo de eso que en lenguaje bíblico y catequístico se llama paraíso e infierno. Tal vez, a veces la visión de uno y otro la ofuscan circunstancias pasajeras fruto de la imaginación. Tomemos lo esencial: unión o rechazo. La unión con Dios, el rechazo de Dios. La Comunión-Eucaristía es inicio de la unión. Al hombre que vive en la tierra le endereza a la unión con Dios. Este es su significado escatológico y hemos de tenerlo siempre muy presente.

Hemos de tener siempre presente toda la dimensión de nuestra fe, sin reducirla.

Precisamente esta perspectiva global de nuestra fe,

esta perspectiva completa, explica todo, explica al hombre en su integridad.

Por eso la Eucaristía es la iniciación, la entrada en esa perspectiva del estado escatológico, el más importante, que supera la facultad de pensamiento y percepción de nuestra condición humana, pues “ni el ojo vio, ni el oído oyó, ni vino a la mente del hombre” (1 Cor 2,9).

La Eucaristía es el sacramento de la fe.

Por otro lado, la Eucaristía —la comunión— es también el sacramento de los hombres que vivían en esta tierra del pueblo de Dios, que, peregrinando, va hacia la verdad última, a la unión con el Padre, a la consumación del Reino de Dios. Ahora bien, esta peregrinación se lleva a cabo aquí, por y sobre esta tierra.

La Eucaristía está, maravillosamente, adaptada a esta situación de peregrinación, porque es verdadero alimento. Un hombre que se halla en camino, y al que le fallan las fuerzas, debe tratar de recuperarlas. Creo que es una cosa clara, sencilla y que se explica por sí sola.

En la Eucaristía, que es alimento, sólo hay bien... Es don, pero, a la vez, exige condiciones. Esto ya se les puso de manifiesto a las primeras comunidades cristianas, sobre todo en la carta de San Pablo a los Corintios, comunidad apostólica del siglo I, en la que se celebraban reuniones para tomar parte en la Eucaristía. Pablo acude a una expresión muy enérgica: “Que cada uno, pues, se examine a sí mismo y, después, coma de este pan y beba de este cáliz” (1 Cor 11,28).

Que cada uno se examine a sí mismo. En la Eucaristía soy yo el que recibe a Cristo, pero también Cristo me recibe a mí. Tengo, pues, que saber responder. Escrutarme, verificarme, interrogarme, preguntarme si El puede recibirme tal como soy. Recibir, aprobar, aceptar. Esta es la antigua tradición cristiana y no podría ser de otro modo. El hombre debe escrutarse, debe

enfrentarse con estas condiciones, debe responder por sí mismo a la pregunta: “¿El me puede aceptar?” “¿Me puede abrir sus puertas?”

Puede, a veces, suceder que huyamos de esta pregunta, que se busque una puerta de escape. Puede ocurrir que la expresión “no soy digno” la entendamos mal. Todo esto, quede claro, no constituye una actitud cristiana.

Cuanto más ponen condiciones Cristo, la Eucaristía, la Comunión, tanto más empeño exige su cumplimiento. La única y auténtica actitud cristiana se expresa en estos términos: me esfuerzo, hago lo que puedo.

“Señor, no soy digno de que Tú entres...” (Lc 7,6)...., “pero di una sola palabra y mi alma quedará sana”.

Esta es la actitud de quienes reciben a Cristo y tienen conciencia de que asimismo, de alguna manera, les recibe también.

La Eucaristía para nosotros los hombres sigue siendo el centro de la comunidad. Para nosotros, discípulos de Cristo.

Siempre, desde los inicios, la Eucaristía ha constituido comunidad. Así fue en la última Cena, para los Apóstoles que rodeaban a Cristo, y así ocurrió en todas las comunidades cristianas. Y hoy también.

La comunidad eucarística tiene dos dimensiones: la primera lleva al centro constituido por el propio Señor, por su sacramento.

El sacramento de su presencia, de su cuerpo y de su sangre, el sacramento de su muerte y resurrección, es, al tiempo, el sacramento de nuestra espera.

La segunda dimensión es la del hombre para el hombre. Es la dimensión de la comunidad humana, de la aproximación, de la reciprocidad, de la unión, de la colaboración, del perdón.

Dimensión ésta de todos los contenidos evangélicos

profundos que deben tener ascensión en el hombre que busca a Dios.

A veces nos parece que nuestra vida parroquial es poco comunitaria, como si no nos conociéramos. Da la impresión de que sabemos poco de nosotros, que ignoramos recíprocamente nuestras preocupaciones, que no nos ayudamos.

Pero, al existir una comunidad en torno a este único centro, Cristo, su cuerpo, su sangre, nos damos cuenta de la insuficiencia de esta segunda dimensión. Bueno es que lo advirtamos, pues esto quiere decir que nos enfrentamos con un deber inmenso: el deber de que la comunidad entre hombre y hombre, la comunidad del amor al prójimo, del amor social, ha de ser siempre creada por nosotros.

Y esto será así hasta que se acabe el mundo.

Ya San Pablo reprochaba a los corintios no respetar las reglas de esa comunidad. Ya en aquellos lejanos tiempos el problema cobraba actualidad. Y hoy también son muchos los que se ocupan de él. Nos hablan los pastoralistas y nosotros lo hacemos también. Esto quiere decir que ante nosotros se presenta un deber. Entre la primera comunidad eucarística del cenáculo, aquella primera comunidad cristiana, y las comunidades eucarísticas de nuestros tiempos existe una continuidad explícita, una identidad. Toda comunidad parroquial es esa continuidad. Lo es toda asamblea eucarística.

Y lo es, en nuestro caso, la pastoral de los universitarios, cuando los estudiantes se reúnen para tomar parte en la liturgia de la palabra, en sentido general, y en la liturgia eucarística, que parece nacer de la liturgia de la palabra.

Esta verdad de la Eucaristía es la que deseaba anticipar hoy, puesto que mañana terminan nuestros ejercicios espirituales precisamente con la santa Misa comunitaria y la sagrada comunión.

Os pido cerrar nuestra meditación con una breve oración, como hacemos diariamente; una oración que sea, sin embargo, aún más atenta, dirigida a la meditación del Vía Crucis, ya que hoy es Viernes Santo y esta liturgia sintoniza totalmente con los ejercicios espirituales.

Esta meditación, aunque se prolongue más que la oración de cada día, será relativamente breve. Nos detendremos con el pensamiento en cada una de las estaciones del Vía Crucis.

I Estación: El Señor es condenado a muerte. Pilato proclama: “He aquí este hombre”. En cambio, Jesús dice: “He venido a este mundo para dar testimonio de la verdad”. Tú, Señor Jesús, que has sufrido por nosotros, ten piedad de nosotros.

II Estación: El Señor carga con la Cruz. “No quisiste oblationes ni sacrificios, pero me diste un cuerpo. Entonces yo dije: Heme aquí, Padre, que vengo a cumplir tu voluntad”. Tú, Señor Jesús, que has sufrido por nosotros, ten piedad de nosotros.

III Estación: El Señor cae por primera vez bajo la Cruz: “He aquí el que ha sido puesto para ruina y resurrección de muchos”. Tú, Señor Jesús, que has sufrido por nosotros, ten piedad de nosotros.

IV Estación: Jesús encuentra a su Madre. “Una espada atravesará tu alma, para que se revelen los pensamientos de muchos corazones” (maternidad espiritual). Tú, Señor Jesús, que has sufrido por nosotros, ten piedad de nosotros.

V Estación: Jesús es ayudado por Simón de Cirene. “Obligarón a Simón de Cirene a llevar su Cruz”. Obligarón... Tú, Señor Jesús, que has sufrido por nosotros, ten piedad de nosotros.

VI Estación: La Verónica enjuga el rostro de Jesús. “Ha hecho bien. Ha hecho una buena obra conmigo. Lo ha hecho por amor. Donde está tu teoro, allí

está tu corazón”... Tú, Señor Jesús, que has sufrido por nosotros, ten misericordia de nosotros.

VII Estación: Jesús cae por segunda vez bajo la Cruz. “Fue destruido por nuestra iniquidad. Fue condenado por nuestras maldades, por sus heridas fuimos curados”. ¡Oh Dios, muéstrate misericordioso con nosotros, pecadores. Tú, Señor Jesús, que has sufrido por nosotros, ten misericordia de nosotros.

VIII Estación: Jesús exhorta a las piadosas mujeres. “No lloréis por mí, sino por vosotras y por vuestros hijos”. “Bienaventurados los que lloran”. Danos la gracia del dolor de los pecados. Tú, Señor Jesús, que has sufrido por nosotros, ten piedad de nosotros.

IX Estación: Jesús cae por tercera vez. “Se dio a sí mismo. Se hizo obediente hasta la muerte”. Dame, Señor, la gracia de la conversión. Dame fuerzas para hacerme mejor. Tú que te caíste. Que fuiste puesto para la caída y la resurrección. Tú, Señor Jesús, que has sufrido por nosotros, ten piedad de nosotros.

X Estación: Jesús es despojado de sus vestiduras. “¿No sabéis que vuestro cuerpo es un templo?” “Bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios”. Tú, Señor Jesús, que has sufrido por nosotros, ten piedad de nosotros.

XI Estación: Jesús es clavado en la Cruz. “Traspasaron mis manos y mis pies. Contaron todos mis huesos. Sortearon mi ropa”. Sé misericordioso con los pecadores. Tú, Señor Jesús, que has sufrido por nosotros, ten piedad de nosotros.

XII Estación: Jesús muere en la Cruz. “Cuando sea levantado, atraeré todo a Mí”. “Padre, perdónalos porque no saben lo que hacen”. “Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?” “Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu”. Cristo, en tus manos encomiendo mi alma. Encomiendo... Tú, Señor Jesús, que has sufrido por nosotros, ten piedad de nosotros.

XIII Estación: Jesús es descendido de la Cruz. “Ma-

dre, he aquí a tu hijo". "Santa María, Madre de Dios, ruega por nosotros, pecadores". Tú, Señor Jesús, que has sufrido por nosotros, ten piedad de nosotros.

XIV Estación: Jesús es colocado en el sepulcro. "Yo soy la resurrección y la vida; el que cree en Mí, aunque muera, vivirá eternamente". Tú, Señor Jesús, que has sufrido por nosotros, ten piedad de nosotros. Tú, Señor Jesús... Tú, Señor Jesús...

Amén.

6. CRISTO EN NOSOTROS

El final de nuestros ejercicios espirituales coincide con la solemnidad de la Anunciación. En esta última meditación deseo concluir mi exposición sobre la Eucaristía, uniéndola a la liturgia del día.

Escuchando con atención la palabra de Dios el día de la Anunciación, vuelven a la memoria aquellas palabras del salmo, que ya hemos recordado más veces: "No quisiste sacrificios ni oblationes, por eso dije: Heme aquí, Señor, que vengo yo a cumplir tu voluntad" (Sal 40,7-9).

A estas palabras se refiere San Pablo en la carta a los Hebreos. Sabemos que aquéllas contienen un sentido cristológico-mesiánico, que hablan de la Encarnación, que hablan de lo que la Iglesia nos recuerda cada año en la solemnidad de la Anunciación: "pero me diste un cuerpo"..., así dice el Verbo, el Hijo de Dios, a su Padre.

Así dice, como si aquél fuera el momento en que se hizo hombre.

El Evangelio de hoy, según San Lucas, nos describe el evento de la Encarnación del Hijo de Dios, del Verbo eterno.

El evangelista lo describe desde el punto de vista del hecho consumado.

Volvamos a la conversación de María con el arcángel; escuchemos las palabras que le dirige: el anuncio de lo que ha de cumplirse en Ella si Ella da su consentimiento. Escuchemos su aceptación.

La liturgia de hoy nos muestra no sólo el momento

de la Anunciación, sino también el hecho de la Encarnación, como desde dos ángulos diferentes: por parte del Hijo de Dios, del Verbo que se hace carne, y por parte de la Virgen María, que por obra del Espíritu Santo se hace Madre, la Madre del Verbo.

La Madre del Hijo de Dios, la Madre de Dios.

Este es el contenido de la liturgia de hoy.

Permitidme que desde este hecho, desde este momento, me remonte hasta aquel instante predilecto de nuestro beato Maximiliano Kolbe.

Para él, el momento particularmente querido en el misterio de Cristo y de María no era tanto el de la Encarnación cuanto el de la concepción inmaculada.

El vio precisamente en esto el inicio y la explicación de todo: María, revelándose a S. Bernadette en Lourdes, le dirá: “Yo soy la Inmaculada Concepción”.

Quiere decirse que en esto se define y halla fundamento su nombre.

Por otro lado, el padre Maximiliano veía en María concebida sin pecado original no sólo aquello que es lo primero que se ve, la liberación del pecado original, sino principalmente la apertura total a Dios y a todo cuanto es de Dios.

Precisamente esa apertura, total e incondicionada, a Dios y a todo cuanto es divino fue manifestada por María y constituyó la preparación que precedió y siguió a aquel momento en que debía convertirse en Madre de Dios, cuando de su cuerpo virginal habría de tomar principio el Hijo de Dios, momento recordado por la Iglesia el día de la Anunciación.

Este momento de la Anunciación tiene también un contenido eucarístico.

La Eucaristía es el sacramento del Cuerpo y de la Sangre. Es el Sacramento.

El Hijo de Dios, Jesucristo, precisamente gracias a María, obró la realidad de este Cuerpo y Sangre. Ella le dio, junto con la naturaleza humana, también el

cuerpo humano y la sangre humana, del mismo modo que toda madre da el cuerpo y la sangre a su hijo.

Ella, dándoselo al Hijo de Dios, al mismo tiempo y del modo más completo, aceptó de El aquel admirable, maravilloso intercambio, “*admirabile commercium*” del que hemos hablado ayer.

Ella estuvo colmada de la divinidad del modo más completo, por lo que el arcángel que se le presentó le dijo: “Llena eres de gracia” (Lc 1,28).

Llena de gracia significa colmada de Dios totalmente, plenamente participe de la divinidad, de la naturaleza divina.

Entonces el ángel le dijo: “Bienaventurada...”

Podemos entonces afirmar que la Anunciación representa el prototipo de toda comunión, de cada comunión nuestra humana, de cada comunión nuestra cristiana.

Percibimos el don de Dios, el don de Cristo, Hijo de Dios, llevando en la Eucaristía, mediante la comunión, nuestra humanidad en su realidad total, sin excluir los momentos de la conversión, de la purificación, del propósito de la enmienda unido a la humillación profunda: “Señor, no soy digno”.

Puesto que el evento de la Anunciación constituye para nosotros un modelo de nuestra comunión, es necesario que nuestra Eucaristía se modele sobre ella.

Hemos hablado ayer ya de la relación existente entre el misterio de la Encarnación y la Eucaristía. Hoy nuestra Eucaristía se consuma en el día en que la Iglesia, de un modo particular, vive el misterio de la Encarnación: la solemnidad de la Anunciación.

Esta solemnidad es un hecho grandemente relevante que la Iglesia sitúa en el calendario nueve meses antes de Navidad. El hilo conductor del año litúrgico es siempre María, bendita entre todas las mujeres. María llena de gracia. María que ya ha concebido. María que

lleva en su seno al Hijo de Dios, como todas las madres llevan en ellas a su hijo.

“Bendito sea el fruto de tu seno” (Lc 1,42).

Que María desde hoy y durante todo el año litúrgico siga apareciendo en el panorama de la Iglesia, que Ella constituya el horizonte y la aspiración para toda comunión nuestra, para todo intercambio admirable que deba llevarse a cabo entre el hombre, entre el alma humana y el Hijo de Dios.

El hecho de la Encarnación es el acontecimiento central y crucial de la historia de la salvación humana. De este acontecimiento parten todos los caminos de la salvación humana. Saltan hasta el pasado y se proyectan hacia el futuro.

Hasta el pasado, hasta los orígenes del hombre, hasta el Protoevangelio, al que nos hemos referido varias veces durante estos ejercicios. Ya desde ese momento, el primer hombre, los primeros hombres, desde la caída, escucharon aquellas palabras, la primera Buena Nueva.

Escucharon aquellas palabras dirigidas contra el tentador: Ella y su descendencia aplastará la cabeza de la serpiente.

“Pondré enemistades entre ti y la mujer, entre tu descendencia y la suya”.

Ya entonces, en los comienzos de la historia humana y de la historia de la salvación, empieza ese momento, ese hecho que llamamos Encarnación del Hijo de Dios.

Este camino nos lleva a través de toda la historia del pueblo de Dios, del Antiguo Testamento, donde aparece, como la vio el profeta, la visión de lo que deberá acaecer a su debido tiempo: “He aquí que la virgen concebirá y parirá un hijo, que será llamado Emmanuel” (Is 7,14).

Este acontecimiento conforma hoy el gozo de la Iglesia.

Fue el gozo del pueblo de Dios en el Antiguo Testamento, muchos siglos antes del nacimiento de Cristo. Por eso los caminos nos llevan al pasado.

El misterio de la Encarnación es el momento más alto en el orden de la salvación en la historia del hombre; esto es, el punto culminante, el centro de la historia de la salvación.

A nosotros, en cambio, nos deben interesar sobre todo los caminos que del misterio de la Encarnación se proyectan en el futuro, hacia nuestros tiempos, en la época de la Iglesia, en la historia del pueblo de Dios del Nuevo Testamento, de la que también nosotros formamos parte desde hace varios siglos.

La Iglesia vive continuamente el misterio de la Encarnación.

La Iglesia se ve asimismo como la continuación de aquel misterio y en él afirma la razón de la propia existencia.

La razón de la existencia de la Iglesia es el hecho de la Encarnación.

Nosotros somos el pueblo de Dios, porque Dios se hace como uno de los hombres, se hace el Hombre.

La Iglesia, en nuestra época, tiene conciencia clara de este misterio; basta recorrer los documentos del Concilio Vaticano II, pero sobre todo el documento central “sobre la Iglesia”, para persuadirse de esta conciencia. Hoy, en el contexto eucarístico, es oportuno reflexionar un poco sobre la conciencia de la Iglesia en nuestros tiempos.

Precisamente en el contexto eucarístico, porque la Eucaristía sigue, de modo particular, construyendo la Iglesia.

Esta nuestra Eucaristía común que estamos viviendo hoy, esta nuestra comunión en los ejercicios, es un momento, un acto muy importante en la construcción de la Iglesia.

¿Cuál es, pues, la conciencia de la Iglesia de nuestra época?

Lo que voy a deciros será seguramente repetición de ideas ya anteriormente expuestas, pero entiendo que es útil resumir al final de los ejercicios algunos de sus aspectos.

Hay, a mi entender, tres elementos que componen la conciencia contemporánea de la Iglesia. El primer elemento es la dignidad de la persona humana. La persona es algo irrepetible y único, y toma su grandeza de su enraizamiento en Dios, pues ha sido creada a imagen y semejanza de Dios, y de que el mismo Dios se relaciona particularmente con cada persona, con cada hombre.

La misión de la Iglesia, orientada a la grandeza y dignidad del hombre, asume un significado particular en nuestros tiempos, cuando tantos hechos —no teorías— contradicen la dignidad y la grandeza del hombre; hechos, por cierto, cercanos o lejanos de nosotros, pero hechos de nuestra vida y de la vida del mundo.

Este es el primer elemento de la conciencia de la Iglesia de hoy, y la Iglesia del Concilio Vaticano II, concilio en el que yo he tomado parte desde el primer momento, lo ha evidenciado con particular elocuencia.

En la línea del primero viene luego el segundo elemento.

El hombre, que es persona, experimenta y realiza continuamente su vida sobrenatural en la comunidad.

Momento importante éste, dadas ciertas convicciones hijas del individualismo religioso del pasado.

La vida religiosa es siempre, en la comunidad del pueblo de Dios, participación, pero la comunidad presenta diversas dimensiones.

La dimensión más restringida, pero a la vez más fecunda y fundamental, es la familia: comunidad humana primaria y básica. Esta comunidad, que puede y

debe ser comunidad de personas por excelencia, es la comunidad en la que, juntamente con el intercambio total interpersonal —marido y mujer, padres e hijos—, existe también una posibilidad especial de inserción en el misterio de nuestra salvación, de todas las verdades que lo manifiestan y de todas las energías que lo hacen realidad.

La comunidad del pueblo de Dios en marcha crece, asume múltiples aspectos. Precisamente ayer partí yo de uno muy concreto que en esta secular iglesia de Santa Ana en Cracovia viene siendo realidad desde hace siglos: la pastoral universitaria. Esta pastoral forma una comunidad particular, y comporta también obligaciones particulares, teniendo en consideración a aquellos que participan en ella.

El ambiente universitario es ambiente de personas de un determinado nivel intelectual. La conciencia religiosa y la madurez moral deben, por consiguiente, estar en consonancia con este nivel.

Hemos de reconocer sinceramente que los ambientes intelectuales —y creo que esto ocurre no sólo en nuestro país— no expresan una madurez moral en proporción a la madurez intelectual. De este dato surge la necesidad de un inmenso trabajo en ese sentido.

La pastoral universitaria tiene como fin el que a quien más se la haya dado se le pida también más. Por eso, pastoral y ambiente universitario no rompen la pastoral ordinaria ni el ambiente parroquial, sino más bien los revitalizan.

Estos diversos ambientes, estas diversas comunidades del pueblo de Dios que se agrupan en torno a sus pastores y mediante ellos se abrazan a Cristo de forma dinámica, buscan realizar la plenitud de la vida cristiana.

Esta es la Iglesia, Iglesia en sentido total, en cada una de sus partes. Cada parte de la Iglesia, la parro-

quia, la diócesis, la llamada iglesia particular, vive la misma vida de la Iglesia universal.

Hecho éste no tanto sociológico cuanto elemento de un gran misterio: la Iglesia siempre la misma en todas y cada una de sus partes y en su totalidad.

En diversas ocasiones, durante y después del Concilio, hemos tenido ocasión de entrar en contacto con las antiguas Iglesias del Próximo Oriente que se remontan a los tiempos apostólicos; también con las antiguas Iglesias de la India —que comenzaron a existir inmediatamente después de aquéllas—, así como con las más jóvenes, cuyo obispo decía no haber nacido cristiano, sino que recibió el bautismo ya adulto, para recorrer después todo el camino del sacerdocio hasta el episcopado y asumir la responsabilidad de su propia Iglesia de origen.

En estos encuentros late un profundo significado: la realidad de la identidad de Cristo, de la identidad evangélica; identidad que existe, pese a las debilidades y deficiencias humanas.

La identidad cristiana de una única Iglesia.

Esta es la Iglesia que halla hoy lo que la une con todas las demás comunidades cristianas.

El vasto movimiento ecuménico expresa la unión con todos los creyentes y con todos los que profesan en el mundo otra religión.

Es, finalmente, el lazo que une a todos los hombres de buena voluntad.

Esta es la imagen de la Iglesia, la conciencia de la Iglesia de nuestra época.

Conciencia que nosotros debemos asimilar debidamente, porque en el proceso de esta asimilación se dan también aspectos falsos.

En fin —tercer momento—, quiero también hablaros de algo que considero muy importante para todos los que me escucháis.

El Concilio Vaticano II ha precisado, ha puesto en

evidencia, a una con la conciencia de la grandeza de la dignidad de la persona y de que la persona vive la vida religiosa en la comunidad, también la conciencia de la vocación de cada cristiano.

La conciencia de la vocación de cada cristiano es elemento constitutivo y, a la vez, consecuencia directa de esa visión que hoy tenemos de la Iglesia.

Nosotros estamos en la Iglesia.

Estar en la Iglesia significa que estamos en Cristo. Estar en Cristo significa que cada uno de nosotros —por El— entra en el plan concreto de Dios, en las intenciones de Dios referentes a cada uno de nosotros.

Nuestro modo de pensar ha de ser vernos a nosotros mismos desde el punto de vista de la fe.

La conciencia de la Iglesia, propia de los tiempos actuales, tal como la hemos adquirido y mantenemos, nos obliga a vernos así a nosotros, a ver así nuestra vida, nuestra profesión, nuestra situación.

Hace tiempo, el concepto de vocación estaba, tal vez, reservado solamente a determinadas formas de vida; se refería al sacerdote, al religioso, a la religiosa.

¿Y yo, como seglar?

Hoy asistimos a un notable resurgir de la conciencia de esa vocación de los seglares.

Por ejemplo, médico ¿es una profesión? Ingeniero ¿es una profesión? El abogado, el profesor, etc... Profesión, sí; pero, al mismo tiempo, vocación.

¿Qué quiere decir vocación? Significa que todo cuanto hagas en la vida por tu preparación, educación profesional, experiencia y capacidad, debe ser a la vez la realización de un bien querido en el mundo por Dios y por el que Cristo se inmoló.

No es lícito en la vida del seglar salirse de esta realidad, de esta dimensión; no, hay que meterse en ellas.

Esta llamada es una invitación maravillosa a entrar a buscar nuestro sitio en la conciencia amplia y profunda de la Iglesia.

Estos son los tres momentos sobre los que quería llamar la atención al término de nuestras meditaciones, justamente en el contexto de la Eucaristía de hoy y de la gran fiesta de la Anunciación, de la fiesta del misterio de la Encarnación en su primer instante.

San Pablo formuló la admirable analogía del misterio de la Encarnación del cuerpo de Cristo llamando a la Iglesia “Cuerpo de Cristo”. Nosotros decimos con frecuencia Cuerpo místico; podríamos decir, en cierto sentido, Cuerpo social.

El Concilio ha expresado la realidad de la Iglesia sobre todo con la idea de Pueblo de Dios. Y si examinamos esta idea y esta realidad a fondo, en sus raíces, hallamos la gran analogía paulina del Cuerpo de Cristo. Porque cuanto hacemos, todas nuestras diversas vocaciones, toda nuestra vida, son existencias cristianas que han comenzado en el sacramento del bautismo, toman forma en el de la confirmación y se revigorizan sin cesar en el de la penitencia, constituyendo —todas estas existencias nuestras y vocaciones cristianas— de un modo orgánico el único Cuerpo: analogía del Cuerpo de Cristo.

Podemos volver a cuanto hemos dicho al principio: cómo fue concebido el Hijo de Dios en el seno de la Virgen María y cómo, durante aquellos dichosos meses de la maternidad, su cuerpo se formaba en aquel seno. Esta es la imagen de partida.

Ahora hay que hacer que se parezcan a esa imagen todos cuantos participan de Cristo a través del bautismo y los demás sacramentos, sobre todo la Eucaristía.

De igual manera se nos forma, se nos une, se nos integra en el Cuerpo de Cristo, en su Cuerpo místico.

De él es momento central la Eucaristía. Ella expresa del modo más perfecto y realiza plenamente el intercambio entre lo divino y lo humano. En ella y mediante ella, nosotros, los hombres, entramos de lleno

en el Cuerpo místico de Cristo y encendemos su vitalidad.

Es hermoso que precisamente en el día de la Anunciación finalicemos nuestros ejercicios espirituales con la Eucaristía. Porque en la Eucaristía hay ese algo profundamente interior de que hablamos ayer. Allí encontramos también la segunda dimensión, la del Pueblo de Dios, la del Cuerpo místico de Cristo, la de todos nosotros unidos en él por medio del único Maestro, del único Cabeza.

Esto fue puesto de manifiesto por el mismo Cristo durante la última Cena, cuando dijo a sus discípulos —a sus discípulos y a nosotros—: “Permaneced en mí y yo en vosotros... porque sin mí nada podéis hacer” (Jn 15,4-5).

He aquí una invitación a la comunión; no sólo a la ocasional, sino a la frecuente, a la comunión orgánica, a la comunión que edifica incesantemente el Cuerpo de Cristo. Con el cuerpo —*sub specie*— de Cristo se edifica el Cuerpo —místico— de Cristo.

Podemos y debemos pensar, con gratitud inmensa, en aquel instante primero del cuerpo de Cristo en la tierra, en aquel instante de la Encarnación, cuando “El Verbo se hizo carne” (Jn 1,14). Podemos y debemos pensar en aquel instante con inmensa gratitud a María. La Iglesia la honra —y esto es sobre todo deuda de gratitud— por haber dicho Ella: “Hágase en mí según tu palabra” (Lc 1,38).

En la Eucaristía hay también un momento de maternidad.

La Madre nutre.

El Cristo que nació de la Virgen, el Cristo Hijo de Dios que tuvo Madre, se entrega por ese momento de maternidad. También en la Eucaristía la Madre nutre.

Y la Iglesia, que ve en María su modelo; la Iglesia, que con toda humildad se llama Madre, siente de la

forma más grande su maternidad cuando puede alimentarnos. Alimentarnos a todos nosotros.

Todos nosotros estamos alimentados con este Pan y esta Sangre. Todos estamos formados y constituidos espiritualmente por la Eucaristía. La Iglesia, cuando recibimos a Nuestro Señor en el Santísimo Sacramento, se siente Madre como nunca. Y entonces dirige su mirada llena de gratitud a aquella Madre que dio carne y sangre al Hijo de Dios.

A vosotros, queridos amigos que me escucháis, debo daros las gracias por estos seis días de presencia en la unión comunitaria, de recogimiento, de oración y trabajo interior común para prepararnos de la mejor manera a la celebración anual de la Pascua, a la celebración del misterio pascual, que debe posteriormente estimularnos a la fe, estimularnos esa vida que precisamente parte de ella, que debe guiarnos a la victoria que da la fe, según las palabras de San Juan: "Esta es nuestra victoria, que ha vencido al mundo: nuestra fe" (1 Jn 5,4).

Que todos participemos de esta victoria.

Amén.

ACABOSE DE IMPRIMIR ESTE VOLUMEN DE
"EJERCICIOS ESPIRITUALES PARA JOVENES",
DE LA BIBLIOTECA DE AUTORES CRIS-
TIANOS, EL DIA 14 DE SEPTIEMBRE
DE 1982, FESTIVIDAD DE LA EXAL-
TACION DE LA SANTA CRUZ,
EN LOS TALLERES DE IM-
PRENTA FARESO, S. A.
PASEO DE LA DI-
RECCION, 5.
MADRID

LAUS DEO VIRGINIQUE MATRI